



AÑO II.

Madrid, 1.º de Agosto de 1877.

NÚM. 17.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle de Villanueva, 6, cuarto.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4,50 »
Tres.....	2,50 »

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Advertencia.—El Verano, por D. F. Gutierrez Abascal.—Caballos, por don Eduardo Costello.—Ocho kilómetros y un río, novela, por C. T.—Necesidad de pastos para tener buenos ganados, por D. Balbino Cortés.—El Castillo del Marqués de Mos en Somorrostro, por D. E. de Lustró.—Abonos, por J. A. A.—Legislación vigente para la pesca en ambas riberas del Bidasoa, por D. Florencio Janer.—El Abacá, por R. Ch.—Perfiles de animales: el mirlo, por C. T.—Casa, por C. T.—La caza de las gaviotas, por C. T.—Noticias generales.—Noticias de la sociedad.—Noticias de Jardinería, por F. B. N.—Tiro de pichon de Madrid, por Avelino.—Mercado de Madrid.—Cuadrados de palabras.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

La Direccion de EL CAMPO se ha trasladado á la calle de Villanueva, 6, 4.º Rogamos á nuestros colegas se sirvan remitirnos á la nueva casa los números de cambio.

EL VERANO.

I.

El sol de Agosto lanza sobre la tierra sus abrasadores rayos, difundiendo el calor, fuerza, movimiento y vida de cuanto existe en la naturaleza.

Todo se paraliza y enerva en la ciudad, taller del pensamiento y campo de la idea, donde trabajan los cultivadores del espíritu en la cosecha del porvenir que ha de aprovechar á las generaciones de mañana. El calor, haciendo el papel de censor severo ó de agente de gobierno despótico, condena al silencio, mientras él impera á las tribunas de las Academias y de los Ateneos, donde se manifestó el desarrollo de la civilización, y donde se sacaron á la luz de la publicidad los secretos que cada día va arrancando del seno de lo desconocido la luz refulgente de la ciencia.

En los salones ya no queda sin enfundar ningún mueble, ni sin arrollar ninguna alfombra; duermen las armonías en el seno del cerrado piano, como duermen las emociones en el fondo del corazón que no han conmovido todavía las dichas de la felicidad ó las desventuras de la desgracia, y los espejos reflejan al traves de sus gasas las estancias desiertas. La elegante sociedad que las poblaba en los tiempos nebulosos del invierno se extiende por las provincias, traspasa las fronteras, llena los establecimientos balnearios, buscando fresco y derramando á manos llenas el dinero.

Hasta la inflexible justicia se deja vencer por el calor, y los severos magistrados guardan en adamascadas bolsas las togas, que no volverán á ponerse hasta la apertura solemne de los tribunales.

En el hogar hace tiempo que se ha apagado el fuego; se baja la férrea plancha de la chimenea; las tertulias se disuelven, y todo se apresta en la capital á dormir la prolongada siesta que terminará con las brisas de Setiembre.

Pero en cambio, ¡qué animación, qué movimiento, qué vida en los campos! Porque por más que digan los poetas en sus entusiastas panegíricos de la primavera, el estío es la estación predilecta de la naturaleza.

Todo verdea y florece, es verdad, en los lozanos días de la estación primera; pero aquello no es más que el crepúsculo de la resurrección, el primer albor del día que no llega á lucir espléndido hasta el verano. Los frutos en flor son esperanzas que sonríen, y en estos días que atravesamos, el fruto se madura, la esperanza se convierte en realidad y la promesa en hecho.

El estío no deja, es cierto, ninguna de las flores que encantaron los días de la primavera. Las violetas exhalaban su postrer perfume en los últimos días del mes consagrado á las fiestas de María. Las azucenas inclinaron su cándida corola llena de penetrante aroma, en cuanto realizaron su misión de adornar los altares de San Antonio, sirviendo de memorial para pedir novios al santo á quien hacen las gentes más casamentero que vieja de aldea. De los aterciopelados pensamientos de delicados matices ya no quedaron más que los que simbolizan recuerdos de amor, y guarda el amante anhelo de encantadora niña entre las cartas que la escribió su amante, ó entre las hojas del libro de misa. La perfumada rosa de blancas ó coloradas hojas exhaló su embriagador aroma; la esbelta magnolia, la vistosa peonía, el lirio de color de nazareno, mística flor de los libros sagrados; el delicado jazmin, la embriagadora lila, el alelí, la espuela de caballero, todas aquellas flores, encanto del jardín, inclinaron ya á la tierra sus corolas y dejaron caer en ella el fecundo pólen que las hará renacer en otra primavera, como renacerá en días más brillantes el espíritu, cuando vuelva al polvo el cuerpo en que se encierra.

Quedan sólo como recuerdo de la estación la bella petania, la delicada campanilla, la altiva y orgullosa dalia. Estos recuerdos de la primavera

sirven para mitigar los ardores del estío, como mitigan los tiernos recuerdos que el alma guarda de la tranquila infancia ó de la dorada adolescencia, los dolores que suelen causar al avanzar la vida, las espinas de la realidad y las amarguras del presente, golpe de Estado que termina la encantadora revolución de las ilusiones.

Pero si no son pródigios en hermosas flores los días de verano, ofrecen en cambio ricos y sazonados frutos. La guinda rosada como labios que exhalan suspiros y piden besos; el rubio albaricoque, heraldo del sabroso melocoton, vistiendo los colores de su amo y ofreciendo alguna de sus incomparables excelencias; la manzana, que se sonroja á los rayos del sol, como niña que escucha las apasionadas frases de su amante; el higo preñado de exquisita miel, la ciruela dorada como el rayo del sol que la madura, ó con los hermosos cambiantes del granate y del ópalo; la pera de refrescante jugo, todas penden de las pobladas ramas del frondoso árbol, que tan generosamente paga el cuidado que por él se toma el hombre.

¡Oh! Si la primavera es más bella, el estío es más provechoso. Entre la primavera, perfumada con el aroma de las flores, y llena de las armonías que producen los coros que la naturaleza entona al despertar, y que parecen ruido de labios que se juntan en besos de amor, y el estío en que recoge el labrador el grano, en que se madura el fruto, en que el sol filtra sus átomos en el seno de la uva, germen del licor que restaura las fuerzas que cansó el trabajo, que calienta los miembros que atareció el frío, que difunde el placer, y que proporciona el bálsamo muchas veces inapreciable del olvido, existe la misma diferencia que entre la adolescente virgen que comienza sonriente de ilusiones á pisar los senderos de la vida, y la matrona que ha realizado su misión en la tierra presidiendo el hogar, y acercando á sus pechos los tiernos labios del hijo de su amor y de sus entrañas.

II.

En cambio de la paralización de la ciudad ¡qué animación y qué alegría en los campos! Cuando....

.... la rubia mañana
abre sus doradas puertas
al sol que de Oriente se alza,

como dice el dulcísimo Melendez, empuña la alegre cuadrilla de segadores la cortante hoz é inva-

den las tierras, donde provoca con su abundancia la madura espiga, que cortada en apretadas haces va á alfombrar el suelo de la era.

Allí la espera, guiando la yunta, agitando el látigo, de pié sobre el trillo, el mozo de labranza, que semejante al guerrero galo que lanzaba su carro en el fragor de la pelea, lanza el trillo sobre las deshechas haces, que luego avienta el biello, formando en montones el dorado y precioso fruto de la espiga.

También en montones cuentan que en otros tiempos se hallaban en el público Erario las onzas, esos granos de oro de la rica cosecha recogida por nuestros mayores en América; pero ¡ay! que aquellos montones desaparecieron sabe Dios cómo, antes de que la generación actual naciera, y hoy, en vez de recibir de Indias carabelas cargadas de oro, mandamos allá continuamente buques llenos de jóvenes, cuya ausencia no puede menos de sentirse en los campos, sin cultivo por falta de brazos.

Sañadores por naturaleza, aventureros por inclinación, como buenos compatriotas de D. Quijote, hemos pasado mucho tiempo en España soñando con felicidades y riquezas que podríamos encontrar en nuestro suelo. Pero amigos de lo maravilloso, las expediciones al otro lado de los mares, los premios grandes de la lotería, las fabulosas ganancias de las cajas de imposición, han seducido más que las lentas pero seguras ganancias del trabajo diario, y yermas continúan llanuras como las de la Mancha, que dejó sin cultivo, á la expulsión de los moriscos, exagerado fanatismo y fatal intolerancia.

Pero dejemos estas digresiones y volvamos al animado espectáculo de las eras. Nada puede simbolizar mejor la idea del trabajo que esa incesante actividad con que sigue á la siega, la trilla, á ésta el biellar y apalea el grano, y por último el acarreo.

Un día, un momento, un instante de pereza, y el fruto de tanto afán, de tantos cuidados y de tan incesantes desvelos puede perderse. Así es que el labrador no descansa hasta que llena el trigo los vastos departamentos del granero.

Entonces, sólo entonces puede respirar tranquilo, dejando aquellas inquietudes y zozobras con que durante el año interrogaba todos los días al cielo antes de consagrar sus fuerzas al cuidado de sus tierras, que tantos desvelos necesitan, si han de dar en sazón y con abundancia sus riquísimos frutos.

III.

Si dejando los campos fijamos nuestra vista en las playas, ¡qué espectáculo tan animado, á su vez, nos ofrecen!

El mar, el cielo y el alma del hombre son, según la profunda frase de Víctor Hugo, los espectáculos más grandes y sublimes que pueden ofrecerse.

Los calores caniculares provocan el baño de mar. El cuerpo desnudo, ha dicho describiendo con su brillante pluma este saludable ejercicio uno de nuestros insignes escritores, Castelar, el cuerpo desnudo se sumerge en la vida: la luz lo brulí, el aire lo oreá, el calor lo anima, el agua lo robustece y lo limpia. ¡Cuán ágilmente corre por lo profundo con la celeridad del pez que coletea en los abismos! ¡Cómo siente aquella vida exaltada de la sirena y del triton que los antiguos describieron de una manera inmortal en la simbólica de sus mitos y de sus personificaciones!

Por las costas del Mediterráneo, en el Lido de Venecia, en las ensenadillas de Capri, en la playa de Benidorm no hay cosa tan grata como entrarse por lo profundo de las aguas y abrir los ojos allí dentro para ver el jaspeado de las arenas que tira de celeste á oro; la inmensa urna de verde cristal líquido que os rodea; la flora de las plantas marinas, parecida á una lluvia de estrellas de brillantes colores; los peces con sus escamas chispeantes de electricidad; la vida rudimentaria que allí por todas partes se anima como germen de indescifrables aspiraciones, como semilla de misteriosa esperanza.

Y además de los baños de mar, los manantiales de salúferas aguas que brotan humeantes del seno fecundo de la tierra, llevando en su compo-

sición sustancias regeneradoras, realizan el milagro de devolver la salud perdida.

España es, sin duda, la comarca donde más provechosos manantiales brotan; pero con muy pocas excepciones, no ha llegado todavía á aprovecharlos la ciencia y á explotarlos la industria con la brillantez que esto se hace en los países extranjeros.

La vida de los establecimientos balnearios, aburrida como una cuarentena después de larga travesía, cuando se pasa en una de esas casas donde no acuden más que enfermos, y tan brillante, tan animada en los lugares que favorece la moda, se halla en todo su apogeo en estos meses.

Allí descansa de sus apasionadas luchas el político; de sus desvelos, el artista; de las vigiliadas del bufete, el que consagra sus días á la defensa de los derechos ó la resolución de sociales ó científicos problemas. Allí distrae sus ocios esa parte brillante de la sociedad, con la que no reza la conocidísima fábula de la Cigarra y la Hormiga, pues lo mismo canta, baila y se divierte en invierno que en verano. Allí continúan las intrigas de los salones, se entablan relaciones y comienzan aventuras, reinando, como reina absoluta, esa chispeante y amena murmuración crítica social, que se formula en una frase ingeniosa y aguda y que es más temible que el más severo de los castigos.

IV.

Las horas predilectas del verano son las de sus noches breves como la felicidad y la ventura. Brillan en el oscuro cielo como chispas de luz los refulgentes astros, esparce vívidos fulgores la vía láctea llamada el camino de Santiago en las poéticas y cristianas tradiciones de nuestro pueblo; como lucidas flores clarean en la tierra los gusanos de luz, se pueblan de armonía los aires, se reflejan en los mares y en los ríos los rayos de la antorcha de alegría, en las cabañas; lámpara funeral de las ruinas. Es la hora de los misterios y de los amores que ha inspirado á los poetas y ha dado origen á celestes armonías.

Sus horas son las de la anhelada cita y las de las animadas verbenas. En ellas comienza á soñar el adolescente y á suspirar la virgen, pensando que falta algo para completar su existencia. En las noches de San Juan y de San Pedro, en las que preceden á la Virgen del Carmen y á Santiago se consulta al porvenir procurando leer en las estrellas ó descifrando los misteriosos jeroglíficos que forma al romper en el agua la clara del huevo, y que han de decir algo de los sinsabores ó de las dichas que esperan en el curso de la vida.

No hay pueblo que no tenga alguna tradición de estas noches de verano, que se celebran con alegres cánticos entonados alrededor de las hogueras que encienden con hierbas aromáticas los ancianos.

Entre los ruidos de la noche domina en la aldea el de animadas serenatas en que se cantan coplas de amor y de celos á los varoniles acentos de la jota, y allá en las eras el del labrador que se prepara al reposo.

El trabajo durante el día y el reposo en la noche. Hé aquí la vida exenta de cuidados del que huye del mundanal ruido; la vida tranquila libre de afanosos, desvelos que la agobien y de ambiciones insaciables que la mortifiquen; vida feliz del que vive ni envidioso ni envidiado, y que tan admirablemente han descrito: Virgilio, en la parte primera de sus Geórgicas; el gaditano Columela, luz en la decadencia literaria de Roma, en su *Re Rustica*; Horacio y fray Luis de León, en sus incomparables odas, y en sus apacibles romances el tiernísimo y delicado Meléndez.

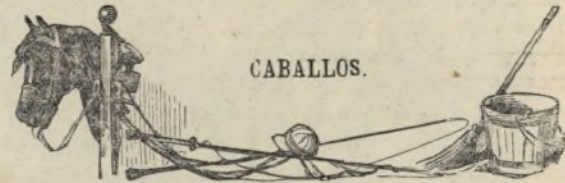
V.

¡Oh, el verano! Cuando su calor nos sofoca, cuando los rayos del sol canicular nos abrasan, renegamos de él con insigne injusticia; pues el calor es la vida y el verano la estación predilecta de la naturaleza.

Pero ahora es el presente, que no es nunca la realización de nuestros sueños, y pensamos en los intensos frios del invierno ó en los días apacibles de la primavera.

Así es la vida: aparte de brevísimos momentos de éxtasis, tenemos que buscar para hacer más llevaderos sus amargos sinsabores, consuelo en las esperanzas del porvenir y lenitivo en los recuerdos del pasado.

J. GUTIERREZ ABASCAL.



II.

Las paradas no deben ser depósitos de caballos ó caballerizas en que se encierran los sementales, sino gimnasios donde se desarrollen, adquieran belleza, den á conocer sus cualidades, se modifique su carácter, se atienda á su sanidad por el ejercicio debidamente aplicado y exquisito aseo, y en donde se conozca, en suma, todo lo que se debe saber respecto al animal para la propagación de la especie.

No tratamos de detallar cuanto es necesario en ellas, tal como las comprendemos y existen en el extranjero, pudiendo citarse la de Tarbes, en Francia. Eso pediría memoria aparte, y á nuestro propósito sólo hace lo que conduzca al esclarecimiento de la cuestión general que nos ocupa. Pero supuesto deben ser las casas de monta muy distintas de lo que en nuestro país actualmente son, aprovechése lo bueno que en ellas haya, y sobre eso fundemos el edificio de nuestra futura grandeza nacional. Es menester dotar estos establecimientos de caballos superiores por pureza en su genealogía, conservarlos con el más exquisito cuidado, y estén al frente de ellos personas de saber que los organicen y conserven luego su especial organización. Es menester acabe la falsa creencia de muchos criadores, de que el caballo padre debe estar continuamente en inacción y aún cargado de cadenas, trabado rigurosamente, y siempre oprimido como existe todavía alguno. Al contrario, el semental debe hallarse perfectamente domado y sanísimo, para que se conozcan y aprecien todas las cualidades que ha de transmitir á sus hijos; hacer continuo ejercicio para estar fuerte y sin detención de humores que ocasionan enfermedades: acerca de la cual dice el Emir Abdel-el-Kader: «El potro proviene del caballo y de la yegua; pero la experiencia de los siglos ha demostrado que las partes esenciales de su cuerpo, como los huesos, los tendones, los nervios y las venas, proceden siempre del padre.» Hoy día está fuera de toda duda hasta para el último de los árabes, que todas las enfermedades relativas á los huesos, tendones, nervios y venas que tiene el caballo en el momento de la cubrición, se perpetúan al producto, cualquiera que sea el tiempo que pase; citaré especialmente los sobrehuesos, los esparavanes, las várices y los dolores en los lomos.

La madre puede comunicarle su calor, su aire y algo de su estructura forzosamente, por haberle llevado algún tiempo en su vientre; pero es incontestable que el padre le da la fuerza de los huesos, el vigor de los nervios, la solidez de los tendones, la rapidez de la carrera, y en fin, las cualidades principales: le comunica además su facultad moral, y si es verdaderamente noble, lo preservará de todo vicio.

Los caballos que actualmente existen en las paradas no son suficientes en número, ni todos son convenientes por su mérito para llenar su objeto, especialmente el día que se extienda algo más la cría caballar.

De aquí se desprende otra cuestión, y es la de proveer caballos padres. Mucho se ha discutido sobre esto. Se ha entrado en la delicadísima cuestión de cruzar tan debatida, proponiendo traer caballos del Norte, indicando los puntos más famosos de sus producciones, con el propósito de agrandar y fortalecer el caballo español; opinando unos que estas mezclas se extendiesen á toda la Península, y proponiendo otros que sólo se limitasen á las provincias del Norte. Y aquí se nos ocurre preguntar: ¿debemos nosotros tratar de adquirir lo que teníamos, con lo que tanta fama alcanzamos en los tiempos antiguos, ó ser otra cosa distinta de lo

que fuimos, introduciendo novedades que destruyan nuestros propios elementos ó le cambien su histórica manera de ser?

La memoria del general Daumas ha fijado en cierto modo la cuestion para nuestro país, pues prueba que nuestra raza aunque abandonada, aún reducida al estado lastimoso en que se encuentra, tiene ventajas sobre otras para la resistencia al frío, al calor, al hambre y á la sed, á trabajos y á fatigas, constituyendo una verdadera raza de guerra, que es lo más interesante para los gobiernos. ¿A qué, pues, valernos de cruzas extranjeras, cuando esas razas envidian á las nuestras en todo lo que realmente es envidiable? Pero cuando no basten los caballos padres actuales para satisfacer las necesidades de la cria ó renovar su sangre, y sea necesario traerlos de fuera, siempre opinaremos porque en este caso se importen caballos árabes de pura raza, por la analogía é identificación que hay entre éstos y el español, en vista y en cualidades, que á veces pudiera confundirse el uno con el otro. El mérito de esas castas, que hoy algunos desearán cruzar con la española, en lo que hacen consistir su perfeccionamiento, debido es á la raza árabe. El caballo inglés de pura sangre, ¿qué es sino el hijo de padres árabes nacidos en Inglaterra? Y acaso porque un descendiente haya nacido en suelo británico ¿ha de traernos mejores cualidades? Las que pudiera haber adquirido con la variación de su nacionalidad muy pronto las perdería entre nosotros.

Nos expresamos de este modo porque hay escritores, muy apreciables por cierto, inteligentes en la materia, que proponen la cruce de nuestras yeguas con caballos ingleses de los que llaman *pura sangre*, con cuya opinion no estamos conformes. Si alguna cualidad pudiera prestarle esa simiente, de seguro sería negativa. Véase lo que entre otros muchos testimonios dice en una carta, fechada en París en 1854, el General de Lauvestine, oficial distinguido en el primer Imperio, que hizo todas sus guerras, y pasó su vida estudiando la caballería. «¿Por qué, añade, el caballo árabe y los que proceden de él, como es el español de la montaña, el polones y el antiguo limosín, son los mejores caballos de guerra? ¿Es que su carácter y estructura se resienten de la ruda educación á que han estado sometidos? No, porque son caballos sobrios, inteligentes, infatigables, y sobre todo docilísimos. A los caballos ingleses y las razas que de él derivan, les sucede todo lo contrario; no tienen más ventaja que su gran velocidad para salvar obstáculos y efectuar largas carreras, pero á condicion de estar mantenidos con un esmero extraordinario.

» Tales cualidades no constituyen de manera alguna el caballo de utilidad, el caballo de guerra.

» He hecho la campaña en toda Europa con los generales de caballería más célebres, y no temo me desmientan mis compañeros de armas que todavía vivan: jamás se ha procurado un caballo inglés, ni aún siquiera para los mariscales ni generales en jefe, quienes podían servir de esa raza, sin las privaciones de los demás, porque marchan aislados y tienen otros recursos de que el oficial de fila carece.

» Entre nosotros el caballo de jefe era el limosín, bello como el inglés, y con todas las cualidades del bárbaro. Los de oficial de fila de la caballería en general eran el polones, el alemán, cruzado con árabe ó el español, porque decíamos *es menester que un jefe monte un caballo que no le arrastre al enemigo*. Por eso prefieren el caballo árabe, porque está familiarizado con el hombre desde su nacimiento; nada teme, porque viven entre los objetos que han de encontrar constantemente, acostumbrado á la interperie de todas las estaciones, pues duerme siempre al raso; en fin, resiste (y es condicion capital) el hambre y la sed. Podrá no tener bastante alzada para nuestros coraceros y dragones como algunos han observado, pero son de tal fortaleza, que yo mismo he visto á nuestros dragones en España, que eran hombres de seis á siete pulgadas de estatura, montados todos en caballos españoles, correr siempre que era necesario.

» También hice la campaña en Rusia con un caballo bárbaro, que fué el único que resistió á las fatigas de los demás que llevaba, alemanes y polacos, solo alimentándose con la paja de los techos.

» El general Sebastiani llevaba un magnífico

escuadrón con toda clase de caballos; los únicos que se salvaron fueron los granadinos, por ser de pura raza árabe procedente de Sierra-Nevada.»

Podría citar mil hechos análogos.

Ahora decimos nosotros: ¿Vamos á introducir sangre árabe de Inglaterra cuando la tenemos en nuestro país hace muchos siglos, y la facultad de traerla directamente de África? Eso es un contrasentido, un error sólo disculpable por los incentivos de la moda. El único caballo que admitimos de compañero al árabe es el africano, por ser de igual procedencia y temperamento, apto para la fatiga. Esta raza se conoce y aprecia en España, no de ahora, sino desde los tiempos más remotos, confundiendo y mezclándose con la nuestra y con la árabe, supuesto que las tres son del mismo origen. Pudiéramos muy fácilmente traer caballos africanos, supuesto la buena posición que tenemos en la vecina costa de África; pero haciendo allí compras de caballos de mérito con inteligencia, y no como hasta ahora ha sucedido.

Todos los caballos más famosos de la antigüedad; los de Ricardo Corazón de León en Medina; de Felipe Augusto; de Bonniaves; de Guillermo el Conquistador en Hastings; de San Luis en la Aleanssora; de Francisco I en Pavía; de Enrique II en el torneo en que murió; de Enrique IV en Argues y en Ivry; de Luis XIV en sus guerras y en sus fiestas, y, en fin, de Napoleon I en Marengo y en Austerlitz, todos estos caballos eran bárbaros ó árabes. ¿Por qué queremos reemplazar hoy por otro el caballo que tales hombres tenían en tan alto aprecio?

Por otra parte, si consultamos la Historia, vemos á los romanos procurar ante todo, como caballo de guerra, al nómada; estos caballos le sirvieron con éxito en sus expediciones contra los germanos, los galos y los escitas.

En la época guerrera de las Cruzadas trajeron los pueblos francos inmensas parras de caballos orientales, hallando en ellos el doble mérito de servir para la guerra y para sementales. Durante la Edad Media, el tipo del caballo de guerra en Oriente fué el bárbaro ó el berberisco, y su descendiente el caballo español, por lo cual dijo con razón Mr. Ephraim Hou-el, en su historia del caballo, que era una falta de los pintores y estatuarios representar á los guerreros de esta época en bastas y pesadas cabalgaduras, pues los hombres, cubiertos de fuertes armaduras, buscaban entonces preferentemente los caballos orientales, ó los que de ellos descendían.

La experiencia, pues, ha establecido la teórica y la práctica; las pruebas á que se ha sometido especialmente el caballo bárbaro son incomparables, verificándose en todos los tiempos, en medio de razas diversas que establecen comparaciones que siempre les fueron favorables; esto parécenos acabará por convencer á los incrédulos.

El caballo oriental posee, según se ve, todas las cualidades necesarias para la guerra. Vigor, sobriedad, nobleza, fuerza muscular, docilidad, resistencia en la fatiga, en las privaciones, cambio de clima; todas las pruebas inherentes á la vida militar. ¿De dónde proceden estas cualidades tan preciosas? ¿Del suelo natal? ¿Del clima bajo del cual ha nacido? ¿De la pureza de su sangre? ¿Del esmero en la casta? ¿De que no es castrado? ¿Del rudo trabajo á que se le somete desde su tierna edad?

Dejamos estas consideraciones, dignas de ser estudiadas, al juicio de los inteligentes.

Creemos, sin embargo, con Mr. Daumas que tales resultados quizá no puedan conseguirse más que por la reunión de todas esas condiciones, que al trabajo se deben en gran parte; pues al caballo de movimientos que marcha sin cesar, ya sea llevando su jinete á la guerra, ó á buscar á largas distancias donde beber y pastar, como sucede en el desierto, siempre á la intemperie, sujeto á las variaciones atmosféricas, este caballo llevará mucha ventaja al que disfrute del dulce sosiego y ejercicio proporcionado de la vida civilizada.

Y si hubiera necesidad de confirmar esta opinion, se encontrarán las pruebas en el hecho que en la Argelia misma, el árabe del Tell, que es labrador y de vida apacible, no posee tan buenos caballos como el árabe de Sahara, que es pastor y nómada.

Concretados los puntos que al Gobierno de la

Nación atañe para su desenvolvimiento, lo demás consiste en la hechura que ha de ser fecundada, la cual se conserva bastante bien entre nosotros. La yegua española tiene una resistencia inconcebible. Después de lo que sufre en el invierno, vagando por los montes y dehesas, sin techo para guarecerse contra la lluvia, la nieve y la escarcha; sin pastos en la tierra para satisfacer trabajosamente su apetito; la mayor parte del tiempo sin nada absolutamente de qué alimentarse; arriada otras ocasiones dando de mamar á la cria, llega el verano, y apenas se repara con la nueva vegetación, emprende los trabajos de trilla, en que invierte tres meses trotando bajo el ardiente sol de nuestro clima, aspirando el polvo de las eras, caminando siempre en figura circular, fatigada con las mieses que al principio de la operación casi la cubren; comiendo avena en rama, bebiendo aguas turbias de pozos escasos, como generalmente están en el estío, y herradas de un modo que, si bueno para desmenuzar la paja, es incómodo y contrario á las condiciones que en los cascos deben respetarse.

La yegua española, sin embargo, supera tales trabajos y vive largo tiempo produciendo hermosas y vigorosas crías. Si esto no es una demostración cumplidísima de sus excelentes cualidades, no comprendemos cuáles puedan citarse que más enaltecen las condiciones de una buena yegua, de suerte que se cuenta en España con un poderoso elemento para la mejora de la cría caballar, que si ahora no es el necesario por su cantidad, tanto por lo que se consume de este animal en la cría mular, como por los agricultores que las consideran como un instrumento de labor, el día que el caballo ofrezca al ganadero la utilidad, y se llenen estas indicaciones, habrá en poco tiempo, como ya ha empezado á tocarse, el número necesario para desarrollar á toda su altura la producción del caballo.

De lo dicho acerca de la importancia de las paradas, y la atención que merece de parte del Gobierno, se desprende que esos establecimientos estén dirigidos por los que sepan cuánto se relaciona, no sólo con la cría caballar, sino también con la educación de ésta, en lo concerniente á amaestrar el caballo, como en lo relativo á su desarrollo y conservación, por medio de la gimnasia higiénica, aplicación poco conocida y ménos usada en este país.

Esto, que á primera vista parece fácil de superar, no lo es en la práctica, puesto que será difícil por ahora encontrar personas dotadas de los conocimientos teóricos y prácticos que se necesitan para las paradas que hayan de establecerse.

Exige por tanto que se elijan hombres expertos, á propósito, ya que no tengan el exquisito cuidado que indicamos, al ménos sean capaces, pues de ellos depende que las paradas alcancen el esplendor apetecido, ó continúen siendo lo que hemos manifestado, «unas caballerizas mejor ó peor cuidadas.» Alguno ha creído sería conveniente dar á esos establecimientos organización militar; pero sin impugnar la idea en cuanto al orden interior concierne, juzgamos que la dirección debe darse al mérito personal, ya recaiga la elección en un oficial de ejército ó en quien no lo sea.

Las carreras de caballos, entre nosotros, merecen artículo aparte, que dejaremos para el siguiente número; mas nadie habrá que no reconozca su importancia para cooperar al mejoramiento de la raza caballar. El estímulo que estos actos produce es muy conocido por su mérito, y nada nuevo llevaríamos al ánimo de nuestros lectores. Lo que toca al Gobierno es promover exposiciones y facilitar tales competencias, estableciendo premios, muchos de los cuales pudieran ser hasta sin gastos al Tesoro, y que no producirían ménos incitativos para los criadores.

Los documentos que acreditan una casta, las menciones honoríficas, cruces especiales en su caso, que en este país son á veces más codiciadas que las retribuciones en metal. Estos elementos debe aprovecharlos el Gobierno, no perdiendo de vista su gran interés en cuanto concierne á la cría caballar.

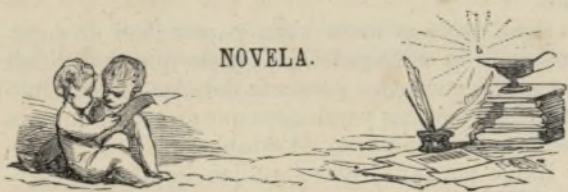
La cuestion de los pastos viene agitándose de mucho á esta parte, y no son pocas las personas conocedoras de la materia que lo juzgan como un gran obstáculo para el desarrollo que apetecemos, por haberse reducido las dehesas desde la desamor-

tización. Los prados artificiales han producido muy buen efecto en otros países, y lo mismo puede suceder en el nuestro por la feracidad de nuestras tierras y la bondad del clima en que la Providencia se ha servido colocarnos. Si el labrador encuentra la utilidad que tiene derecho á esperar en el caballo que críe, si los precios corresponden á sus esperanzas, no le dolerán los gastos que le causen formar prados, los cuales, ocupando pequeños terrenos, saquen muchísimo más alimento para su ganado. Al Gobierno toca dar dirección á esta mejora, promoviendo la formación de ellos para dar á conocer al labrador sus grandes ventajas, y establecer en las Exposiciones una diferencia de premios en favor (en igualdad de circunstancias de bondad) del que haya criado sus potros en los prados que acabamos de indicar.

El interés, en fin, que ofrezca el caballo á los labradores, despertará la afición á tan bello animal, que parece trata de desaparecer. Como consecuencia precisa, se crearán los picaderos, mejor dicho, gimnasios científicos ecuestres, que las circunstancias traerán precisamente. Habrá competencias, que producirán un adelanto en la cría y en la equitación; nada tendremos que mendigar á los extranjeros, sino al contrario, ellos serán los que codicien nuestros caballos; se formarán jinetes de verdadera y científica escuela, reemplazando á los existentes hoy día, que, salvo honrosas excepciones, es el producto de la ignorancia que arruina al caballo en vez de desarrollarlo y fortalecerlo: poseeremos variedad en las producciones, porque el estudio estimulado por el interés sabrá encontrar los medios, á fin que la producción pueda servir para satisfacer todas las exigencias de la sociedad; nos habremos hecho de una gran riqueza que venga á aumentar los réditos del Tesoro en las contribuciones, cosa que no debe desatender el Gobierno; habrá más número de brazos que emplear en esta riqueza, extendida hasta el punto que lo deseamos, y en suma, habremos cumplido con lo que corresponde á nuestra fama histórica, siendo nuestra caballería la misma que tantos recuerdos de gloria dejó en los campos de Italia, en los Países Bajos y en otras partes de Europa.

Sevilla, 5 de Julio de 1877.

EDUARDO CÓSTELLO.



OCHO KILÓMETROS Y UN RIO.

I.

El capitán Hector se ponía el uniforme para ir á la lista, jugando y riendo al mismo tiempo con un precioso niño acostado en su cuna.

Cerca del nido del niño una mujer joven miraba con tiernos ojos al angelito, que empezaba á decir «mamá»:

—No me mire V. así, descarado, le decía el Capitán; si busca una riña, nos batiremos, insolente.

Y acabado de vestir, hizo como que tiraba al florete con un dedo contra el nene, que se reía, y lo cogió en brazos para besarlo.

En este momento una voz ronca cantaba en la escalera:

«Á caballo, dragones;
Formad los escuadrones.»

Después la voz, ya junto á la puerta, gritó:

—Hector, ¿estás ahí? Abreme.

—¡Calla! es el órgano de Julio, dijo Hector; ¿qué tendrá que decirme tan temprano?

La puerta abierta y la de la alcoba cerrada, el capitán Julio entró como un huracán, saltando, cantando, dando signos inequívocos de enajenación mental:

—¡Nos vamos! ¡Viva la alegría! ¿Tu mujer no está ahí?... ¡Mejor! Hay mucho nuevo. ¡Amor, misterio y dicha! ¡Vida variada y perfumada, como dicen los buenos autores! ¡Pero alégrate! ¿Recibes tan friamente mi noticia?

—¿Qué noticia?

—¿Pues no te lo he dicho? ¡Nos vamos!

—¿A dónde?

—¡A París, vive Dios! ¡Un sueño... y un camino!

Descanso en Dijon. ¡Eh! ¡Dijon!

Hector puso un dedo en la boca, señalándole el cuarto vecino.

—Bien, bien; comprendido, dijo Julio; quedo mudo como una estatua. ¡Dijon, amigo mio, Dijon!

—¡Pero, desgraciado! ¿Olvidas mi mujer? le dijo Hector.

—¡Tu mujer! Y bien, ¿qué? ¡Tu mujer! ¡Después de ocho kilómetros y un río!

—¡Maldito hablador! ¿Será preciso ponerte mordaza?

II.

Los oficiales del 24.º de dragones no se divertían en H.º. Muchos se habrán encontrado en el mismo caso. Así había tumulto en el café, festejando la orden de marcha. El cafetero no tenía manos para servir; la emoción había secado las gargantas. Sólo algunos viejos que habían llegado al máximo de sus ascensos y derechos, gruñían:

—¿Qué demonios les gusta en ese París? decían; mucho servicio, revistas, pupilajes caros, y más caras las copas que aquí. No es posible hacer economías. ¿Qué les falta aquí? Tienen el Rhin para pescar; la Harth para cazar; la Suiza para pasearse; la copa á 15 céntimos; poco servicio...

Pero Julio cogió al que así hablaba, por el brazo, y con mirada exaltada le dijo:

—¡Ah Catogan! ¿Conoces el país donde florece la *cocotte*, el infierno donde hierven todas las pasiones humanas? ¿Dónde la vida pasa al galope, arrastrada en un torbellino? ¿Dónde el oro rueda hasta haceros caer? ¿Dónde jóvenes no vestidas de cáñamo llenan las copas de champagne y os coronan de rosas? ¿Conoces el país de los amores devoradores de doce á treinta y seis horas, de la seda, del terciopelo? ¡Ah! Conozco bien tu Suiza y tu Rhin y tu café. Mi corazón de hombre reclama agitaciones; mis arterias quieren latir violentamente; por eso os dejo con placer, ¡oh nieves eternas! ¡oh rocas de granito, torrentes espumosos, país encantador, que todo es montañoso, incluso el billar del café! Os abandono á los éxtasis entusiastas de los inocentes viajeros.

—Shepher, añadió abrazando al cafetero, V. no está corrompido; su voz lo indica, y bien; este fenómeno no me retendrá. Os beso en la frente, pobre ángel, y corro á París sobre mi caballo gris.

Y cogiendo la mano de un oficial que cogió la de otro, y así sucesivamente, corrieron, encerrando en el círculo al pobre Shepher.

Después Julio y Hector salieron cogidos del brazo para hablar del viaje.

III.

—Y bien, no, dijo Julio; en ninguna parte he encontrado chicas tan lucidas como Rosa y su hermana.

—Encantadoras, en efecto, respondió Hector.

—Rosa, sobre todo. Tú te la llevaste, teniendo por tu antigüedad el derecho de escoger, pero no me quejaba yo; pues Berta era muy guapa. ¡Qué cabellos negros los de Rosa! ¡Qué rubios los de Berta!

—¡Y unos dientecitos tan blancos, y unos labios tan frescos!

—¿Qué de celosos hicimos!

—¡Ya lo creo; había motivo!

—¿Qué buen tiempo aquel! Se es feliz, y... ¡patatrás! ¡un trompetazo, y es preciso marcharse. ¡Es triste esto! Tan triste, que al dejar á Dijon perdí el apetito. Después el tiempo, ese gran consolador, puso su bálsamo sobre mi herida. ¡Pero no tienes idea del placer que tendré en volver abrir aquella herida!

—¿Están aún en Dijon?

—Sí.

—¡La pobre Rosa sintió mucho mi casamiento! —Felizmente para ella, ha encontrado uno de *á pié* para secar sus lágrimas.

—¡Ah!

—¿No lo sabías?

—No he tratado de enterarme.

—¿Te contraría?

—¿A mí? ¡No!

—¡Es que pusiste ahora una cara!

—¿Duró mucho su viudedad?

—Hasta el día de tu casamiento, según parece.

—No exageró el duelo la infanta.

—¡Demonio! ¡También tú la dejaste de un modo! ¡Pobre joven! ¡Qué deliciosas giras hemos hecho juntos! ¿No te acuerdas, en medio de tu vida regular y tranquila, de aquellos tiempos? Lo que es á mí, me sucede.

—Yo, amigo mio, soy muy feliz y no tengo recuerdos, pues amo á mi mujer.

—Tú tienes razón; pero yo, que no estoy sujeto por esas cadenas... de flores..., pienso, al pasar por Dijon, renovar, siquiera sea veinticuatro horas, la felicidad pasada. Creo que cada día están más lindas. Por eso he saludado nuestra marcha con tanto entusiasmo. ¿No irás tú á ver á Rosa un momento?

—¿Y mi mujer?

—¡Oh! no seas tan puritano, y además, después de ocho kilómetros y un río, esto es bien sabido...

—Sí, el marido es libre: hemos decretado esto en nuestra moral familiar, pero es preciso confesar que es algo ligero.

—Puede que tengas razón. Deja al de *á pié* gozar en paz su felicidad y venir á triunfar y pavonearse delante de tí. ¡Demonios! En tu lugar, desde que se me presentase, volvía á reclamar mis derechos, y el que llenase mis funciones en mi ausencia, sería interinamente.

—¿Tú crees que ella sería capaz?...

—Yo creo que el otro tendrá un placer en que la veas viajando bajo su pabellón.

—¡Quisiera verlo!

—Lo verás.

—A menos que yo me oponga.

—Que es lo que te aconsejo hacer, por honor de la caballería.

—Después de todo, nadie lo sabrá. Y además ¡pasarémos tantos kilómetros y ríos!

—Los mismos ángeles te absolverían. ¡Y mira qué bien se arregla! Llegamos el domingo, y las princesas tendrán el día libre. ¡Vamos á pasar un día delicioso!

—¡Pobre Rosa! ¡Me alegraré abrazarla! Esto me rejuvenecerá.

—Y el otro envejecerá. Lo que no es para desear.

—¿Cómo prevenirlas?

—Ya está hecho; ha sido mi primera ocupación en cuanto supe el itinerario.

—Vamos; te doy las gracias.

Desde aquel momento el fiel Hector estuvo devorado de impaciencia por ver á Rosa.

IV.

Mientras, su mujer lloraba, apoyada en la cuna del bebé. Había oído la conversación de Julio desde su cuarto, y los siseos discretos de su marido.

«Dijon: ocho kilómetros y un río.» ¿Qué podían significar esas palabras? ¿Qué recuerdos despertaban? La misteriosa adivinación de toda mujer le revelaba que su dicha corría peligro.

Hector había salido tan de prisa, que había olvidado sobre la mesa la llave de su *secrétaire*, que nunca abandonaba. Jamas había querido ella registrar aquel mueble, pero cuando la duda entra en el corazón todo son sospechas, y los celos hacen prescindir de las delicadezas habituales.

Abrió el *secrétaire* y halló, algo escondido, un paquete de cartas perfumado. Tomó una que tenía el timbre de Dijon, y leyó:

«Coco mio: Berta y yo hemos dicho en la casa que pasamos la noche en el taller para un trabajo urgente.

»Si el Bibí querido de su mujercita no es un tonto, se encontrará á las ocho en la cita ordinaria con el fiel Julio, é iremos juntos á cenar, etc., etc. Espero no faltará y reiremos como locos hasta morir.—ROSA.»

Varias contenían protestas de amor, y la última se hallaba concebida en estos términos:

«He sido una loca en creer valia V. más que los otros, caballero, y en sacrificarle mi juventud y las primicias de mi corazón. Si hubiera pensado que llegaría un día en que me abandonaría por entregarse á la olla conyugal, ¿cree V. que hubiera de-

jado por sus buenos ojos mi amante, que era más elevado que V., pues era general y rico? Yo he amado con demasiada confianza y candor; ésa es mi falta; pero á V. no le llevará su ingratitud al Paraíso. Día llegará, aunque ya tarde, que sentirá amargamente haber dejado la llave en la puerta de mi corazón, dos años hacía cerrado para todos, menos para usted. Bien sabe que todo pasa, todo cansa, aun la olla que va á hacer sus delicias. Hoy lloro, pero no me faltarán los consuelos: por falta de un monje no se ha de cerrar el convento. Usted lo ha querido; tanto peor para usted. Se casa probablemente porque siente venir los dolores: ¡es buena ocasión! Deseo á su esposa muchos triunfos en las cataplasmas. La que tontamente os ha amado y os odia.—ROSA.»

Por haber leído estas cartas era por lo que la mujer de Hector lloraba junto á la cuna de su hijo.

V.

Sin embargo, al oír entrar á su marido, volvió á colocar las cartas en su sitio y la llave donde la había cogido, y trató de ocultar sus lágrimas.

Pero no podía; sus ojos, encarnados, la hacían traicion.

—¿Qué tienes? le preguntó Hector.

—Nada, le respondió.

—¿Tú has llorado!

—No, te lo aseguro; es que se me ha subido la sangre á la cabeza.

Pero sus labios temblaban, y nuevas lágrimas, que no podía contener, acudían á sus ojos.

—Y bien, sí, dijo ella á una nueva interrogación de su marido. Tengo un disgusto.

—¿Un disgusto! ¿Tú? ¡Vamos, la dijo abrazándola; dime pronto la causa de ese gran dolor!

—No sé, un disgusto vago.... Es la primera vez que nos separamos por tanto tiempo después de nuestro casamiento. ¡Tengo miedo! ¡Me parece que me va á suceder alguna desgracia!

—¿Loca!.... ¿Qué desgracia puedes temer?

—Serán sin duda los nervios, que me atormentan y me dan ideas negras; no será nada. Dime sólo que me quieres.

—¿Puedes dudar?

—¿Como el primer día?

—Lo mismo.

Se fué hacia la cuna, besó al niño y volvió al lado de su marido.

—¿Si te pidiese un favor, me lo acordarías?

—Sin duda.

—Prométeme acceder á lo que te pida.

—Antes es preciso saber....

—No, sin saberlo. Si quieres, me darás un gran placer.

—Pero es que vosotras las mujeres, si se os mete en la cabeza tener una estrella, pretendéis que no se os quiere si no puede uno alcanzar alguna.

—Te aseguro que no hay ninguna estrella que alcanzar. ¿Me lo prometes?

—Vamos, sí.

—Pues déjame te acompañe á caballo por el camino; ¡me divertirá tanto viajar en amazona junto á tí y á la cabeza del escuadrón!

—Pero, tontuela, ¿cómo piensas en eso? ¿Crees tú que lo toleraría el coronel?

—Yo me encargo de obtener su permiso por su mujer.

—Bueno; pero ¿y el niño?

—Es verdad, dijo ella tristemente. ¡Pobrecito! Dios me perdone el haberle olvidado!

Y corrió á la cuna, lo tomó en brazos y lo besó. Después vino á su marido, como inspirada, y le dijo:

—¿Mira qué mono es, y cómo se le ve adelantar! ¡No hay nada en el mundo que valga lo que una sonrisa de estos ángeles! ¡Mira qué boca tan pequeña, y estas rosetas en los carrillos que parecen nidos de besos! ¡No es verdad que esto reemplaza y absorbe todo? ¡Placeres, ambición, deseo de riquezas, lujos, recuerdos pasados, todo se borra y olvida delante de esta pura dicha de ver crecer y acariciar estos seres queridos que son el alma de nuestra alma, nuestra sangre, nuestra vida entera!

—Es verdad, dijo Hector conmovido y besando al niño: nada vale como esto.

—¿Y cuando pienso, añadió ella, que Dios se los lleva algunas veces! ¡Oh! no, nunca creeré sea

tan cruel con estos querubines, que son inocentes, sino es por castigar alguna falta de sus padres. ¡Estoy convencida que cuando nos arrebatara un pobre niño, es porque el padre ó la madre son indignos de poseerlo! Esta creencia me contendría siempre, si era tan desgraciada que tuviera malas ideas. Me parecería que cuando cometiera una falta, mi Gaston moriría....

—¡Oh! dijo Hector sintiendo venir las lágrimas á sus ojos: ¡no digas esas cosas, es horrible pensar en ellas!

Y mirando á su mujer, se dijo á sí mismo:

—¡Esto es lo bueno: ésta es la verdad!.... Decididamente no veré á Rosa.

VI.

La víspera de la marcha había gran reunión en el café. Los oficiales manifestaban su alegría por frecuentes libaciones, y se despedían de Shepherd, el de la voz suave.

El ponche humeaba; las detonaciones del champagne eran tan seguidas, que en la cueva, las botellas, asustadas de aquella carnicería, se decían entre sí: «Hermanas, es preciso morir.» Era preciso celebrar bien la salida de H.

Solos, en una mesa retirada, Catogan y otro protestaban contra la alegría general bebiendo cerveza. En un rincón, Julio, que era la misma bondad, pensaba en los desgraciados que iban á reemplazarlos, y escribía para su uso unas reglas bizarras.

Este papel llevaba por título:

«Estado de las señoritas de H. y países de alrededor, con el modo de hacerse querer de ellas, para el uso de los señores oficiales del 19.º de húsares.»

Luégo, en columnas, estaban indicados los nombres, edad, señas particulares, domicilio y todas las noticias que debían evitar á los que vinieran el aburrimiento de tomar informes y de facciones galantes ridículas.

Estaba concluyendo este trabajo, cuando Hector llegó.

—¡Ah! ¡ah! ¡Sólo nos faltan pocos días para verlas!

—Me es igual, dijo Hector indiferentemente.

—¿Cómo, no me comprendes?

—Al contrario, te entiendo muy bien; pero he reflexionado....

Julio, estupefacto, iba á contestarle; pero la voz de Shepherd, llamándolo, lo impidió.

Un empleado del telégrafo le traía el siguiente parte:

«Yo seguramente, muy contenta.—Rosa no es fácil, guardada á vista.—Feroz tirano saber pasan y amenaza matar rival.—Rosa triste.—Hacer posible.—BERTA.»

Julio enseñó el telégrama á Hector.

—Esto viene muy bien, dijo éste después de haberlo leído.

—Pero, hombre, ¿qué quieres decir con eso?

—Nada, que el feroz tirano no tendrá que sacar el sable. Puede estar en paz; no turbaré su felicidad.

Julio se sonrió y meneó la cabeza en señal de duda; pues él pensaba que si las gracias de su mujer tenían bastante poder sobre Hector para hacerle tomar esta resolución, el encanto cesaría desde que se separaran.

—Ya hablaremos de esto por el camino, dijo.

—Y te contestaré como hoy.

—¿Dios mío! lo que te decía era por esa especie de amenaza del rival. No me gusta eso. Pero después de todo, tú haces bien. Tienes más calma que yo.

Al día siguiente los escuadrones se pusieron en marcha. En el momento de montar á caballo Hector, su mujer lo abrazó diciéndole:

—Te ruego me escribas todos los días, al menos tendré la seguridad que esa media hora te acordarás de mí. Y además, añadió cuando Hector le devolvía el niño después de haberlo besado mil veces, créeme, no hagas nada durante el camino que tu conciencia pueda remorderte. Esto nos traería desgracias; nuestro pobre niño caería malo....

Cuando alcanzó su escuadrón, secó con su mano las lágrimas que á su pesar habían acudido á sus ojos, y se dijo:

—No, no; no iré á ver á Rosa!

VII.

Durante los primeros días de marcha no hablaron de Rosa. Julio, que no era muy amigo de la moral y tenía un respeto muy débil por los contratos, no perdía la esperanza de romper con paciencia el de Hector y su mujer.

—Oye lo que he arreglado, dijo á su amigo, salvo tu aprobación. Tú comprendes que no podemos estarnos quietos después de la amenaza de ese caballero. Se diría que somos tímidos, y la caballería sufriría por nosotros. Tú estás fuera de causa, has perdido el culto de la alegría y te haces viejo: no hablemos de tí. Pero es preciso que el feroz infante no se crea vencedor en toda la línea. Es preciso que sea vencido, y no pudiendo tú hacerlo, otro cumplirá este acto de justicia. Hablaré á Carbinon, que se prestará á esta combinación, y la caballería no será desconsiderada.

Hector no dijo nada, pero hizo un movimiento significativo.

—¿Qué dices de mi proyecto? le preguntó Julio.

—Digo.... dijo Hector de mal humor, que tratas bien mal á la pobre Rosa, que nada te ha hecho, para que la arrojes así al primero que se presente. Aun no ha descendido á tanto, y por muy indiferente que hoy me sea, es triste saber está expuesta á este peligro. Y es bien singular que me escojas para confidente de esta linda infamia....

Julio se sonrió de satisfacción, como diciendo: ¡Bravo, he dado en el blanco!

Roto el fuego, y de seducción en seducción, hizo de modo que al llegar Dijon Hector buscara con afán, entre los curiosos que acudían al desfile de los escuadrones, los grandes ojos negros de Rosa.

Julio le señaló con el sable hacia un lado, en que Berta lo saludaba, y detrás de ella, más bella que nunca, se hallaba Rosa.

Pero de pronto desapareció, ocultándose entre la gente. Un oficial de infantería aparecía por allí, buscándola, entre los espectadores.

—Míralo, es él, lo conocería entre mil, dijo Julio riendo. ¿Ves al Oteló?

—Perfectamente, dijo Hector frotándose las manos.

Los dos amigos se separaron para buscar cada uno su alojamiento.

—Dentro de un rato vé al café, dijo Julio, voy á avisar á Berta.

Hector estaba alojado en casa de un médico. Llamó, y una criada lo introdujo en la sala, desde donde oyó que lloraban en el cuarto de junto; un momento después, un hombre pálido, con señales de dolor, entró y le dijo:

—Os pido perdón, caballero, de no poder ofrecerle hospitalidad; una dolorosa circunstancia me priva de este honor, y os agradeceré mucho acepte un cuarto en la fonda.

—¡Oh caballero! respondió Hector, perdón por venir á turbar su dolor.

—Mirad, añadió el médico, llevando una mano á sus ojos y abriendo una puerta.

Hector vio allí una mujer agachada junto á una cuna, y sofocada en llanto. En la cuna un niño, de un blanco de cera, los labios descoloridos, los ojos medio cerrados, dormía su último sueño.

Sintió llenarse de lágrimas sus ojos, apretó la mano del doctor, y sin poder articular una palabra salió como un loco, destrozado por aquel lúgubre espectáculo y por una idea desgarradora. La predicción de su mujer se le venía á la memoria.

—¡Mi pobre Gaston! murmuraba al salir.

Se fué á la fonda y se encerró en su cuarto. Por la noche llamaron á la puerta, y un criado le dijo:

—Caballero, una señora desea veros.

VIII.

LAURA DE VILLIERS Á LA SEÑORA DE CHAMP-COURTEY.

«Soy muy feliz, mi querida mamá, tan feliz, que no me acuerdo de las angustias que he pasado, y que te aseguro eran bien crueles. Rompe la carta que te escribí; mis temores eran quiméricos, mi marido me quiere, y repruebo mis dudas como un crimen. ¡Si él supiera que mi confianza en él, en su corazón, se había debilitado por indignas

sospechas, ¿cómo lo sentiría! Tú no le dirás nada, ¿es verdad?

»Oye lo que ha dado la paz y la alegría á mi corazón. Tú sabes los tormentos que sentía, la conversacion que habia oido, que te he contado, y la carta que encontré que coincidía con las palabras que pronunció Julio, el amigo de mi marido, así como el miedo que tenía de los malos consejos que aquel le daba, pues es un calavera. No vivía desde que supe marchaba el regimiento. Resolví conocer hasta dónde llegaba mi desgracia y acabar con mis dudas y temores.

»Me fui á Dijon la víspera del día en que Hector debía llegar, y me salí de la fonda decidida á caer como un rayo y sorprenderlo en adulterio, aunque esta actitud me matase. Me informé dónde paraba mi marido, y despues de bastante trabajo supe que estaba en una fonda. Fui allí, por la noche, á la hora en que creía podría cogerlo en alguna cita. El mozo me miró sonriéndose y me dijo, que el oficial por quien preguntaba estaba en su cuarto. Le seguí hasta la puerta. Estaba tan conmovida, que las piernas me flaqueaban.

—Caballero, dijo el mozo, una señora desea veros. ¿Con qué terror esperaba su respuesta! Hector no dudó, y con voz brusca respondió: No estoy para nadie.

»No puedes figurarte la agradable impresion que sentí con esta negativa, me parecia que aflojaban los lazos que oprimian mi corazón. El criado me miró, y le dije volviera á preguntar.

—Caballero, dijo, esta señora insiste en verlo á V., y no quiere irse sin haberlo conseguido.

»Hector se levantó furioso y dirigiéndose al criado.

—¿No me ha entendido V.? dijo con voz imperiosa.

—Pero señor..... quiso añadir el criado.

—Basta. Dígame V. á esa señora que no tengo el honor de conocerla, que estoy ocupado y no puedo recibirla. Así, que me deje tranquilo.

—Está bien, señor.

»El criado salió y dejó la puerta entreabierta. Yo me acerqué y vi á Hector que se habia sentado á escribir. De cuando en cuando se paraba para mirar una cosa que yo no podia distinguir de la distancia á que estaba, y que algunas veces besaba, por lo que me pareció seria un retrato. Lo vi llevar el pañuelo á los ojos y apoyar la cabeza en sus manos. Estaba tan absorto, tan distraído, que pude deslizarme de puntillas hasta él, y adivina lo que vi. Nunca seré más feliz. Delante de él estaban las fotografías de Gaston y mia, y estos retratos era lo que besaba. Habia empezado una carta en cuya primera línea leí: «Mi queridísima Laura», pero entonces la felicidad me ahogaba.—Hector, le dije, soy yo!—Se levantó, como herido de una chispa eléctrica, y cogiéndome las manos con una expresion de angustia imposible de describir: «¿Gaston?» me dijo. Le respondí, llamando la niña que traje el niño dormido en sus brazos. Entonces Hector, que me cogía las manos sin poder pronunciar una palabra, corrió al niño, lo movió y despertó bruscamente. Gaston lloró al abrir los ojos, pero viendo á su padre cesaron sus gritos como por encanto y se puso á reír, tendiéndole los brazos el angelito. Hector dió entonces un suspiro de consuelo, rió, lloró, y en palabras cortadas por la emocion:

—¡Uf! me dijo, me has dado un miedo! Tenia un triste sueño..... Mira, te escribia.

»Entonces, loco de alegría y abrazándonos á los dos con frenesí; —¡Oh! decía, son ustedes mis ángeles queridos los dos! ¿Cuánto os quiero y cómo mi corazón es vuestro!

»¡Ay, querida madre, aquellas son las horas benditas de la vida! Dentro de unos días iremos á verte, y espero que vas á abrazar y querer aún más á Hector, que hace tan feliz á tu hija. Hasta pronto, te envia mil besos

LAURA.»

IX.

Por más que hizo Julio, la infantería ganó aquel día una batalla, de que la caballería tardó en levantarse.

Pero la moral no tuvo que quejarse.

C. T.

NECESIDAD DE PASTOS PARA TENER BUENOS

GANADOS.

«Si se tiene agua abundante en un prado ó posesion, sería menester aplicarlo todo con preferencia á prados de riego; pero cuando falte agua, dice Caton, será menester tambien prados secos, y en gran cantidad, porque es un empleo de terreno siempre ventajoso, en cualquiera posesion que sea.»—Preguntado el mismo un día cuál era el camino más corto para enriquecerse más pronto, respondió este sabio, virtuoso autor del tratado *De re rustica*: «que el de aplicarse á mantener muchos ganados.»

Una de las causas principales de la miseria que deploran muchos pueblos de España, condenados á no saber aprovecharse de la fertilidad de su suelo, ni de la benignidad de su clima, es la escasez de alimentos para los ganados. A pesar de estos beneficios que debemos á la Providencia, raro es el invierno en que no veamos diezmados los ganados, resultando para nuestros labradores el abatimiento y la desesperacion, y para la alimentacion pública escasez de buenas carnes con condiciones de excelente alimentacion.

Sabido es que la rutina general es sembrar todos los años para cosechar la paja y el forraje, y que para ello necesitan dar á la tierra tres ó cuatro vueltas de arado, y sembrar con profusion, desperdiciando así gran cantidad de grano, que pudiera muy bien economizarse. ¿No sería mejor que sembrásemos alguna vez para muchos años hierbas sanas, aceptables al ganado y más económicas? En efecto, no cabe duda de que retoñando las vivaces al par que las anuales, como el trigo y la cebada, ahorraríamos desde luego todos los años las labores que cuestan y nos ocupan mucho, ademas de los granos arrojados inútilmente á la tierra.

Si el hombre, en vez de domesticar á los animales terrestres y volátiles, los hubiera dejado abandonados á su estado de naturaleza, y por consiguiente no hubiera tenido más carnes que comer que las que hubiera podido cazar, es bien seguro que ni la poblacion hubiera aumentado en la proporcion que hoy la vemos, ni se hubieran podido formar pueblos y ciudades grandes, porque á medida que se hubieran ido aumentando, habrían ido escaseando aquéllos apartándose de su inmediacion.

Lo mismo hubiera sucedido con las plantas: tambien habrían ido faltándole si la necesidad y el sagrado precepto impuesto por Dios al hombre de ganarse el sustento con el sudor de su rostro, no le hubiera convencido de que domesticando animales y cultivando plantas útiles para sí propio, podia multiplicar mucho más su especie.

Por tanto, no se concibe cómo al reconocer la necesidad de cultivar y mejorar tanta diversidad de legumbres y frutas que le sirven de alimento, se limitó á cultivar solamente dos ó tres especies de pajas para los animales que son sus compañeros en el trabajo, y pudo desconocer la conveniencia de tener siempre alguna de reserva para suplir las faltas de las que por cualquier contratiempo ó accidente se perdiesen.

No nos cansaremos de repetirlo: si el labrador quiere realmente mejorar el estado de sus tierras, y sacar de ellas todos los beneficios que le es permitido esperar, es necesario que abandone la práctica rutinaria de destinarlas exclusivamente para trigo; es, en fin, necesario que dedique sus esfuerzos á la produccion continua de una masa mayor ó menor de forrajes, bien sea para cebamiento; pero, como ya hemos dicho reiteradas veces, para esto necesita tener estiércoles, y esto no se consigue, sin tener mucho ganado, sin que haya mucho forraje. Sólo de este modo llegará á obtenerse mucho trigo y mucha carne. No ha habido nacion que no haya recomendado la formacion de granos para fomentar y multiplicar los pastos, para tener abundantes y excelentes carnes para mejor alimentacion del pueblo, y para que no se nos aplicase aquello de que: *segun comen las naciones, así es el destino de ellas.*

Es, pues, indudable que los prados naturales y permanentes son uno de los primeros y principales recursos para procurarse la manutencion del ganado; pero como el heno de los prados naturales se recoge en una misma época y en un mismo reducido espacio de tiempo, y debe, por lo tanto, secarse para poder conservarlo y consumirlo á medida que se vaya necesitando, es preciso remediar este grave inconveniente, y procurar alimento algo fresco durante la mayor parte del año por medio de los prados artificiales, de cuyo importante asunto hace muchos años que nos venimos ocupando, recomendando siempre á nuestros agricultores que tengan muy presente que donde los prados temporales ó artificiales son abundantes y variables, viven holgados el cultivador y todas las personas que él ocupa en sus trabajos, el hombre goza de más salud, de más robustez y más longevidad.

Pero desgracia es, y de trascendentes consecuencias, el apego que se tiene á las viejas rutinas heredadas de nuestros antepasados. Cualquiera puede observar en Andalucía y en muchos puntos de la Mancha que de las tres partes de labor de tierra, la una, despues de levantada la cosecha, queda de rastrojo y manchon, lo cual equivale á un prado artificial por la mucha fertilidad del terreno, con tal que no falten las lluvias, y á excepcion de que no se le echen las semillas, porque no labrando muy junto las tierras, quedan en ellas muchas raíces de pastos, que brotan con más fuerza en el año que quedan de manchon, á proporcion que en el año anterior las han privado los trigos de las influencias del sol y del aire. Bien se puede decir que es un prado artificial imperfecto, el cual no dura sino un año, porque al siguiente se alza con el arado para ser sembrado por el otoño.

La otra parte se barbecha, y de la otra tercera destinada á la cosecha, si la subdividimos en partes, hallaríamos que de seis, la una se siembra para forrajes, que se cortan y reproducen varias veces, lográndose así que desde todos los Santos hasta Santa Cruz se libran los ganados, como en un prado artificial, de la muerte casi segura, que de otro modo recibirían, pues que debilitándose extremadamente en el invierno, acabarían por extenuarse y fallecer, si no tuviesen ese pasto, siquiera sea miserable.

Todo lo dicho prueba que, sin advertir lo que hace, el labrador andaluz ó el manchego acuda para su socorro en las calamidades á unos medios que equivalen á los prados artificiales, porque ya el manchon se puede comparar á un prado en el que, por no haber destruido todo lo posible las semillas y raíces cuando se disponia la tierra para echar trigo, nacen las hierbas cuando éste se ha cortado. ¿Y qué otra cosa es la cebada que se siembra para forrajes y aún para cosecha en seco sino un prado artificial, que por no ser de una planta vivaz, no dura más que un año ó parte de él? ¿Acaso la sembramos para otro fin que para el ganado? Se ve, pues, que esa repugnancia á formar prados artificiales es de pura imaginacion, y quimérica en las personas que, sabiendo calcular, ponen, no obstante, dificultades á que se formen dichos prados; en otras, guerra declarada que la tienen, y que bajo el pretexto de destruir los gérmenes de la langosta, metieran el arado para transformar cuantos existen en tierras de pan llevar; y por último, su ignorancia supina en los que fundan solamente su oposicion en que nunca se han formado.

No hay duda que serian mucho mejores y más abundantes en un terreno de regadío, pero tambien es innegable que pueden obtenerse con terrenos secos, porque son pocos los terrenos tan sumamente impropios para la vegetacion que, abandonados á sí mismos, no se cubran luego de vegetales, que en ellos se encuentran los elementos necesarios para su subsistencia. Al cultivador entendido toca observar si entre estas plantas, producto natural y espontáneo del suelo, existe alguna cuya vegetacion, más lozana que las demas, la haga propia para la manutencion del ganado. Debe con paciencia y esmero recoger sus semillas, y en terreno bien preparado sembrarlas para obtener, ora prados susceptibles de ser regados, ora pasto abundante para llegar á mantener buen número de animales, porque plantas que en su estado natural y abandonadas á sí mismas en terreno ingrato y estéril, sólo producen débiles y pobres tallos, adquieren, tal vez ahí mismo, pero á favor del cultivo, dobles y triples dimensiones. Tal es el procedimiento racional á cuyo empleo han debido algunos cultivadores dar valor á las tierras que, abandonadas á la fuerza de la naturaleza, por nada debían contar en las explotaciones de que formaban parte.

Pero ademas de los pastos indispensables, como hemos visto, para criar y multiplicar los ganados, que es el tema que nos hemos propuesto en este artículo, es necesario, pero de absoluta necesidad, estimular el celo y hasta el entusiasmo de los ganaderos, y esto no puede hacerse ni lograrse sin la proteccion de las Juntas provinciales de agricultura y el eficaz y material apoyo del Gobierno. Necesario y urgente es cambiar las condiciones de nuestra ganaderia, y el medio mejor son los premios y las exposiciones públicas, que tan buenos resultados han dado y siguen dando en otros países. Facilítase ademas á los ganaderos que carezcan de buenos sementales el modo de adquirirlos; estímúlese al propio tiempo á los dueños de las mejores cabañas á que los crien con el mayor esmero, ofreciéndoles, por vía de recompensa, los premios que se consideren más oportunos, y que el vicioso sistema pastoral que por desgracia seguimos, vaya dejando poco á poco el puesto al mixto de cultivo y ganaderia, que es el único, el verdadero, el infalible que puede sacar á nuestra agricultura y á nuestra industria pecuaria del estado de atraso y lamentable abatimiento en que se encuentran, y elevarla con la paz que felizmente gozamos al grado de altura y prosperidad que envidiamos á otros países de Europa.

BALBINO CORTÉS.

EL CASTILLO

DEL MARQUÉS DE MOS EN SOTOMAYOR.

Es Galicia la comarca más encantadora de España. Dotada por la naturaleza de un clima dulcisimo, sobre todo desde Abril á Octubre, debiera ser el punto de veraneo obligado para todos los españoles que se abrasan en el interior durante los meses de estío, si la dificultad de comunicaciones no hiciera poco ménos que imposible el acercarse á aquel paraíso.

Sus costas están salpicadas de importantes ciudades y pintorescos pueblecillos, encontrándose á cada paso ocultos senos que parecen lagos hermosísimos, grandiosas bahías, émulas de la de Nápoles, y rompientes que por lo bravas acusan el terrible poder de los mares. Vigo, Ferrol, la Coruña, Marin, Villagarcía, Bayona, y cien otros puntos, encierran encantos naturales que sorprenden al viajero.

Los valles de aquel país, fértiles hasta el punto de producir tres y cuatro cosechas anuales, son ademas la desesperacion de los más hábiles pinceles. Ni tan angostos como los de las provincias Vascongadas y Suiza, ni tan anchos que se confundan con las llanuras antiestéticas de Castilla, ofrecen el panorama más seductor, porque cultivándose en ellos toda clase de producciones, hermoseándose con cien especies de árboles, salpicados de lindas casitas y grandes quintas de recreo, son un tablero de damas, en donde lo minucioso y lo grande rinden eterno culto á la belleza.

Los montes de Galicia no son abruptos, sino

suaves, y por regla general cubiertos de vegetación hasta la cima. Los ríos no son majestuosos, pero sus corrientes limpiadas, preñadas de sabrosísima pesca, y sus márgenes llenas de frondosidad, les dan un encanto irresistible. Hay además arroyuelos deliciosos, preciosísimas cascadas y saltos de agua que por todas partes excitan á la vida industrial, hoy poco menos que desconocida.

Galicia, á pesar de su belleza, ha tenido épocas de gran decadencia, de las cuales hoy va saliendo lenta y trabajosamente. Muchas causas contribuyeron á esa postración, y no fué la más liviana, sin duda, el alejamiento y abandono en que un día la dejaron los personajes que hasta entonces vivieron en su seno, comunicándole su importancia y consumiendo allí sus riquezas que derramaban por todas partes la comodidad y el bienestar.

La aristocracia de sangre huyó de Galicia en el primer tercio del presente siglo, ofuscada por el brillo de la civilización moderna, que entonces despertaba aspiraciones y deseos no bien determinados, por lo mismo que eran desconocidos. El esplendor de la corte y el afán de bullir á compas de las nuevas situaciones políticas despoblaron las provincias, concentrándose en Madrid todos los personajes que ántes sostenían la vida local en grande escala.

Nótase ahora un movimiento muy perceptible de reflujo, y aunque á Galicia sólo se la busca por los aristócratas para la estación veraniega, esto sólo basta á que el país recobre su antigua importancia y sea conocido en el mundo como corresponde á su belleza é inmejorables condiciones. El Duque de Baena levanta un hermoso palacio en las playas de Villagarcía; el Marqués de San Miguel das Penas sostiene preciosísima quinta en las márgenes del Ulla; el Sr. de Lancara y otros muchos acuden á las marinas de Betanzos ó á las cercanías de Vigo en busca de los deleites purísimos del campo que en vano se alcanzan en otros puntos que la moda impone, y el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, orgulloso de ser propietario por herencia del Castillo del Marqués de Mos en Sotomayor, pasa en su propiedad grandes temporadas, reparando los desperfectos que en ella hiciera el tiempo con su destructora mano.

Y puesto que de dicho Castillo hemos de tratar hoy en EL CAMPO, vamos á permitirnos entrar ya en materia, no sin confesar ántes que para hacer la descripción de aquél, hemos tenido presente, entre otras obras, el buen estudio histórico que sobre el feudalismo en Galicia escribió en 1871 el notable escritor D. Fernando Fulgosio.

A legua y media de Redondela, hacia el Sur, existe en deleitoso valle la feligresía de San Salvador de Sotomayor, y á un kilómetro de la iglesia parroquial, subiendo á notable y peñascosa altura, que señorea otra cuya verde falda revisten á trechos castaños, alza la frente el castillo de Sotomayor. De las cumbres que por allí se ven es notable la Peneda, erguida á Poniente, en que descuellan el santuario de Nuestra Señora de las Nieves.

La fortaleza, llamada también por los naturales Pazo (palacio), que en Galicia equivale á lo que suelen llamar los franceses *Chateau*, es, como en general las de su clase, casa de solariega.

Yendo de Redondela, apartándose en el Pereiro del camino que va á Pontevedra, y faldeando los cerros á la derecha de la ría, se llega á sitio desde donde se ve una torre que sobresale por encima de añosos árboles. Aquella es la torre del Homenaje. Siguen las revueltas del camino hasta un hermoso castañar, alfombrando el suelo de verde grama y silvestres florecillas, que recuerda aquellos parques ó cotos en cuyo centro se levantan aún al presente las moradas señoriales, gala y alegría del hermosísimo campo de Inglaterra.

Quedan por ambos lados una capilla y varios caseríos. Rodean el castillo además varios terrenos, que le circundan á la manera que se ve en muchos pueblos donde las antiguas familias no han renegado de la vida del campo.

Del castañar llegan las ramas hasta los antiguos sillares del castillo, en torno de cuyo recinto exterior se extendían los fosos necesarios para defender por unos lados la fortaleza, pues por otros la misma altura peñascosa del terreno la hacía casi inexpugnable.

Siempre á la sombra de los castaños, se sube

por camino empedrado con pretilos á derecha é izquierda, dispuestos en forma de rampa, hasta el antiguo puente levadizo que da entrada á la fortaleza, y que se halla á Levante. La anchura de la muralla es de más de dos metros, y se entra en el primer recinto, en torno del cual corre el cinturón de piedra que encierra y defiende todo; tiene unos doscientos catorce metros de extensión, y por término medio, como seis de alto.

Corre, según se ha indicado, este primer recinto en derredor de la fortaleza, exceptuando la parte sudoeste, donde la propia altura y peñascoso asiento forman la defensa principal, de suerte que por allí están aunadas las fortificaciones y el cuerpo del castillo. Antes de salir del recinto que nos ocupa, diremos que al noroeste hay una puerta, cuya forma no carece de fuerza y elegancia, teniendo torre almenada que la defiende, con buharda matacan ó ladronera, en cuya tabla ó frente exterior se ve uno de los escudos de la casa. El arco es ojivo, como todos los que hay en la fortaleza, salvo el de la entrada principal, que es de medio punto. Por último, coronan esta muralla almenas que, como otras muchas que existen en Galicia, son en forma de paralelepípedos, cuya parte superior ó remate es triangular.

Volviendo hacia la entrada principal de la fortaleza, álzase delante de ella y guardando la del segundo recinto, la torre del Homenaje, de unos quince metros de alto, cuadrada, con almenas, y en la que aún quedan vestigios del matacan que debió de haber para defensa de su entrada, de que más adelante hablaremos. Sobre la puerta del segundo recinto se ven los escudos de armas de los señores del castillo, cuyos apellidos lleva la casa de los Marqueses de Mos, y es el siguiente.

Tres fajas escacadas ó ajedrezadas (así llamadas porque recuerdan el tablero del juego de damas ó ajedrez) de oro y rojo, en campo de plata, á las que añadieron por encima una negra, en memoria y luto del conde D. Sorrez-Fernandez, que era de la familia, y ayo del infante D. Lexica, el cual, yendo de caza á su coto, erró el tiro y lo mató, y aunque el Rey para manifestarle lo convenido que estaba de su profunda pena lo casó con su hija la infanta Doña Teresa, lo castigó, sin embargo, llevando desde entonces el luto en sus armas. Así refieren los genealogistas el caso, explicando la faja negra que acompaña á cada una de las que se ven en el escudo.

En la torre del Homenaje, cuyos muros tienen de ancho cerca de cuatro metros, no hay, como de costumbre, entrada, sino por lo interior del castillo; con lo que pasaremos al segundo recinto, ó plaza de armas, adonde se llega por el arco ojivo de la puerta, labrado al traves de espesa y robustísima muralla, ancha como dos metros. En ésta, de igual modo que en la exterior que circunda toda la fortaleza, hay de trecho en trecho escaleras de piedra, sin pasamanos, por las que se sube á la plataforma, dispuesta con altura proporcionada, para que desde allí, al amparo de las almenas, pudiesen combatir los defensores, y enviar al enemigo dardos, flechas y piedras.

Ya conocido el uso de la artillería, hubo en el castillo de Sotomayor varios cañones, de los cuales aún se conservan tres, como de dos metros de largo, y estrechos en proporción. Recuerdan estas piezas que el Príncipe Negro usaba á mediados del siglo XIV, las cuales eran fabricadas de duelas de hierro ó bronce, y las llevaban en carros ó á lomo, que de esta manera podían ir las que hay en el referido castillo.

Lo que vamos á decir hará ver cuánto se parecen los cañones de éste á los que usaba el Príncipe Negro. Sobre la muralla del segundo recinto, apuntando hacia el campo, si bien al presente del todo inofensivos, yacen en sendas horquillas como las que se usaban para los antiguos arcabuces, los cañones citados.

A semejanza de los del siglo XIV, no son sino tubos abiertos por ambos lados, de suerte que, á primera vista es imposible comprender cómo se cargaban. En la parte que se ensancha hacia la culata había una caja, de las cuales se han hallado dos de hierro; para poner la pólvora y proyectiles, siguiendo el sistema de cargar por la culata, tenido como cosa nueva en nuestros días. Aquella parte era del todo independiente del cañón, y había que sujetarla con estribo ó freno movable. No

dejaba el sistema de tener grandes inconvenientes, puesto que los hay en el día, y eso que se usan los cartuchos de caja metálica. Eran éstos á la sazón desconocidos, y en los disparos no podían menos de estallar gases que causaban grandes daños á cada momento, con lo que renunciaron á las tales cajas movibles, llamadas por nuestros artilleros *másculos* ó *servidores*, y comenzaron á fundir cañones de una sola pieza, que se cargaban por la boca.

Tales son los cañones de Sotomayor, y añadirémos que dos de ellos en especial tienen marcas. Dícese que otros dos se enviaron al Parque de Artillería de Madrid, regalados en 1840 por el señor D. Alfonso Correa, Marqués de Mos. Añaden que D. Antonio Martínez Peco, genealogista de la casa, los vió en el referido Parque en Madrid, en 1849.

Descritas las murallas de Sotomayor y cuanto á ellas se refiere, pongamos la vista en la plaza de armas ántes de entrar en la parte del castillo que servía, al propio tiempo que de morada al señor y los suyos, de última y poderosísima defensa.

El castillo no era en los primeros tiempos, año 800, sino verdadera fortaleza, ántes dispuesta para dar abrigo á gente poco hecha á las comodidades que hoy tenemos por necesarias, que para mansion de paz y bienandanza. Todo lo domina, y especialmente el recinto en que nos hallamos, el alto Homenaje, cuyas cinco hiladas superiores de sillares, mandadas echar abajo en otro tiempo como castigo por haber tomado parte los señores de la fortaleza por la Infanta doña Juana llamada la Beltraneja, las ha puesto de nuevo el Sr. Marqués de la Vega de Armijo. Ventura es que haya tenido el buen gusto de conservar para la historia y el arte tan curiosa é importante fortaleza, sin alterar su antiguo aspecto.

Aquella enhiesta y poderosa torre defendía su propia entrada con un matacan que da sobre el puente levadizo que las torres del Homenaje tienen, pues siendo el *arx* la verdadera ciudadela, el recinto sagrado del castillo, era el más fuerte y mejor dispuesto para la defensa. Nuevas construcciones hechas del siglo XIV al XV unen por esta parte el resto de las habitaciones de la torre.

Resistamos por ahora la atracción con que se lleva nuestras miradas, y tornándonos al norte, hallaremos no lejos de la muralla un pozo, por el cual se puede bajar hasta el agua, siguiendo las revueltas de una bien labrada escalera de piedra. El líquido es muy bueno, y cosa excelente el tenerle en la misma plaza de armas. En cuanto á la escalera, labrada hasta el agua, siendo así que ésta se podía sacar desde arriba, como de cualquier otro pozo, no deja de llamar la atención sobre sí, dado que allí hubiera desahoguero, fuese también salida oculta de la fortaleza.

Entre tanto, diremos sólo que, cuando el actual poseedor estuvo la primera vez en el castillo, halló que piedras y tierra llenaban todo el pozo hasta arriba, con lo que fué necesario trabajar no poco para limpiarle y ponerle en la buena disposición en que al presente se halla. El agua está á los catorce metros de profundidad. Por último, siguiendo la muralla, hay una puerta que viene á corresponder á la del primer recinto al nordeste, con el mismo escudo de armas de la casa que aquella, y matacan.

En lo que se llama cuerpo central del castillo, y está unido hace ya tiempo á la torre del Homenaje, hay que distinguir dos construcciones, la militar, aunque sea más moderna que aquella, y lo añadido posteriormente, incluso alguna habitación cuyo ruín aspecto y pobres y mal apropiados materiales modernos no parecían sino que llamaban á voz en grito una piqueta que les destruyese, como así sucedió.

No hablaremos ahora sino de la construcción verdaderamente militar que aún conserva. Inmediata y al pie de la torre del Homenaje está la entrada, de arco ojival, sobre el que hay dos escudos de armas, y á su derecha se alza otra torre ó garitón almenado, con sendas troneras á los lados hábilmente dispuestas para resistir toda embestida. Después, cuando el enemigo daba ya por forzado el paso al castillo, tenía que afrontar los balletes y piedras con que, desde un hueco notablemente espacioso, cuya entrada está en alto, le estorbaban seguir adelante. En efecto, las troneras

se hallan construidas de suerte que los proyectiles caían sobre los acometedores, y éstos, en sitio tan oscuro y estrecho, habían de verse heridos á mansalva por los que, digámoslo así, desde las entrañas del muro defendían el paso.

A la derecha corría la muralla del tercer recinto, que así le podríamos llamar, teniendo por segundo á la plaza de armas, extendiéndose hasta una torre de igual forma que la del Homenaje, aunque más baja, cuyos dos frentes descubiertos tienen sendas galerías de arcos ojivales. Esta torre es más moderna, de paredes ménos robustas, y viene á corresponder á las dos puertas que ya hemos dicho hay al noroeste, en el primer recinto. Sigue la muralla, sobre la cual están edificadas habitaciones modernas, y corre dominando las peñas que

por aquel lado dan al castillo vista sobremanera pintoresca desde el hermoso valle. Hay aquí un cuerpo avanzado del mismo castillo, con matacan, y siguiendo la vuelta, en línea casi paralela al primer recinto, llegamos de nuevo á la torre del Homenaje.

Tiene ésta, en lo interior, habitación que, como en tiempos antiguos, es de nuevo sala de armas, y debajo hay dos compartimientos: uno que probablemente sería almacén de víveres, como de costumbre en la mayor parte de los castillos, y otra que era el calabozo, al cual bajaban los presos por medio de una cuerda, desde el techo, cuando no les descolgaban valiéndose de las mismas cadenas con que les traían ya sujetos. No tiene este calabozo otra salida, ni más espacio para dar en-

trada á la luz y al aire, sino estrechísima ventana ó saetera, que pasa á través de los anchos sillares de la torre. Encima de la sala de armas hay habitaciones, sobre las cuales está la plataforma.

Descrita la que, no sin fundamento, hemos llamado parte militar del castillo, dirémos que el palacio, del cual ya hemos dado á entender que viene á ocupar gran trecho del recinto interior, es obra añadida despues de la torre del Homenaje, y cuando ya no bastaba para el señor del castillo y su familia la morada harto incómoda que aquélla podía ofrecer únicamente. El palacio, andando el tiempo, como era la parte preferida para habitación, padeció sin duda notables alteraciones. Por fortuna, el Sr. Marqués de la Vega de Armijo ha sabido conciliar las comodidades que nuestras ac-



CASTILLO DE MOS, PROPIEDAD DEL SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO.

tuales costumbres requieren, con el gusto arquitectónico que en general predomina en el castillo.

Dejando de nuevo la torre del Homenaje, y tornando á la entrada del cuerpo central del castillo ó palacio, se llega á una escalera de piedra, en cuyo primer descanso se halla la puerta de la capilla. Esta corresponde al gusto ojival, como todo lo que vamos describiendo. Frente al altar se ve en lo alto, á los piés, el coro, y mirando hácia aquel se extiende por la derecha una tribuna, cuya ventana es igualmente ojival. Debajo de ésta existe un cenotafio dedicado á la memoria del Comendador D. Diego, que fundó para doña María de Sotomayor y Moscoso el vínculo de Mos y estado de Sotomayor.

Saliendo de la capilla, llégase, subiendo el resto de la escalera, á la entrada de espacioso recibimiento, por donde se va al salón principal, en donde hay gran chimenea de piedra, de gusto ojival por supuesto, y entiéndase, para evitar enojosas repeticiones, que cuantas puertas y ventanas vamos indicando son del propio arte. El salón tiene once metros de largo y más de siete de ancho, y desde él se sigue á otro que cae á las galerías de arcos exteriores que más arriba se han menciona-

do. Las habitaciones restantes se hallan destinadas á vivienda, y son proporcionadas á la buena disposición de cuanto hemos descrito. En suma, el palacio, no sólo no falta á la unidad y gusto que reina en todo el castillo, sino que se atiene á ella, completándola, y al mismo tiempo corresponde á los usos y modo de vivir actuales. En el piso bajo está el comedor, largo de trece metros y ancho más de siete. A su lado la cocina, y en el piso superior, esto es, á la altura de las almenas que coronan todo el edificio, se hallan las habitaciones para los sirvientes. La fachada exterior tiene diez metros de altura y once con las almenas.

En todo, así en los adornos como en cuanto exige la vida actual, ha sabido reunir el Marqués de la Vega de Armijo y de Mos, en esta antigua morada, á la manera que los señores alemanes en sus castillos, lo útil y agradable á lo hermoso de aquel noble arte ojival, elegante y gallardo en los templos, gracioso y delicado en las casas, robusto y siempre distinguido en las fortalezas, donde á menudo, como en la presente, desdeña todo adorno, por indigno de los varoniles empleos del arte de la guerra.

Hé aquí descrito lo mejor que nos ha sido posi-

ble el castillo de Mos, tan celebrado en Galicia y que hace pocos días ha merecido el honor de ser visitado por S. M. D. Alfonso XII en su excursión por las provincias gallegas.

Y aquí pondríamos punto final á esta descripción si no creyésemos que la mejor manera de terminar un trabajo como el presente es recordar las palabras de un conocido escritor de la vecina república, por cierto no muy amigo de lo que representa el castillo de Mos, es decir, el feudalismo (1).

Dice así el autor francés:

«Respetemos aquellas ruinas, tan largo tiempo maldecidas, hoy silenciosas y casi destruidas por el tiempo y las revoluciones; mirémoslas, no como restos de opresión y barbarie, sino como se ve la casa, ya vacía, donde aprendimos, bajo la férula de un maestro áspero y caprichoso, á conocer la vida y ser hombres. El feudalismo ha muerto, murió viejo y aborrecido; olvidemos sus faltas para no acordarnos sino de los servicios que hizo á la nación entera acostumbrándola á las armas, poniéndola en la alternativa de perecer miserable-

(1) Mr. Violet-le-Duc.

mente ó de constituirse y agruparse en torno del poder real, conservando en ella y perpetuando ciertas leyes del honor caballeresco que tenemos la ventura de poseer aun hoy día y de recobrar en tiempos azarosos. No permitamos que manos codiciosas se encarnicen en destruir los últimos vestigios de aquellas mansiones, hoy que ya no son temibles, porque no conviene á un pueblo desconocer su pasado y mucho menos maldecirle.»

E. DE LUSTONÓ.

ABONOS.

II.

Temores infundados. — La naturaleza y el arte. — Ejemplo de la huerta de Valencia. — El guano. — La caña de azúcar. — El ázoe.

Un temeroso augurio, repetido de diferentes maneras, hiere nuestro oído y llena el espíritu de temor: *las tierras llegarán á perder su fertilidad y á no producir alimentos para hombres y animales.*

El Barón de Liebig lo cree así, diciendo: «El porvenir es de América, pues que el agotamiento relativo de las tierras de Europa va siendo cada vez mayor, y llegará desgraciadamente un día en que éste sea absoluto: es decir, en que se vean completamente improductivas.»

Para conjurar tan terrible calamidad, se ha pensado en corregir la obra del Criador, que, al parecer, *no supo ó no pudo* bastante para dar al mundo los elementos naturales de vida en cantidad bastante y debidamente dispuestos para que subsistan hombres y animales todo el tiempo que tiene determinado conceder de existencia al universo.

Sabido es que las plantas asimilan los ácidos fosfórico, sulfúrico y silíceo, y las bases potasa, cal, magnesia y óxido de hierro, y algunos vegetales sosa y cloruro de sódio. No hay, pues, más que tomar estas materias por medio de la Química, donde quiera que se encuentren, y aplicarlas, por vía de abono, á las tierras en la cantidad y proporciones necesarias, según la calidad del terreno y la clase de planta que en él se quiera cultivar; con lo cual queda remediado por el hombre el descuido de la Providencia.

De aquí los paquetes de polvos en Inglaterra, de que en són de ironía nos habla M. Malaguti, y en Francia los fabricantes de paquetes de polvos azoados que indica M. Basset en términos no menos burlescos.

No negáremos nosotros que la idea es ingeniosa, y aún que puede ser útil en algún caso; pero de esto á suponer, como se ha supuesto, que de no usar los abonos minerales, preparados químicamente, llegará el día de la esterilidad absoluta, y que ese día funesto se halla cercano, y casi ha amanecido ya para algunas comarcas, encontramos una diferencia inmensurable.

Esta teoría, como todas, tiene fundamentos en parte verdaderos, y en parte falsos ó alterados por exageraciones ó preocupaciones en unos, y por mala fe y desco de lucro en otros.

Cierto es que las plantas se nutren con las sustancias que hemos indicado, y que, aunque Dios pudiera haber dispuesto las cosas de suerte que la tierra fuera inagotable, habiendo condenado al hombre al trabajo, quiso encomendarle la tarea de cultivar el suelo, y de procurar restituírle una buena parte de las sustancias nutritivas que cada cosecha le roba; pero fué tanta la divina bondad, que puso á fácil alcance del labrador los medios de preparar abonos completos, reservando á la naturaleza el cuidado de completar la obra como recompensa del trabajo.

«La naturaleza y el arte, dice M. Malaguti, y es cosa tan evidente que no osará negar ningún sabio, pueden mantener la riqueza del suelo sin cesar cercenada por las cosechas. Con los restos de la vegetación que se acumulan de continuo en las partes superficiales de las tierras labrables, con los depósitos que dejan las aguas cenagosas; con la facultad absorbente de que están dotados ciertos elementos del suelo, como la arcilla, respecto de los gases; con las aguas pluviales que llevan á la tierra oxígeno, ácido carbónico y sustancias salinas azoadas, repara la naturaleza, en parte, las pérdidas indicadas; y el arte, ó sea la agricultura, completa la reparación por medio de los abonos y los riegos.»

Para tranquilizar al labrador y al mundo entero acerca del porvenir que con tan negros colores nos pintan ciertos sabios desde el trono aéreo que se han erigido, basta citar un hecho evidéntísimo en prueba de que los campos no necesitan invenciones peregrinas para seguir suministrando al hombre el sustento que le tiene Dios ofrecido á cambio de regar la tierra con el sudor de su rostro.

Los extensos y pobladísimos campos conocidos con el nombre de huerta de Valencia, que se extiende en un radio de varias leguas alrededor de la capital, comprendiendo en su zona cuarenta ó más pueblos de regular vecindario y un número incontable de alquerías y barracas, ofrece todo el año y en toda estación el aspecto de un dilatado jardín, donde los árboles y las plantas no dejan más terreno libre que los caminos, las sendas y las acequias.

Allí no se ve jamás un barbecho; y como la población agrícola ha crecido de una manera asombrosa de un siglo á esta parte, se ha ido subdividiendo el cultivo, en términos que apenas se encuentra en la actualidad un labrador que trabaje más de seis cahizadas (doce hectáreas) de tierra, y hay muchos que se mantienen con menos de dos cahizadas, de donde resulta la necesidad de forzar la tierra á que produzca dos ó más cosechas al año. Ahora bien: la mayor parte de las tierras inmediatas á Valencia no son realmente de primera calidad, y existen grandes zonas donde la capa laborable apenas tiene un palmo de espesor, é inmediatamente después se presenta la grava ó casquijo

mezclado con arena gruesa; jamás se ha usado allí otro abono que el estiércol ordinario; y, sin embargo, desde la más remota antigüedad viene gozando la huerta de Valencia fama de fertilísima, y así continúa siendo en la actualidad, sin que sus campos den la menor señal de cansancio, y sin que sus trigos, cañamos, maíces, legumbres, raíces, tubérculos, hortalizas, etc., dejen de ser los más lozanos, los más ricos en vegetación y fruto.

En cuanto á las tierras de secano de la provincia, donde principalmente se cultiva el algarrobo, el olivo, la higuera y la vid, no hay memoria de que se hayan abonado nunca, y tampoco se nota la menor señal de que la tierra esté esquilada; y cuenta que allí sólo se usa el antiguo arado, cuyo surco apenas profundiza un palmo cuando más, y las cavas no son mucho mayores; de suerte que todo el trabajo vegetal se verifica en una capa delgada que se revuelve continuamente, pero sin renovarla en la mezcla con capas más profundas.

La historia nos dice que el litoral del Mediterráneo, en la parte de Cataluña y Valencia, estaba habitado por griegos de Samos, que vinieron á España el año 753 antes de Jesucristo, y establecieron en aquellas costas ricas colonias, erigiendo, entre otras, la famosa ciudad de Sagunto. De manera que, concediendo todo el tiempo necesario para que el desarrollo de la población tomara considerables proporciones, puede afirmarse que hace sobre dos mil quinientos años que se están cultivando los campos de Valencia, sin que se haya atendido nunca á regenerar el suelo con otros alimentos que el estiércol, tan antiguo como el mundo, y la naturaleza ordenada por Dios con infinita sabiduría y bondad.

Sin embargo, en una obra, por más de un concepto apreciable, titulada *Conferencias agrícolas*, escrita por D. Luis Alvarez Alvistur, y publicada en 1875, leemos lo siguiente:

«Este temor del sabio Liebig (el del agotamiento de la facultad productora de la tierra) ya se ha realizado; en el Reino Unido no es posible la producción sin el auxilio del guano; en el Mediodía de España, en gran parte de Francia, Alemania, Italia, Portugal y otras naciones, sucede lo mismo: *el día, pues, que este elemento repositivo nos falte, podemos considerarnos como perdidos*; la emigración será numerosa, y Europa, emporio en otro tiempo de civilización y de riqueza, se verá sumida en la más espantosa miseria.»

Ante tan funesto vaticinio, ante tan terrible sentencia, sería cosa de ponerse á temblar y á arreglar el equipaje, porque el guano del Perú, reconocido como el de mejor calidad; el guano de las islas Chinchas, ha desaparecido hace ya algunos años; los guanos de las islas Guadalupe y de Macabit han concluido después; y los que ahora se importan en Europa contienen menos cantidad de amoniaco y de principios fijos, según el Sr. Utor, de quien tomamos estas noticias.

Pero á nosotros nos parece, insistiendo siempre en la experiencia de veinte y cinco siglos, y en la confianza que tenemos en la sabiduría del Criador, que no hay motivo para alarmarse.

Desde luego podemos decir y afirmar, porque nos consta positivamente, que el guano no es un abono tan generalmente útil como cree el Sr. Alvarez Alvistur; y que en la provincia de Valencia al menos, sólo en el cultivo del arroz produce excelentes resultados, pues que proporciona cosechas más abundantes que las que se obtenían antiguamente con los abonos ordinarios y la palomina; pero nadie ignora que el arroz es un ramo especialísimo de la Agricultura, que se siembra, trasplanta, crece, fructifica y recolecta inundado en agua; de suerte que los efectos de determinado abono en esta planta no pueden servir de regla para el cultivo de las demás.

El Sr. Utor atribuye la eficacia del guano aplicado al arroz, á que su pronta descomposición pone en libertad la sílice asimilable, de que, en efecto, es bastante ávida aquella planta; pues que, según el mismo autor, en las cenizas del grano de arroz se halla del 16 al 17 por 100 de esta sustancia mineral, y en su paja nada menos que el 74 por 100.

Esta consideración, que nos parece acertada (aunque el Sr. Utor no necesita nuestra humilde aprobación para gozar de mercedísimo crédito), debiera inducir á los cultivadores de arroz á aprovechar la paja de la misma planta, que, así como la cascarrilla del grano se pierde generalmente para la agricultura, y que devuelta á la tierra por vía de abono, ya sea en estado de estiércol fermentado, ya en el de cenizas, mezclándolo siempre con el guano ó la palomina, la restituiría gran cantidad de sílice y otros principios minerales.

Por lo demás, el empleo del guano en tierras de regadío, no ha producido más que fatales resultados, según hemos observado y oído, no á hombres de ciencia, sino á muchísimos labradores que han practicado diferentes experimentos, ya usando el guano puro, ora mezclándolo con estiércol, arena, etc., y siempre con un resultado poco más ó menos igual; y, con perdón sea dicho de las eminencias del saber, en materia de aplicación de ciencias es infinitamente más poderosa sobre nuestro espíritu la experiencia práctica muy repetida que todas las especulaciones teóricas imaginables.

Los labradores se quejan de que, si bien en el primer año la tierra de regadío produce mayor cosecha abonándola con guano, en el segundo rinde menos, y el suelo queda en lo sucesivo tan *agrijo* (así dicen ellos) que se hace poco menos que improductivo.

Esto podrá consistir, como opina el Sr. Utor, en que, siendo el guano bastante pobre en potasa y magnesia, tales minerales, de que hacen gran consumo casi todas las plantas, las cosechas esquilman las tierras, tomándola esas sustancias que no se las restituye, ó consistirá en cualquiera otra razón que aún se desconoce; pero el hecho es que el guano ó esquilma la tierra, ó de otra suerte perjudica su fecundidad, y por tanto no es seguramente el llamado á librarnos de esa horrible esterilidad de que, según temen algunos, está amenazada la vieja Europa.

Así han debido comprenderlo ya los cosecheros de caña de azúcar en Andalucía. Sabemos lo que allí pasa; pero como siempre tendrá más autoridad lo que dice un autor conocido y justamente acreditado que lo que puede decir un desconocido, tomamos del Sr. Utor este pasaje: «El marjal de tierra de primera calidad que, al principio del cultivo de la caña, producía, empleando un sólo quintal de guano, hasta cuatrocientas arrobas de caña, ahora no produce trecientas empleando dos quintales; y no tardará mucho en que no llegue á doscientas arrobas, aunque empleen tres quintales.» Aviso á los que empiezan á cultivar la caña en Valencia.

En otro trabajo que publicamos hace poco en la *Gaceta* de Madrid, nos extendimos lo suficiente acerca de los abonos que más conviene á la caña de azúcar y demás plantas sacarinas, que necesitan ante todo, y sobre todo, carbono por alimento, y á quien perjudican las materias salinas y azoadas, que no asimilan las plantas sino á expensas de su azúcar.

El mejor abono para la caña y demás vegetales sacarinos consiste en los detritus de plantas privados de materias amoniacales por medio de la fermentación. La operación de quemar sobre el mismo suelo los restos de las plantas que nacen espontáneamente en el mismo, ofrece la ventaja de destruir gran número de insectos, aunque debe considerarse más bien como enmienda que como abono. Las plantas de habas ú otras leguminosas enterradas en verde ó en ceniza; las hojas secas de la misma caña, y el bagazo seco y pulverizado, son todos abonos excelentes. Y por último, el estiércol de paja, ó el estiércol ordinario bien preparado y mezclado con cierta cantidad de tierra, da resultados mucho más seguros y constantes que el mejor guano, y léjos de esquilmar la tierra, la mejora; pues el estiércol bien preparado y en su debido punto, no sólo es para el suelo abono completo, sino también enmienda.

Para concluir el presente artículo, réstanos tratar la cuestión del ázoe, que tanto estruendo ha metido, siendo causa de infinitos errores.

Nada se ha inventado en España en punto á agricultura: todo nos ha venido del extranjero; así los aciertos como los errores, y éstos y aquéllos han encontrado buena acogida en este país hospitalario; por tanto, debemos trasladarnos á Francia para conocer el origen y los fundamentos de la teoría de los abonos azoados.

El antiguo método considera como único abono el estiércol de establo más ó menos viejo, es decir, la mezcla de la paja y otros vegetales con las deyecciones sólidas y líquidas de los animales de establo. Este método inmemorial, casi tan antiguo como el mundo, tenía en su favor la razón de la experiencia; pero es tan trabajoso cuidar el ganado, es tan agradable vender la paja, sacar de la tierra sin devolverle nada, que vino á creerse había pasado el tiempo del estercolero de establo, y empezaron los estudios para sustituirlo.

Después de otros, vino M. Boussingault á revelarnos un gran secreto: que las plantas aspiran, absorben el ázoe del aire. De aquí se dedujo que el ázoe es el alimento por excelencia; y esta idea se convirtió en el país vecino en una verdadera fiebre, no habiéndose entre químicos y fisiólogos más que de ázoe, de abonos azoados, de sangre desecada, de gelatina, de abonos amoniacales, etc.; y á poco surgieron por todas partes fabricantes de polvos que prometían abundantes cosechas y economía de trabajo.

Algún tiempo después modificó M. Boussingault su primera idea, y viéndola abandonada por su generador, la recogió M. Ville, y pretendió probar contra M. Boussingault que M. Boussingault había tenido razón. Y se entablaron largas y acaloradas discusiones, y no cesaron los experimentos... no en la tierra, sino en frascos, bales y tubos de cristal; mientras la naturaleza, sin esperar los resultados de tanta sabiduría, continuaba dando cosechas, sin más auxilio que el trabajo del labrador y la infalible ordenación de la Providencia.

Lo más singular de esta preocupación científica es que nadie ignora que toda planta se compone de carbono, de hidrógeno, de ázoe, de agua y de sales minerales; y que si bien es cierto que entra el ázoe en la composición de los vegetales, es en tan corta cantidad, como que su proporción media es el uno por 100; por lo que parece había sólidas razones para creer que el verdadero alimento es el ácido carbónico del aire y de la tierra, puesto que el carbono representa el término medio del 45 por 100, y que debe explicarse de otra manera la verdadera intervención del ázoe.

Los autores más serios están conformes en que los orígenes naturales, el agua de lluvia, el aire y la misma tierra, suministran á las plantas ázoe en cantidad siete veces mayor que la que necesitan para su alimento; así como en que no se asimilan esta sustancia sino en forma de amoniaco.

Después de relatar Mr. Basset algunos experimentos hechos por él mismo para probar los orígenes del ázoe, dice: «Resulta de estos hechos que venimos estudiando hace algunos años, que el ázoe del aire es absorbido por un suelo húmedo; que el agua se descompone en el suelo, á saber: su hidrógeno se une al ázoe para formar amoniaco; su oxígeno se une al carbono para formar ácido carbónico, y éste se une al amoniaco.»

«Estos hechos se reproducen constantemente en todas las tierras removidas y húmedas que contengan carbono, haya ó no haya plantas, de donde concluimos que el ázoe no es absorbido por la planta, sino por el suelo; que su papel se limita á componer amoniaco, y que este cuerpo no está destinado á la alimentación de la planta, pues que de él sólo se encuentran leves vestigios en el vegetal.»

El Barón de Babo añade que el amoniaco que se forma de la unión del ázoe y del hidrógeno es absorbido en parte por el agua, la arcilla y el óxido de hierro; y á esta especie de almacenamiento atribuye la fertilidad de los terrenos arcillosos.

Esto no obstante, siguiendo la primitiva teoría de Boussingault y de Malaguti, aunque ambos mudaron de opinión posteriormente, hay muchos autores extranjeros y al-

gunos españoles, que de muy buena fe sin duda, pero con evidente error, recomiendan los abonos azoados como óptimos, idea comprendida en la siguiente fórmula que usa en un libro, por lo demás muy recomendable, titulado *Elementos de Agricultura*, D. Antonio Blanco: «El valor de un abono orgánico cualquiera estará en relación directa del ázoe que contenga.» Verdad es que el Sr. Blanco parte del principio de que *el ázoe de la atmósfera es insuficiente*, y que M. Malaguti afirmó que el ázoe es el principio más importante de los abonos, y que debía dar la medida del valor de éstos por lo mismo que es el más caro.... Pero M. Malaguti confesó más tarde paladinamente su error, y estamos seguros de que el Sr. Blanco hará igual confesión si ya no la ha hecho.

A ese error contribuyó indudablemente el ensayo de los residuos de refinación de azúcar: negro animal, cal, etc., que dieron buenos resultados antes de que el comercio y el fraude se mezclaran en el asunto; pero estudios detenidos acerca de este abono han venido á demostrar que su facultad fecundizante no consiste en el ázoe. Oigamos á este propósito á M. Cussard:

«Cuatro hectólitros de residuos de refinación empleados para abonar á una hectárea dan á la vegetación de 240 á 280 kilogramos de fosfato de cal y ocho de ázoe. El cereal que mayor proporción exige de estas sustancias es el trigo; pues, según M. Gasparin, se necesita 3 kilogramos 26 gramos de fosfato cálcico y 2,99 de ázoe para producir 100 kilogramos de trigo con su paja, ó sea para una cosecha de 25 hectólitros, que pesan 1.900 kilos, 61,94 de fosfato y 56,81 de ázoe.

»Luego 4 hectólitros de buen negro tienen más de cuatro veces de fosfato y siete veces menos de ázoe del que se encuentra en 25 hectólitros de trigo; y como durante la vegetación se volatilizan tres cuartas partes, por lo menos, del ázoe del negro, perdiéndose para la cosecha antes de ser absorbido por las plantas, resulta que las sustancias azoadas de este abono no sirven al cultivo de la proporción de la vigésima parte de sus necesidades; lo que demuestra claramente que el negro animal no tiene valor por el ázoe, sino por el fosfato; y que á la planta no hacen falta abonos muy azoados para proveerse del abono que necesita.»

Concluirémos este artículo copiando algunas frases de inestimable precio, arrancadas por la experiencia y la sinceridad al converso M. Malaguti; frases que servirán de introducción á nuestro próximo artículo, último de los que nos hemos propuesto escribir sobre la cuestión de abonos.

Hélas aquí:

»Nada de preferencia, señores, entre el ázoe, el carbono y las sustancias minerales. Pues que la tierra debe suministrar á las plantas todos los elementos de la alimentación subterránea, su riqueza no será completa sino cuando contenga todos los elementos requeridos por las raíces; y una vez empobrecido el suelo, no se verá reintegrado en su riqueza más que por el concurso de sustancias que contengan todos esos elementos.

»Por eso os dije hace poco que *el estercolero del labrador es el tipo de los abonos completos*; pues que en él se hallan reunidos en justa proporción el ázoe, el carbono y el principio mineral; por lo que no cabe cultivo duradero por medio de otros abonos que el estiércol, ni puede nunca prescindirse de recurrir á él en último resultado.»

J. A. A.



LEGISLACION VIGENTE

PARA LA PESCA EN AMBAS RIBERAS DEL BIDASOA.

Para prevenir la destrucción de la pesca, y para mantener el buen orden y las buenas relaciones en los pueblos fronterizos de las dos orillas del Bidasoa, consagrando los derechos, los usos y las costumbres reconocidas y existentes desde hace mucho tiempo, se firmó en la isla de los Faisanes, en 1.º de Junio de 1859, un Reglamento establecido por delegados nombrados en virtud del artículo 22 del Tratado de límites de 2 de Diciembre de 1856.

Conocemos este Reglamento desde que fuimos comisionados por el Sr. Ministro de Estado en 1860 para publicar la *Colección de Tratados internacionales celebrados durante el reinado de doña Isabel II*, y siempre nos ha llamado la atención la sensatez, la prudencia, el conocimiento de las costumbres, y aun de los abusos populares, que presidió á la redacción de todas sus cláusulas.

Por otra parte, creemos curioso dar á conocer á nuestros lectores las importantes disposiciones de este Reglamento, y añadirémos desde luego que este periódico se propone examinar, no sólo la legislación actual en materia de pesca, sino ocuparse también de la legislación que ha regido antiguamente en diversas localidades de España, de muchas prudentes y previsoras Ordenanzas y costumbres que, si hoy no rigen, dará siempre su conocimiento provechosa enseñanza. Visitarémos para este objeto las costas de Valencia, de Cataluña y de Mallorca, haciendo en la primera una detenida excursión á la famosa Albufera, que, en tiempo de D. Jaime el Conquistador, la explotaban más de mil y quinientos pescadores moros. Recordarémos las Ordenanzas de la Universidad de pescadores de Sevilla, las de Pontevedra, la Coruña y Avilés; ofrecerémos, en fin, á la consideración de nuestros lectores, no sólo cuanto se ha legislado en materia de pesca en nuestro país, sino que también examinaremos sobre tan importante asunto el estado de las legislaciones extranjeras.

El Reglamento para la pesca, formado por los delegados de las municipalidades ribereñas del Bidasoa, decla-

ra que el derecho de pesca en el río Bidasoa, desde Cham-pitelaocarra ó Chapitacoerrea, en su embocadura, y en la rada de Higue, pertenece exclusiva é indistintamente en España á los habitantes de Fuenterrabía é Irun, y en Francia á los de los pueblos de Urruga, Biriutu y Hendaya. Dichos habitantes, sin estar obligados á justificar que se hallan inscritos en la matrícula de la marina de su respectivo país, podrán pescar con toda clase de embarcaciones, y continuarán ejerciendo sobre todos los puntos de la ría que cubren las mareas vivas derechos idénticos para la pesca y para todos los abonos marítimos, sin que se hallen sometidos á otras disposiciones ni restricciones que las contenidas en dicho Reglamento. Los ribereños de ambos países podrán á su comodidad retirar y sacar sus redes, sea á la orilla española, sea á la francesa, pero en ningún caso á una propiedad particular sin la autorización del propietario; y según el uso existente, todos los productos de la pesca podrán introducirse, libres de derecho, en cualquiera de los dos países. La pesca á la caña ó anzuelo flotante continuará, por excepción, siendo libre como hasta aquí para todos, menos en las épocas del desove.

Respecto de las épocas para las diferentes pescas, dimensiones de las diversas especies de pescados, y hasta dimensiones de los mariscos, nada se echa en olvido en el Reglamento que damos á conocer á nuestros lectores. La pesca de la anguila, la de la lamprea, de la platija, y del mujil ó corrocon, se permite en todos tiempos. Se prohíbe la pesca del salmón y de la trucha salmonada, desde el fin de Agosto hasta 1.º de Febrero; de la trucha, desde 20 de Octubre hasta el 31 de Enero; de la alosa, desde el fin de Mayo hasta el 1.º de Junio; de los demás pescados no mencionados, desde el 15 de Marzo hasta el 1.º de Mayo; de las ostras, desde el 30 de Abril hasta el 1.º de Setiembre; de las almejas, desde el 30 de Abril hasta el 1.º de Julio.

Respecto de las ostras y almejas, hay la particularidad que en todo tiempo se prohíbe pescarlas desde la puesta del sol hasta su salida. Tregua respetuosa, que en esta guerra sin cuartel entre el hombre y los mariscos se impone á sí mismo el combatiente más fuerte.

Asimismo se prohíbe acertadamente pescar ó recoger, en el Reglamento del Bidasoa, de cualquier manera que sea, las huevas de todos los pescados y de los crustáceos, y el emplearlos como cebo.

Las dimensiones también han sido objeto del legislador, ó mejor dicho, de los legisladores, pues han sido varios delegados de las municipalidades de las dos orillas del Bidasoa, con aprobación de las autoridades superiores respectivas, los que, como hemos indicado, acordaron los artículos todos del Reglamento. Se prohíbe, en efecto, pescar los pescados que no tengan las dimensiones siguientes, entre el ojo y el nacimiento de la cola, á saber: el salmón que no tenga 27 centímetros de largo, la trucha salmonada, la anguila y la alosa que no tengan asimismo 27 centímetros de largo. El rodaballo se consiente que tenga 20, pero se prohíbe pescar también todos los demás pescados que no tengan 16 centímetros de largo. En cuanto á los que no alcanzan nunca esta dimensión, podrán ser cogidos en todo tiempo, cualesquiera que fuesen sus dimensiones.

Respecto de las ostras, se prohíbe igualmente coger las que no tengan 5 centímetros de diámetro mayor, y las almejas que no tengan 3 centímetros de diámetro. Los demás mariscos podrán cogerse, cualquiera que sea su dimensión. Pero preguntará el lector: ¿qué deben hacer los pescadores si salen pescados y mariscos de las dimensiones prohibidas? Es muy sencillo. Los pescadores están obligados á echar al río los pescados designados que no tengan las dimensiones señaladas, y á dejar las ostras y almejas que no tengan el diámetro prefijado, en el mismo sitio de donde se hubiesen cogido. ¿Y cumplen con esta prescripción? se nos preguntará todavía. Es indudable.

En cuanto á los abonos marítimos, según el uso existente, todos los ribereños indistintamente continuarán recogiendo en todos los puntos del curso del Bidasoa bañados por altas mareas todas las hierbas marítimas, á excepción de las que están adheridas á los vallados de las tierras labrantías, que pertenecen exclusivamente á los propietarios de estas tierras. Continuarán también tomando y extrayendo la tierra, fango y toda clase de abonos marítimos en todos los expresados puntos que quedan á descubierto en bajamar, pero no se podrá extraer sino á la distancia de 10 metros de los vallados, diques, ribazos ó orillas de la tierra firme, y á 9 metros de los depósitos de cualquiera clase de pescados y mariscos, y de los criaderos de pescados de que se hará mención más adelante.

Por lo que se refiere á las redes, instrumentos y métodos de pesca permitidos, consigna este previsor Reglamento que para la pesca del salmón, de la alosa y de la trucha salmonada, se usará únicamente de la red simple de que se sirve en el día, y cuyas mallas del medio tengan lo menos un cuadrado de 57 milímetros de lado, y la de los lados de la red 70 milímetros por lo menos. Para la pesca del mujil ó corrocon, de la platija, lenguado, rodaballo y trucha común, las mallas de la red tendrán lo menos 20 milímetros en cuadro; y para la pesca de las anguilas y demás pescados de pequeña especie, lo menos de 15 milímetros. Para la pesca de estos pequeños pescados se podrán usar butrinos cuyas mallas sean de las mismas dimensiones, pero echados en el agua sin ninguna empalizada por los lados. Las mallas de las redes y butrinos autorizados deberán tener las dimensiones fijadas para cada clase cuando dichas redes están mojadas.

Según la costumbre existente desde hace mucho tiempo, ocho días antes del en que se principie la pesca del salmón, todos los ribereños, indistintamente, que tengan red salmonera, tirarán la suerte ante sus autoridades respectivas, y á cada marea el español y el francés á quienes toque el turno, tendrán solamente el derecho de pescar el salmón en toda la extensión del Bidasoa que sirve de límite á ambas naciones. Si por cualquier motivo los pescadores de los dos países no pudiesen entenderse para hacer la pesca en común como se practica en el día, los españoles solos echarán la red en una marea y los franceses solos

en la siguiente, y así sucesivamente. Esto lo consigna terminantemente uno de los artículos del Reglamento que examinamos, que es el art. 10.

Prohíbese, además, expresamente: hacer uso en el Bidasoa de otras redes que las mencionadas antes; servirse de dichas redes sin que estén revestidas de los plomos ó marcas que se adopten por las autoridades respectivas, y emplearlas para otros pescados distintos de los designados para el uso de cada red; echar en el río drogas y cebos que tiendan á embriagar ó destruir el pescado, ó ahuyentarlo golpeando el agua, ó asustándolo de cualquier modo, con el objeto de hacer entrar al pescado en la red, ó cualquier instrumento de pesca; trasportar y vender los mariscos que no tengan las dimensiones determinadas anteriormente, ó que se pesquen en las épocas prohibidas; pescar con la ayuda de los instrumentos punzantes, tal como tridentes, con cuerdas ó sedales durmientes ó echados al fondo; cerrar ó atajar el río con cualquier aparejo ó proceder que tenga por objeto desviar el curso natural de las aguas, é impedir el paso del pescado, ó de dañar á la repoblación del río. Prohíbese, por supuesto, igualmente, bajo ningún pretexto, tirar ó levantar las redes ó otros instrumentos de pesca á toda otra persona que no sea el dueño.

Por lo que toca á los depósitos de mariscos y criaderos de pescados, los ribereños podrán pescar indistintamente en todas las partes del Bidasoa que cubren las altas mareas, toda especie de mariscos; pero no podrán construir establecimientos de pesquería permanentes ó temporales, parques ó depósitos de ostras, almejas ó de cualquier otra clase de mariscos, sin la autorización de las municipalidades de los pueblos en cuya jurisdicción se trate de establecerlos, y sin someterse á las condiciones que se les impongan. La autorización así acordada será revocable, y nunca podrá considerarse como una concesión; y si se revoca por infracción de las condiciones impuestas, se destruirá el establecimiento á costa del contraventor. Estos depósitos ó parques no deberán en ningún caso embargar la navegación, ni servir de medio de pesca; y deberán construirse á la distancia de 100 metros unos de otros. Sin embargo, según el art. 14, los pescadores españoles y franceses, de común acuerdo y contribuyendo mancomunadamente, y no de otro modo, podrán establecer en cualquiera de las dos orillas del Bidasoa viveros ó criaderos de pescado para la repoblación de las aguas de dicho río; pero no deberán servir sino para la propagación del pescado, y sin que sirvan de embarazo en ningún caso á la navegación.

La policía y vigilancia de la pesca no podía naturalmente quedar en olvido entre tan útiles como acertadas medidas, y así es que para la vigilancia del goce en común del Bidasoa se nombra un guarda por las municipalidades de Fuenterrabía é Irun, y otro por las municipalidades de Urruga, Hendaya y Biriutu. Estos dos guardas de pesca, cuyo sueldo está á cargo de las municipalidades que los nombran, vigilan separada ó colectivamente el mantenimiento del orden y la ejecución de las disposiciones del Reglamento. Las infracciones se prueban por sumaria ó por medio de testigos, y los referidos guardas están autorizados para la aprehensión de las redes y otros instrumentos de pesca prohibidos, así como de los pescados que se cojan en contravención al Reglamento. Las infracciones relativas á los casos de venta y trasportes del pescado, mariscos y sus huevas que se hayan cogido en tiempo de veda, ó no lleguen á las dimensiones prescritas, podrán consignarse en una sumaria firmada por cualquier agente de la autoridad civil.

Consignanse asimismo las disposiciones penales, y, según ellas, los tribunales ó autoridades competentes fallarán en ambos países contra los pescadores sometidos á su jurisdicción, ordenando la aprehensión y destrucción de las redes y otros instrumentos de pesca prohibidos, la multa desde 19 reales ó 5 francos, hasta 152 reales ó 40 francos respectivamente, ó la prisión de dos á diez días lo más. En caso de reincidencia, el infractor será condenado al duplo de la multa ó prisión. Cuando hubiere lugar, el tribunal ó las autoridades competentes acordarán, además de la pena impuesta por contravención al Reglamento que nos ocupa, el pago de los daños y perjuicios en favor de quien tenga derecho á ellos y determinarán su cuantía.

Notables son, ciertamente, por su espíritu de justicia, las disposiciones penales siguientes:

«Cualquier ribereño que pesque salmón fuera de su turno de pesca sin la autorización del que le toque, estará sujeto á la multa ó prisión determinadas en el párrafo 2.º del artículo 17, y además deberá entregar el salmón pescado ó su valor al pescador á quien corresponda el turno. En caso de reincidencia, podrá ser condenado á la multa ó prisión, y podrá pronunciarse además la confiscación de las redes.

»Los pescados que se cojan en contravención á las disposiciones del presente Reglamento, se distribuirán inmediatamente á los pobres del pueblo ribereño en cuya jurisdicción se haya cogido.

»El producto de las multas impuestas en virtud del presente Reglamento ingresará en los dos países en las cajas municipales, y la cuarta parte se aplicará en favor del guarda ó agente de policía municipal que haya justificado ó hallado la infracción.

»Los padres, madres, maridos y amos podrán ser declarados responsables de las contravenciones que cometan sus hijos, mujeres y criados ó jornaleros.

»Cualquier ribereño que haya ultrajado á un guarda en el ejercicio de sus funciones, ó que le resista pasando á vias de hecho, quedará sujeto á las penas prescritas para este caso en el Código penal de su país.

»El guarda que en el ejercicio de sus funciones dé pruebas de negligencia, será revocado inmediatamente; y si hubiese admitido dádiva ó promesas por faltar á sus deberes, será perseguido según las disposiciones prescritas para estos casos en la legislación de su país.»

Estas disposiciones anteriores constituyen los capítulos 20, 21, 22, 23, 24 y 25 del Reglamento para la pesca, formado por los delegados de las municipalidades ribereñas del Bidasoa. Pero no concluyen aquí, pues otros artículos

disponen todo lo necesario para la represión de las infracciones, declaran ante qué tribunal ó autoridades competentes de su respectivo país podrán ser perseguidos los infractores, cómo se extenderán y visarán las sumarias, cómo se harán las denuncias y cuándo prescribirá la acción de perseguir, tanto de oficio como civilmente, á los mismos contraventores.

No debemos concluir sin dar á conocer los nombres de los delegados respectivos que firman el Reglamento, y son: el delegado de Fuenterrabía, *Meliton de Pamery*; el delegado de Irun, *Policarpo de Balzola*; el delegado nombrado por el Comandante de Marina en nombre de las dos municipalidades de Fuenterrabía é Irun, *José María Echegaray*; el delegado de Urrutia, *H. de Serralde Diusteguy*; el delegado de Hendaya, *José Lissardy*; el delegado de Biriato, *P. Lapeyre*.

Una circunstancia debemos mencionar que encierra también el Reglamento que hemos dado á conocer á nuestros lectores, y sin la cual parecería acaso imperfecto. Si la experiencia pusiese de manifiesto que era indispensable introducir mejoras ó modificaciones, serán éstas aceptadas, pero no se podrá hacer ninguna modificación sino á propuesta y de común acuerdo de igual número de delegados de las municipalidades de las dos orillas del Bidasoa, y con aprobación de las autoridades superiores respectivas.

FLORENCIO JANÉR.

EL ABACÁ.

Llámanle los naturales á este cáñamo *bandala*, y los franceses *seda vegetal*, por la brillantez y sedosidad de su fibra. En el comercio es conocido por abacá, lo mismo que la planta de que procede.

Esta planta se cria silvestre en el Archipiélago (1), siendo su porte semejante al plátano comestible (*Musa paradisiaca*), que es uno de los vegetales más útiles de los trópicos, y suele confundirse por su parecido y analogía á multitud de especies que allí se crían y se desarrollan, como, por ejemplo, la *Musa troglodilarum*, la *Musa Sylvestris* y otras.

El abacá es una planta herbácea; el tallo, tronco en apariencia, formanlo los peciolos de las hojas, de forma semilunar en un corte transversal, y se envuelven recíprocamente, se recubren el eje central de la inflorescencia, que es muy delgado.

En el liber se forman hacedillos fibrosos que se usan para atados, sin que por esto constituya artículo alguno de comercio, empleando únicamente como materia textil los obtenidos únicamente en la parte S. E. de las islas Filipinas.

Segun Royle (2), las fibras exceden en resistencia, ligereza, fuerza de tracción y baratura al cáñamo de Rusia, y le son únicamente inferiores por la circunstancia de poseer los cables tejidos con él más rigidez en tiempo húmedo; lo cual, no obstante, puede depender de la manera de confeccionarlos, que mejorada, quizá obviase este inconveniente (3). Y en efecto, es de esperar que las dificultades se venzan por los progresos de la elaboración, gracias á las máquinas que van introduciéndose. El abacá no conserva hoy ya la ventaja sobre el cáñamo de ser más barato y la demanda aumenta en proporción mayor que la misma producción. Al paso que su valor en Londres era en 1859 de 22 á 25 £ tonelada, se pagó en 1868 á 45,50 £, y el cáñamo de Rusia á 31 £; es decir, que en nueve años duplicó su precio.

La gran utilidad que desde hace algunos años deja éste textil á los productores, incita á nuevos ensayos para extender su cultivo, y los hechos probarán en breve si efectivamente está circunscrito por la naturaleza á una área muy limitada, ó, como sucede con las especies afines de plátanos comestibles, es factible su cultivo en la zona tropical de ambos hemisferios. En las montañas volcánicas del Occidente de Java crece con gran lozanía una Musa silvestre; el gobierno holandés no ha hecho con ella, sin embargo, los ensayos necesarios para averiguar si ventajosamente podía ser objeto de un cultivo en grande escala, y la iniciativa particular está allí demasiado coartada con el llamado «sistema de cultivos» para que sea capaz de emprenderlos por sí sola. En diversos escritos se dice que en el norte de las Célebes se cosecha abacá. Sin embargo, Bickmore asegura que las tentativas hechas con grandes sacrificios por el residente holandés han demostrado que el cultivo del café rendía mayores productos (4). Guadalupe, segun parece, puede dar, previa ventajosa demanda, abacá (¿fibra de la *Musa textilis*?) (5). Pondichery y Guadalupe deben haber proporcionado tejidos de abacá y también la Guyana francesa telas de fibra de plátanos de fruto comestible (6).

Todo esto no pasa, sin embargo, de referirse á simples ensayos (7).

En Albay se cultivan unas nueve variedades de abacá, cuya elección determina la naturaleza del suelo. El cultivo es extremadamente sencillo é independiente de las estaciones. Las plantaciones que mejores resultados dan son las establecidas en las laderas de montañas volcánicas, que tanto abundan en Albay y Camarines, en rasos de monte sombreados ó resguardados por árboles distantes entre sí unos 60'. En llanura completamente sin abrigo prosperan menos y se malogran en terrenos pantanosos.

Para establecer una nueva plantación se suele echar mano de brotes jóvenes ó retoños, que abundan tanto, que cada pie toma el aspecto de una mata. Si el suelo es de buena calidad, se dejan intervalos de diez pies de planta á planta, y si es peor, sólo de seis pies. Toda labor se reduce á una ligera carda y limpia de la broza durante el primer periodo; despues crecen ya las primeras plantas con tal fuerza, que ni son precisos árboles protectores por prestar bastante abrigo á los retoños las grandes hojas de los pies de que brotan; tampoco es necesario quitar malas hierbas; éstas no se producen. Únicamente en casos excepcionales, al crear, por ejemplo, plantaciones en sitios distantes de las existentes, se hacen siembras. A este fin se cortan los frutos y se secan, no dejándolas madurar demasiado, porque de lo contrario pierden las semillas su virtud germinativa. Tienen éstas el tamaño de granos de pimienta (en los plátanos comestibles se atrofian hasta hacerse imperceptibles). Dos días antes de la siembra se quitan del fruto, se ponen en agua una noche y al siguiente se secan á la sombra; al tercer día se siembran, abriendo agujeros profundos de una pulgada, en tierra de monte, bastante sombreada y recientemente removida; la distancia que se deja entre las plantas y las líneas de ellas es de seis pulgadas. Al año se trasplantan las plantitas que tienen unos 2' de altura y se tratan luego absolutamente como los brotes de raíz. Al paso que muchos plátanos dan fruto al cabo de un año, y aun algunos á la edad de seis meses, son precisos al abacá tres años por término medio, para llegar á la madurez de su fibra cuando procede de brotes de raíz y cuatro si se obtiene de plantitas de un año; en los casos más favorables el tiempo necesario se reduce á dos años.

En la primera cosecha se corta de cada mata solamente un tallo; más tarde aumenta tan rápidamente el crecimiento, que cada dos meses puede rozarse (8). Algunos años despues se pone tan espesa la plantación, que apenas es posible pasar por ella. La mejor fibra se obtiene en la época en que la planta echa las flores; pero esta ocasión no se espera cuando hay mucha demanda y precios firmes.

Las plantas que ya han florecido no se aprovechan, segun parece, por resultar la fibra demasiado endeble. Extraño sería, sin embargo, que el productor de allende los mares atendiera hasta tal punto á los intereses del consumidor cuando se multiplican los pedidos y se ofrecen excelentes precios. Tampoco se ve razón fisiológica alguna que explique por qué pierden su consistencia las fibras despues de florecer la planta, toda vez que la fructificación sólo está relacionada con los vasos, por la circunstancia de transformarse su contenido en sustancias solubles y desaparecer luego, mientras que las fibras ningún cambio experimentan. Estas adquieren, al contrario, mayor tenacidad con los años; pero también se adhieren mutuamente tanto, que no sería posible limpiarlas sin emplear un aumento de fuerza y sin evitar su ruptura. De aquí quizá la errónea opinión expuesta y generalmente sustentada. Por medio de la criaduría, como se hace con el cáñamo, podría tal vez utilizarse las plantas viejas, pero nunca sin aumentar considerablemente los jornales, los que aun hoy constituyen ya la mayor parte de los gastos de producción.

Para obtener las fibras del liber, se corta el tallo á flor de tierra y se despoja de las hojas y cubiertas exteriores; se separa luego cada peciolo colocándolo en tierra, haciendo en la cara interior y cóncava un corte transversal en la epidermis, y se arranca junto con la parte carnosa (*parenchima*) adherido á ella de modo que quede la exterior tan limpia como sea posible, ó también se quita el liber del tallo entero, á cuyo fin el obrero practica en la epidermis un corte atravesado ú oblicuo por la parte baja del tallo, pasa el cuchillo por debajo del cogollo, marca una tira en toda su longitud, que sea del mayor ancho posible, y se repite la operación mientras el tallo lo permite. Este último procedimiento más productivo, pero también más costoso que el anteriormente indicado, y por esto usado pocas veces, se llama *jagot* y aquél *luin*. Las tiras de corteza se pasan luego por el filo de una cuchilla de 3" de altura por 6" de longitud, sujeta en un extremo á un palo elástico, de modo que la hoja se mueva perpendicularmente á un trozo de madera pulimentada, y en el otro extremo, correspondiente al mango, puede apretarse por medio de un pedal unido por una cuerda. El obrero tira la corteza entre la madera y la cuchilla, empujando por en medio de ella primero una mitad y despues la otra. Segun el P. Blanco, la cuchilla no debe tener mellas ó dientes de sierra (9).

Tres trabajadores á jornal limpian ordinariamente al día 25 libras de abacá. Uno corta el tallo, separa las hojas y las lleva al sitio de la limpia; el segundo, que suele ser un muchacho, prepara las tiras, y el tercero las pasa por debajo de la cuchilla. Sucede que algunas plantas dan hasta dos libras de fibra, pero el término medio más favorable llega rara vez á una libra, y si el suelo es de calidad inferior apenas importa una sexta parte. El propietario beneficia por sí la plantación valiéndose de jornaleros, ó cuando son muy bajos los precios del mercado, dándoles la mitad de lo producido. En este último caso un trabajador hábil limpia un pico semanal.

Tomando como punto de partida los precios corrientes, ó sea 24 ó 30 rs. pl. 5 pico, resulta al obrero una ganancia en seis días de 12 rs. pl. 31, ó sea 2 rs. pl. 375 diarios.

	A jornal.	A mitad.
El trabajador gana, por tanto, diariamente.....	0,75	1,375 rs. pl.
La mano de obra por pico importa.....	12,6	8,250
La utilidad del plantador, satisfechos jornales.....	3,9	8,250

Los bordes de los peciolos, que contienen fibras más fi-

nas que la parte media, se separan en tiras de una pulgada de ancho y se pasan repetidas veces por la cuchilla con mayor precisión. Su producto se llama *lupis*; es de más precio, utilizándose en el país para tejidos finos, al paso que la *bandala* se emplea principalmente para jarcia (10). El *lupus* se clasifica en cuatro calidades segun la finura de la hebra, ó sea: 1.º, binani; 2.º, totogua; 3.º, sogotan, y 4.º, cadaclan; se toma para ello un manojo en la mano izquierda, y con la derecha se ordenan las tres primeras clases entre los cuatro primeros dedos, y la cuarta entre el pulgar y el índice. Esta última no puede ya emplearse para tejidos finos, y por tal razón suele venderse con la *bandala*. Se golpean las fibras de las tres primeras en *luzones* (morteros para descascarillar el arroz) á fin de darles mayor flexibilidad, se anudan despues uno al extremo de otro, y se llevan al telar.

Generalmente se hace de la primera clase la trama y de la segunda la urdimbre; la tercera se usa como urdimbre, y la segunda como trama. Telas así tejidas son casi tan delicadas como las de paja (nipis de paja), iguales en finura á la mejor batista, y más claras, rígidas y de un tono amarillento más caliente que ésta; en conjunto, de mejor aspecto, no obstante de los nudillos procedentes del atado de los hilos que se distinguen con un atento examen (11). Las tres calidades enumeradas, trasparente, rigidez y coloración, hacen que estén respecto á la batista en relación semejante á la que entre sí guardan el papel de calcos y el de seda.

Tejer estas telas en imperfectos telares es cosa extraordinariamente penosa, por las frecuentes roturas de los hilos atados. La ejecución de los tejidos más finos supone grande habilidad y tanto tiempo y paciencia que nunca podrían competir en precios con los productos de la industria europea. Su mismo hermoso tono amarillento les haría desmerecer á causa del gusto que por el viso azulado en la ropa blanca domina en Europa. Las mestizas ricas los pagan muy caros, teniéndolos en gran estima.

La fibra del interior de los peciolos que es más blanda, pero no tan resistente como la exterior, se llama *tupus*, y se vende con la *bandala*, utilizándose para tejidos del país, especialmente para *tapis*. La *bandala* sirve también para tejidos, y en parte del archipiélago donde el cultivo del abacá es indígena, el traje de ambos sexos consiste en tocas guinadas. Se preparan algunos artículos para Europa, por ejemplo, crinolinas ó patrones para modistas.

Ya antes de la llegada de los españoles usaban los naturales telas de abacá; pero constituye un importante artículo de exportación sólo desde hace algunos decenios. Debe agradecerse este resultado en gran parte al espíritu emprendedor de dos casas norte-americanas, y no se logró sin notable constancia y cuantiosos desembolsos.

Como las plantas no necesitan cuidados y sólo es costosa la limpia de la fibra, el indio se evita este trabajo cuando los precios no son ventajosos. Nunca se harían entregas regulares si el mercado ofreciese mala colocación, á no ser por la frivolidad de aquellas gentes que es, en este caso, ventajosa al comprador. Se hacen al cosechero anticipos en géneros ó en dinero, que es preciso reintegrar en *bandala* de su cosecha, obligándole á trabajar el abacá los compromisos así contraídos (12).

Mientras el artículo se paga á buenos precios, todo marcha bastante bien, á pesar de sufrirse pérdidas motivadas por la poca probidad de los indios y por su indolencia, unidas á la inspección de los corredores, que ninguna cualidad tienen de las que deben concurrir en un buen agente. Baján, empero, mucho los precios, y el indio procura por todos los medios evadir un compromiso que se le ha hecho tan incómodo; la ganancia del corredor, calculada en un tanto por ciento prudencial, llega apenas á cubrir los intereses del capital prestado, lo cual le obliga á trabajar en malísimas condiciones; y sin embargo, tiene que dedicarse á él por ser el único medio que le queda de amortizar su deuda. Los indios se quejan luego amargamente de los trátantes que les han dado el dinero á tan onerosas condiciones, y éstos (generalmente mestizos) se lamentan de los extranjeros generosos y astutos, quienes no reparan en atraerles á ellos los señores de la colonia á sus lazos y arruinarles, cuando al fin son realmente los astutos extranjeros los que pierden capitales considerables. Despues de haber sacrificado así mucho dinero firmas respetabilísimas, han logrado los americanos, principales participantes en estos negocios, poner un término al sistema de anticipos, establecer almacenes y prensas en los mismos puntos de consumo, y por medio de sus dependientes hacer las compras á los productores directamente. Todas las tentativas anteriores fracasaron ante la opinión de los españoles peninsulares y del país, porque éstos consideran la utilización del comercio interior y de cabotaje como de su exclusiva pertenencia. Son muy envidiosos respecto de los entrometidos extranjeros «que se enriquecen á su costa» y les oponen toda clase de obstáculos. Si dependiera de estas gentes, se obligaría á todos los extranjeros á dejar el país, y únicamente conservarían á los chinos como coolies (13).

Triste, tristísimo es en nuestro entender, que un producto

(10) El *lupus* se pagaba en Londres (1868) á 100 £ toneladas; pero sólo llegaban pequeñas partidas, unas cinco toneladas anuales, para emplearlo en la confección de una especie de elásticas, cuya moda pasó pronto. Creo que el *lupus*, que es una clase inferior de *lupus*, se pagó á 75 £ tonelada.

(11) La rigidez es calidad común á toda fibra de manocotiledóneas, por estar formada de celdillas, cuyas paredes tienen mayor espesor; la hebra del liber de las dicotiledóneas (por ejemplo, del cáñamo) es en cambio más flexible.

(12) Los mestizos é indios suelen también asegurarse con otros productos agrícolas, el trabajo de los braceros, haciéndoles anticipos que renuevan ántes de saldar antiguas cuentas; así se meten los indios imprevistos cada vez más en deudas, y de hecho se convierten en esclavos de sus acreedores, si no logran fugarse. Lo mismo sucede con los contratos de aparcería, por los cuales el propietario cede al cultivador terreno, aparcería de labranza y ganado, prestándole además no pocas veces hasta vestido y alimentos para toda su familia; al repartir la cosecha, suele suceder que su parte no cubre la deuda. Segun la ley, los indios no son responsables arriba de 5 pesos; hay además una ley que prohíbe terminantemente tales préstamos usurarios, lo cual no impide su frecuencia.

(13) Poco faltó para que esta envidia ocasionara la derogación de la medida abriendo nuevos puertos al poco tiempo de habersé planteado.

(1) Linneo le llamó *Musa textilis*.

(2) *Hibrous plants of India*.

(3) El abacá no toma embleado alguno, y por esto sólo puede emplearse para jarcia ó para la faja.

(4) *The Islands of the East Indian Archip.*, 1868, pág. 340.

(5) *Catalogue de l'Expos. perman. des colonies françaises*, 1867, pág. 80.

(6) *Rapport du Juris. Exp.*, 1867, IV, 102.

(7) Parece que los indios de la América del Sur utilizan ya de antiguo las fibras del plátano para hacer telas de vestidos (*The technologist*, Setiembre, 1865, pág. 89, sin indicarse el origen de la noticia); en Lu-tschu, segun se dice, se aprovechan de los plátanos sólo las fibras. *Faits commerciaux*, número 1.514, pág. 36.

(8) Un campo de abacá en buena explotación produce al año unos 330 quintales de *bandala* por quínton, ó sean próximamente 117 por hectárea. Una hectárea de *luin* viene á dar por término medio la décima parte de fibra limpia, y además de 7 á 30 quintales semilla; pero no puede cultivarse seguidamente por lo mucho que esquilda el suelo.

(9) *Flora de Filipinas*.

de la importancia del abacá, que si antes de la llegada de los españoles á aquellas islas ya lo usaban los naturales para confeccion de telas, hoy constituye un importantísimo artículo de exportación, no sea buscado por los europeos, y sobre todo por nosotros, con la avidez que lo solicitan en Australia, América del Norte y del Sur y en gran parte de Asia.

No desconocemos que existen filamentos en Europa, que á más de reunir ventajas de bondad en su calidad sobre el cáñamo de Manila, valen en el mercado 50 por 100 menos que éste. Sin embargo, el esparto (*Lygacum spartum*, Goeff.); los sacos de café jute (*Corchorus capsularis*); las cortezas de la *Adunonia digitata* y el cáñamo de Nueva Zelandia, á más de no poderse colectar en la inmensa proporción que se colecta en Filipinas, hoy no tendrían gran ventaja en sus precios, y creemos no sea aventurado decir que, cultivado en grande escala el abacá é importado á España, tal vez Inglaterra y otros países lo solicitarán presurosos; y sin género de duda, la fabricación de papel en nuestro país adquiriría con este nuevo elemento notable desarrollo.

R. CH.

PERFILES DE ANIMALES.

EL MIRLO.

¡Oh, qué bravo y alegre pájaro es el mirlo!
¿Cómo se le perdonan fácilmente los pequeños desperfectos que, en su ardor por procurar á sus pequeñuelos el succulento alimento que exige el apetito de los jóvenes, haya causado en los arriates del jardín!

El mirlo es la alegría del solitario, que vivifica con sus continuas idas y venidas; es el que anima al trabajador: á la hora matinal en que éste se despierta, cuando con paso incierto, aún entorpecido por el sueño, sale de su choza estirando los brazos, ese silbido de alerta que sale de los matorrales saluda el alba y recuerda al hombre que el día es la verdadera alegría y que, á pesar del trabajo, es dulce el vivir.

Como el cuervo, el mirlo está vestido de negro, pero lo lleva tan alegremente, que el color de la librea pierde su lúgubre significación.

Su ademán saltador, por más que algunos crean que el mirlo anda, es tan suave, tan vivo, tan caprichoso como el del otro es lento, grave y solemne.

Y luego, ¡qué diferencia entre la fisonomía de estos dos pájaros! Con su pico gris, siempre desnudo en su base, cuyo reflejo da á su mirada una expresión tan feroz; su voz y ropa de chante de iglesia, el cuerpo está calcado, facción por facción, color por color, sobre esos servidores de la muerte que nos llevan á la última morada.

El mirlo lleva su luto con la inconsciencia del niño, sonriendo al traves de los crespones que rodean su fresca cara. Su pico y párpados, de un amarillo de oro, rompen la sombría monotonía del vestido, y ese buen humor, de que le han hecho el emblema, brilla en sus ojos grandes y oscuros.

Si el mirlo representa algún tipo humano, será el del alegre procurador de nuestros padres, con su cara jovial, su nariz rubicunda, sus labios sensualmente abiertos; amable representante de Témis, que tarareaba una canción mientras emborrachaba una diligencia de apremio, manchaba de vino su negra toga, levantándose para bailar con las muchachas, y que reía de la simpleza de los litigantes por temor de tener que llorar.

Este don de alegría es quizás el más precioso con que nos ha colmado la Providencia; se puede ser feliz sin poseerlo, pero debemos compadecer á los desheredados y reducidos á pasarse sin él. Es el encanto mayor de la juventud, y no sé si será también la verdadera sabiduría de la edad madura. La alegría es, sin duda, la indiferencia, pero también es la filosofía razonable, fuerte con la serenidad de la conciencia, y la resolución de sonreír á todas las pruebas terrestres.

No son todos accesibles á este sentimiento en el mundo de los animales; sus manifestaciones no sobreviven casi á la infancia; el animal adulto que cede aún á la alegría, es siempre aquel cuya inteligencia se destaca más del instinto: el perro es quizás el único en que ilumina frecuentemente su vejez algunos momentos de humor juguetón.

No es poco honor para un pájaro el ser aceptado como un ejemplo de esta alegría, pero el mirlo tiene aún otros títulos á nuestro reconocimiento; ocupa un rango de los más distinguidos entre esos auxiliares libres, que al fin se ha decidido cubrir con cierta protección.

Esta cuestión de la utilidad de los pájaros ha levantado ya grandes controversias, y la paradoja tiene tantas seducciones, es tan agradable poderse declarar á sí mismo y á los demás, que no sé de la opinión de todo el mundo, que producirá aún algunas muy vivas en breve plazo.

Casi siempre se mira bajo un punto de vista tan absoluto, que la tesis se acerca á lo grotesco.

Calino, poco satisfecho del modo como Dios lo había hecho, grita con acento de reproche:

«Vamos, decidme, ¿qué le hubiera costado darnos dos manos y pies derechos?»

Méenos ingenuos, sin duda, no le cedemos á Calino en fatuidad presuntuosa; nos parece que el Criador debía estar demasiado penetrado de nuestra importancia para colocar á nuestro alrededor otra cosa que esclavos dóciles y sumisos.

Desde el momento en que el auxiliar libre se desvía, por poco que sea, de la misión de que nosotros pretendemos ser los solos que tracemos el programa; si quiere pasearse los días en que el sol dora las hojas; si se permite cobrarse de los servicios que nos haga, tocando á los frutos que pensamos reservarnos, los servicios en cuestión se olvidan, se niegan, y gritamos: «Anatema contra el ladrón!» Una época de positivismo como la nuestra no debía olvidar que toda operación comercial se aprecia por el balance entre el activo y el pasivo.

Es cierto que el mirlo no respeta siempre nuestras cere-

zas y nuestras uvas, cuando están bien maduras; pero generalmente no dejamos mucho tiempo esas frutas en los árboles en este momento crítico, para que sean ruinosas las depredaciones de este burlador del derecho de propiedad; por otro lado, este pájaro no tiene el descaro del gorrión; es incapaz de establecer su nido en un espantajo; con él sólo bastan algunas precauciones nada más.

Como he indicado al principio, también se acusa al mirlo de desatender la capa de paja que debe proteger las plantas contra los ardores del sol de Julio y de hacer repetidos rebuscos en el mantillo de los arriates; pero como cada uno de sus picotazos tiene por objeto la conquista, es decir, la exterminación de un insecto dañino, lombrices, gusanos, babosas, etc., no se deben sentir los pequeños trabajos suplementarios que causa.

Cada año tengo dos ó tres nidos de mirlos en mi jardín, y son, durante dos ó tres meses, mis asiduos huéspedes, y tranquilos por la experiencia sobre la pureza de mis intenciones hacia ellos, se han familiarizado de tal modo, que puedo abrir mis ventanas sin que el pájaro que escarba en la canastilla de debajo piense en volar. Los sigo en los trabajos de arquitectura que exige la construcción del monumento en que criará á su familia; después en la busca laboriosa é incesante á la que se dedican cuando tienen chiquitines, y he podido convencerme que este alegre pájaro es un modelo para los trabajadores; su constancia en el trabajo iguala á su actividad en la caza.

Un día traté de contar las idas y venidas del macho de los arriates al nido, y me cansé antes que él; había ya contado 138 viajes cuando lo dejé, y él continuaba su trabajo con más ardor. Como la hembra no es ménos enérgica en buscar la comida; como los dos llevan en cada viaje una presa viva, sería fácil calcular lo que nos producen las pocas cerezas, las pocas uvas que sacrificamos.

Entre los pájaros matinales no veo más que uno melancólico, el ruiseñor; un poeta amoroso que canta la delicia de las noches serenas, y que cede á su música y á sus trasportes el tiempo que ellas cubren el horizonte. Todos los demás son pájaros alegres: el pinzón, cuyo trino adelanta dos horas á la aurora; la curruca, de cabeza negra, que entona su primer arrieta á las dos y media; el mirlo, que se despierta entre las dos á las tres de la mañana, y que pita esperando que el crepúsculo le permita distinguir alguna oruga sobre la verde hoja.

Este canto de la mañana es el que más le gusta; posee en él una fantasía, un acento, un brio característico, en una palabra, su alma de mirlo. Verdad que la hora inspira.

A las tinieblas ha seguido una especie de bruma azulada, sobre la que destacan su negro los árboles; al traves de los claros de las veredas se entreven algunas pálidas estrellas que arrojan á la tierra su brillo de despedida; por las aberturas de los linderos, los resplandores que suben al Oriente dibujan las hayas en líneas blanquecinas y nos muestran la alfombra de hierba, las vegetaciones llenas de diamantes con que el rocío las ha cubierto. El viento ha cesado de mover las altas cimas de los árboles; ni una hoja se agita en los arbustos; el silencio tiene una solemnidad extraña; se diría que la naturaleza se recoge, esperando que se levante el telón para el gran espectáculo, el día, al cual preludia, la orquesta alada. Al mismo tiempo olores balsámicos que se elevan de los bosques, de los campos, de los prados, pasan en el aire, os penetran y acarician: el concierto de los perfumes, con el concierto de las voces de los pájaros, incitan á la vez todos los sentidos.

Colocado sobre una rama del arbusto que abraza sus amores y su familia, el mirlo toma valientemente su parte en el exordio: la hembra aún no ha dejado el nido, donde, extendiendo sus alas y separando sus plumas, trata de garantizar á sus queridos pajarillos del frío de la mañana, pero escucha con visible alegría aquel canto que se dirige á ella, á ellos, á Dios. Pronto una gran cabeza de mirlo vendrá, abriendo su gran pico, á darles pruebas de paternal afección más positivas que aquella canción; al mismo tiempo, de pardo, de furtivo que era el rayo del Levante, ha tomado los reflejos brillantes del oro; es la señal, el animoso obrero lanza un último refrán á los ecos y parte con vuelo rápido.

El *donec eris felix* es tan rigurosamente práctico para los pájaros como para los humanos; mientras el cielo nos sea clemente; mientras los arbolillos verdean y florezcan á las templadas caricias de la brisa; mientras se prolongue la iluminación por debajo del arbolado, la sala del festín; que la mesa esté servida sobre el árbol como en la hierba; en fin, mientras dure la fiesta, serán por docenas los nombres de los cantores emplumados, curruca, pardillos, oropéndolas, ruiseñores, etc. Pero al venir los días de tristeza, ántes que nosotros mismos hayamos visto el alba, porque esos amables virtuosos tienen el conocimiento anticipado de la desgracia, que caracteriza á los egoístas, ese pueblo de artistas nos habrá abandonado, y cuando suene la hora cruel, apenas encontraremos cuatro ó cinco amigos alrededor, entre ellos el mirlo, y éste será el solo que protestará contra la tristeza que se extiende de la decoración á la naturaleza. Entonces se apreciará como se merece. A medida que la estación avance, él se acercará más á la casa cuyos alrededores animaba, obedeciendo un poco al instinto que impulsa á los que temen ó sufren á juntarse con los más fuertes; muchos, como Lázaro, para recoger las migajas que por allí se encuentran y que nuestra sensualidad desdeña, las frutas de las hiedras, que hacen al pozo un marco tan pintoresco, la de los serbales, de los macizos espinos y sauces del cercado.

Cuando la tierra desaparezca bajo su sudario de nieve, se animará más aún y proseguirá su rebusca, hasta bajo la ventana, hasta la puerta. No cree posible que aprovechen la desgracia común para oprimirlo, en lo que bien á menudo se equivoca el confiado pájaro.

Cuando sucumbiendo á la nostalgia del sol, abrumado por aquella interminable sucesión de días nublados, lleno de languidez por aquel continuo y triste silencio de los seres y de las cosas, se cede á la desanimación, entonces del jiral de espino, el único que ha conservado sus hojas, se oirá salir una voz clara, vibrante, que será el canto del mirlo.

En este momento y en la situación en que uno se encuentra, se oye su canto como una sonata; es la llamada del clarín en la batalla que reconforta y electriza, y nos dirá aquella voz del mirlo:

«Valor, hombre de poca fe, que temes porque dudas! En este mundo inmortal nada se nos quita que no se nos devuelva. Esa primavera de que desesperas, yo la celebro bajo el cielo y el frío, porque ya corren por mi cuerpo bienhechores escalofríos anunciando que se acerca. Ya lo veremos los dos, y con él la abundancia y el amor.»

Uno de mis vecinos tiene un mirlo, cuya historia merece contarse.

Este pájaro era de su hijo, un chico de diez años, colorado y mofletudo, el que lo había cogido del nido y criado, no sin trabajo y contratiempos. Algun tiempo después de su captura, el pájaro se enredó una pata en los alambres de la jaula y se la partió.

En el campo, cuando la víctima de un accidente de este género es un hombre, ó algún animal de producto, se les lleva al albéitar; pero si se trata de un animal de lujo, perro, gato ó mirlo, la naturaleza es su solo cirujano. En el caso citado hizo maravillas; la supuración separó del miembro la parte fracturada; la herida se cicatrizó, y con una pata el prisionero no se encontró muy mal y silbó á más y mejor.

A los pocos meses murió el chico, y los padres, que no tenían más hijos que él, estaban desesperados; pronto el padre declaró que no podía ver el mirlo, que á cada instante revivía su dolor, recordándole á su hijo. Le propuse comprárselo y rehusó; pero un día llevó el mirlo al medio de un bosque, á dos leguas de la casa, y le dió libertad.

Al día siguiente al amanecer estaba aún en su cama, cuando oyó fuera una modulación que le hizo temblar. Se levantó, abrió la puerta y vió al mirlo cojo sobre la jaula, que había quedado colgada en su sitio.

— Mirad, me decía contándome esta extraña vuelta; aunque yo no soy un mandria, cuando he vuelto á ver este pícaro pájaro me saltaron las lágrimas; me hacía tener vergüenza de mi cobardía; lo besé ántes de ponerlo en su jaula, y ahora, cuando canta, comprendo que es para hablarme de mi Carlitos, á quien él quería tanto, y esto me consuela en lugar de entristecerme como ántes.

C. T.



Tanto vale el hombre, tanto vale la tierra: este proverbio puede, modificándole, aplicarse á la caza, y no cesa de ser rigurosamente exacto: *tanto vale el cazador, tanto vale el perro*. Un perro mediano, en manos de un maestro y tirador hábil, será siempre un animal escogido, y sólo necesita una estación, un cazador de ocasión, para trasformar en un mal perro el mejor dotado y educado.

La recomendación que sigue hará quizás reír á algunos, pero es tan práctica que no se debe dudar en decirla. Se debe obrar delante del perro, en lo que toca á la caza, como se haría en cualquier otra cosa, delante de un niño: si se le da un mal ejemplo, se puede estar seguro que no será perdido; si, al contrario, se obra con método, con la prudencia que aconsejan los buenos principios, si se acostumbra á conservar la sangre fría en medio de las peripecias más conmovedoras, esta calma resistirá los arrebatos del temperamento apasionado del colaborador.

Se debe ser con él tan severo como justo; en la casa se le puede mimar lo que se quiera; delante del enemigo ya es otra cosa, y la disciplina es de rigor. Toda falta debe ser castigada, todo ardid ó treta contra la consigna debe ser reformada por un castigo. El látigo debe ser el sólo instrumento para estas correcciones, no debe nunca usarse el bastón ni las piedras; se arriesga el castigo de uno mismo estropeando al culpable; ménos aún la culata de la escopeta ni los puntapiés, que son propios de los palurdos.

Se deben evitar esos gritos que son insoportables á los compañeros de caza y aturden al colaborador, sin convenirlo de la falta que haya cometido; un perro es al contrario de unas Cortes, mientras ménos le hablen hay más probabilidades de que comprenda.

Existe un vocabulario especial que debe bastar á las comunicaciones verbales con él; no se trate de enriquecerlo, sino mejor de reemplazarlo por una pantomima, que no es preciso sea muy viva y animada: un buen perro debe trabajar con sólo una señal.

Que el colaborador sea un perro de muestra ó un *pointer*, que cace al lado de la escopeta, ó que corra á 100 metros de distancia, debe cruzar casi regularmente sus huellas de derecha á izquierda y de izquierda á derecha; si manifiesta algunas tendencias á ir derecho se debe volverle la espalda, y cuando se repita varias veces esta maniobra se inquietará más del cazador.

Por muy buen andador que se sea, se debe cazar lentamente.

Los países no se pueden siempre tomar á buen viento. Se caza entonces á traves marchando en zig-zag.

Hasta aquí, no hemos abordado el capítulo de accidentes, que debe servirnos de transición para pasar á la caza en el monte, en donde son muy frecuentes, aunque se vaya á la descubierta y siempre á distancia respetuosa de los cazadores que palidecen al ruido del vuelo de la perdiz, que tiran sin hacer puntería y aún sin asegurar la escopeta en el hombro. Un amigo mío aconseja en tales casos ponerse los guantes y encajarse la gorra ó el sombrero hasta los ojos; yo creo más seguro echarse á correr. He conocido un señor que practicaba una receta preventiva que me ha parecido bastante recomendable para comunicarla. En el momento de empezar la caza sacaba una bala del bolsillo,

la deslizaba ostensiblemente en el cañon izquierdo de su escopeta, y saludando á sus compañeros, les decía:

— Señores, pueden Vdes. tirar los primeros, pero les advierto que yo respondo.

Desde que se abandonaron las escopetas con baquetas, los accidentes en que se hiere uno á sí mismo son menos frecuentes. En cambio se está más expuesto á ser fusilado por su compañero, y la compensación tiene sus inconvenientes. Con un arma de los nuevos sistemas el plomo no se porta siempre bien, sea que muy apretado algunos granos adquieren cierta cohesión, ó sea que el cubo no apoye suficientemente en la pared del cañon y se rompa el nivel de la carga, que queda reunida hasta cierta distancia. El alcance que adquieren entonces los proyectiles traspasa las previsiones ordinarias. Así creo que es preciso siempre abstenerse rigurosamente de tirar en una dirección en que se encuentre alguno á menos de 200 metros.

En el monte, en los sotos, si se caza con mucha gente, el peligro viene á ser serio por otro estilo. Se debe marchar en fila, conservando las distancias, y tratar de saber, no sólo donde se está, sino la posición que ocupan los vecinos de derecha é izquierda.

La caza en el monte con el perro que pára tiene dos objetivos principales, la perdiz y la chocha en invierno, y un objetivo por incidencia. Vamos á hablar primero de éste, antes de hacerlo de los primeros.

El conejo, que es el objetivo á que nos referimos, usa y abusa también de la táctica, que consiste en dejar pasar el hombre y el perro, si no ha sido descubierto; es preciso, pues, cruzar sus huellas más rigurosamente que en el llano y dar con el pie á cada cepa, á cada espesura de hierbas, á cada zarzal. Sobre todo es muy esencial de estar muy alerta y tener la escopeta pronta para apuntar; el tiro del conejo en un monte ofrece bastantes dificultades, para que un segundo de más ó de menos entre el momento en que se le ve y el en que se dispare, tenga su importancia. Figúrese un cohete que serpentea entre la maleza y los arbustos, que se arroja á la derecha cuando el punto de mira le busca á la izquierda, y á la izquierda cuando se le apunta á la derecha, que no aparece sino para desaparecer detrás de los más caprichosos arabescos, entre las cepas del monte, y se tendrá una idea de la carrera del conejo que deja su cama.

Un viejo cazador ha dicho: «Nada de mira; si lo ves, tira.» El refrancillo en su concisión da una regla perfecta del tiro del conejo. Es preciso apretar el gatillo cuando se descubre al fugitivo, sin olvidar de levantar ligeramente la escopeta, de modo que el tiro alcance más adelante; es preciso tirar á cálculo, es decir, en la dirección probable si no se le ve fácilmente, si ha desaparecido detrás de las hierbas y matas.

Algunos guardas tiran el conejo con increíble regularidad. Tantos conejos levantados, tantos muertos; se diría que una especie de instinto lleva su plomo en la dirección precisa del animal. El exceso del bien puede tener sus inconvenientes, y frecuentemente estas superioridades del tiro en el bosque son simples medianías en el llano, en que el tiro más rápido no es siempre el más seguro.

Si al perro que corre una liebre puede excusarse en el llano, no sucede lo mismo en el monte, donde, al lanzarse sobre la caza impedirá muchas veces á su amo tirar, y lo expone aún á ver terminar una partida de placer por un drama que es siempre doloroso.

Un día uno de mis amigos, al tirar una liebre en un soto, hirió mortalmente á su perro, que se había arrojado hácia la caza. El pobre animal no gritó al sentirse herido, y vino cubierto de sangre hácia su amo; se levantó sobre sus patas traseras apoyando las de delante en el pecho de éste, lo miró con indecible angustia, dió un lúgubre aullido y cayó como herido del rayo. La emoción del cazador había sido tan viva que se desmayó, y cuando volvió en sí un quidán tuvo el mal gusto de burlarse de aquel dolor, y haciendo alusión á las lágrimas que asomaban en los ojos del pobre muchacho, le dijo: — ¡Caramba! Vaya una memoria de perro más apreciada que la de algunos cristianos.

—Perdone V., le dijo uno de los testigos de esta escena, no es la memoria del perro lo que esas lágrimas honran, es el corazón del que las derrama.

Entre nueve y diez de la mañana es la hora de buscar los faisanes en el bosque; los sotos de tres á cinco años son los que escogen con preferencia y en años de grandes lluvias no se les encuentra casi nunca bajo los árboles cuyo suelo esté seco. Si hay colinas en los bosques, y si esas colinas están expuestas al sol, se les encontrará de seguro al mediodía. En tiempo seco y de calor es preciso buscarlos en los sotos con arbustos y matorrales, y sobre todo, en los cañaverales que crecen á las orillas de las charcas de agua.

La caza del faisán con el perro pacho, fácil en el llano, es muy aventurada en el monte. No solamente hay allí accidentes que harán el tiro problemático, sino que el pájaro se defiende en aquel terreno con más habilidad y perseverancia que en los campos. Cuando el perro encuentra un faisán, sus movimientos son bruscos y precipitados, porque casi siempre el pájaro se oculta sin volar. Después de una parada no avanzará arrastrándose como hace con las codornices y perdices, deslizándose entre las hierbas; irá, vendrá, cruzará con tanta viveza como si persiguiese un conejo, porque comunmente el faisán corre con tanta rapidez como si tuviese cuatro patas á su servicio. Este manejo dura algunas veces bastante tiempo antes que el faisán se decida á hacer uso de sus alas; sólo las hembras chicas parten á menudo ante la primera parada del perro, sin confiar demasiado su salvación en la agilidad de sus patas. Si en esta especie de caza á la carrera el perro desaparece, debe seguirsele aún á costa de dejar algunos pedazos de la ropa entre las espigas de los arbustos y seguirsele de cerca; por muy dócil que sea, hay que temer que se arroje sobre esos imparables fugitivos; además, si el faisán se decide á pararse, podría no consultar la voluntad del cazador para echarse á volar. No creo que haya un cazador cuyo corazón no palpita, cuya respiración no se pare al menos por un segundo en el momento en que, entreabiéndose las ho-

jas, dan paso al soberbio gallo, cuyo vestido cambia de color según la luz que recibe y brilla á los rayos del sol, como si cada una de sus plumas fuera una piedra preciosa; el largo de su cola dobla su volumen, parece enorme cuando se eleva perpendicularmente en los aires, dando el grito estridente que acompaña al ruido de su vuelo. Este tumulto, la pompa de esta *mise en scène*, y sobre todo, esta larga cola han preservado más faisanes de la muerte que la ligereza de sus patas y el vigor de sus alas. Es preciso cierto tiempo para que el tirador aguerrido conserve la sangre fría y se ajuste con una calma más precisa con el faisán que contra cualquier otra clase de caza.

Todos los cazadores matan chochas, ¿pero cuántos hay que las sepan cazar? Su paso es tan inconstante, se paran en tan corto número en nuestros montes del centro, que pocos de los aficionados se deciden á practicar especialmente este *sport*, el primero de los que tienen la caza de plumas por objeto.

Un excelente perro puede no cazar sino medianamente las chochas. Durante el día, estos pájaros duermen más que se pasean, y cuando se presenta uno en su cantón es muy posible que desde mucho tiempo no haya pisado los alrededores de su retiro; el olor de su huella ha desaparecido, el perro no encuentra nada que lo guíe hácia donde está el pájaro, y las malezas, las hierbas, las zarzas en medio de las cuales el pájaro se oculta, interceptan hasta cierto punto las emanaciones de su cuerpo. Es, pues, necesario que el perro sea excesivamente intrépido y maestro para registrar todos los abrigos sin detenerse por las espigas. Es bueno ponerle un cascabel en el collar, con objeto de estar advertido cuando *pare*, porque no se debe, como con el faisán, temer que el perro se desvíe; una chocha que no está espantada se deja fácilmente *parar* y se mantiene firme delante del perro.

Si se marcha con buen viento, describiendo zigzags, pero con precauciones, el sonido del cascabel pondrá al corriente de las idas y venidas del perro. Algunos cazadores critican el empleo de este cascabeleo, pues, según ellos, este ruido espanta la caza; otros que lo han usado no lo creen así. Además, considerando la gran ciencia de la vida en escoger de dos males el menor, es preferible hacer que vuelen algunas chochas que estar expuesto á encontrar, después de buscar ocho días, el perro muerto de hambre en la actitud reglamentaria, frente á una chocha, muerta igualmente de inanición. Cuando el silencio del cascabel anuncie que el perro está parado, se debe uno acercarse sin precipitación y tratar de reconocer, por la situación que ocupe, la del pájaro, y por consiguiente la dirección que tomará al volar; entonces se escoge la posición que parezca más favorable para tirarlo.

La chocha tiene el vuelo pesado, pero tan brusco, que desorienta á los que debutan, ya admirados por el ruido de las alas; cuando ha acabado de subir, vuela rápidamente, rozando la cima de los árboles. A su primer vuelo no reposa jamás á gran distancia; así es muy esencial observar el sitio donde se posa.

Si se teme la suerte de encontrarla, no se dejará parar con tanta candidez como cuando no conoce al cazador, que dará menos tiempo á la parada del perro y andará delante de él antes de decidirse á volar. Una chocha levantada una vez, es difícil volverla á levantar; después de un tercer vuelo, la operación es escabrosa y no da buen resultado ordinariamente sino cuando se está ayudado por un perro, acostumbrado largo tiempo con las prácticas de esta caza. Lo importante es no desanimarse; tener una chocha delante, es ya alguna cosa; se busca y se busca bien, y se concluirá por coger el premio de tantas marchas y contra-marchas; la chocha herida en pleno vuelo, caerá al suelo con ese ruido sordo y apagado que halla un eco tan dulce en el corazón del cazador, y se encontrará éste orgulloso al reflexionar que el dinero, que todo lo puede, no procuraría á los ricos de este mundo los goces que él habrá tenido en esta laboriosa victoria.

C. T.

LA CAZA DE LAS GAVIOTAS.

No quiero hablar mal de los baños de mar: ¡el sol me preserve! Sería preciso para ello no haber atravesado nunca la Puerta del Sol en uno de esos días de 40 grados de calor, capaces de derretir el asfalto y la monumental fuente. Además, me gusta el agua y me gusta más en el paisaje que en un vaso. Los momentos más desagradables de mi vida son los que he pasado en países en que el cielo no encuentra el más modesto espejo para reflejar sus preciosos cambios de nubes. Esta ausencia de agua me hacía desgraciado como pato perdido en el Sahara, y si tuviera la menor afición á la metempsicosis, creería había habitado antes en el cuerpo de algún anfibio, ó al menos de algún volátil acuático.

Quede bien sentado que soy partidario del agua en general y de los baños de mar en particular; esto me deja en situación desembarazada para dirigirles una ligera crítica, y es el contribuir en gran manera á la desaparición, ó al menos á la disminución de esos lindos pájaros como las gaviotas, que son el adorno, mejor dicho, prestan un servicio en nuestras costas. Esta disminución es incontestable, y se ha observado que en algunos faros, que los visitaban antes sobre 80 pájaros en una sola noche, recibe hoy apenas esta cifra en un año.

Durante el tiempo de nieves, neblinas y en la época de la emigración, los pájaros terrestres se acercan á los faros, porque la falta de vista los desvía de su camino. Entonces se les ve caer por bandadas á algunas brazas de la costa y aún á bordo de los barcos.

La caza está permitida en el litoral casi todo el año; así, á falta de otra, el bañista, el *touriste*, para ensayar sus fuerzas, para perfeccionar su tiro, ó simplemente por distraerse, ataca á los pacíficos habitantes de las playas. Comunmente abandona sus víctimas ó las arroja á la basura;

es sólo el placer de la destrucción, y dicen: «¡Bah, por algunas gaviotas más ó menos!» Y, sin embargo, los pájaros de mar no son sólo agradables á la vista, con su vuelo dulce y caprichoso; no se limitan á encantar la vista por las lindas manchas blancas que forman sobre el cielo y sobre las rocas, no; son muy útiles.

El pájaro de mar es el que anuncia al navegante la proximidad de la tierra y la vecindad de los escollos; es el solo indicador con el que se puede contar para señalar las rocas á flor de agua; hace conocer con sus gritos la posición de rocas que las boyas no podrían señalar.

En la estación de la pesca, una gaviota que encuentra un banco de sardinas lo recorre de una á otra extremidad, después lo atraviesa por el medio, como para darse cuenta del punto que se debe atacar. Los pescadores dicen que hace la *cruz* y es una señal cierta de que hay pescado, y se dirigen hácia el punto en que operan estos pájaros.

¿No sería posible ocuparse de su educación y hacer de ellos útiles auxiliares para la pesca?

Esperamos al menos que se concluirá por protegerlos contra sus perseguidores. Así lo han hecho ya los ingleses, más prácticos que nosotros. En Abril de 1869 varios periódicos anunciaron que el Parlamento había adoptado un proyecto de ley dictando penas muy severas «contra quien matase pájaros de mar, porque cerca de las costas indican con sus gritos la proximidad de las rocas.»

C. T.

NOTICIAS GENERALES.

El mes de Agosto, que empieza hoy, se llamó *Sextilis* por los romanos, por ser el sexto del año de Rómulo. Pero en la época de Augusto se le dió su nombre, habiéndose conservado por Macrobio y Dion el plebiscito y el Senatus-consulto que autorizaron esta modificación. Los motivos alegados se relacionan con los principales sucesos de la vida de Augusto, tales como su primer consulado, sus tres triunfos, la conquista de Egipto y la terminación de las guerras civiles.

Los griegos celebraban los juegos Nemeos, instituidos en honor de Hércules, durante este mes. En Roma, el día de los Idus, se celebraba la fiesta de los esclavos y criados en memoria del nacimiento de Servio Tulio, que fué hijo de un esclavo. En este mes se crucificaba á un perro, suplicio que se refería á la toma del Capitolio, y era un anatema contra el silencio de los perros que en aquella célebre ocasión olvidaron su habitual vigilancia, siendo sustituidos; ¡oh vergüenza! por los gansos.

BRÚJULA VEGETAL.

Existe en las selvas de la provincia de Tejas (Méjico) una planta que tiene la singular propiedad de que sus hojas se dirijan constantemente en dirección norte, en términos de que, cual la brújula magnética, sirve para dirigir al viajero extraviado en el interior de la misma, en cuanto tiene la fortuna de encontrarse con alguna de dichas plantas. Con razón la designan los ingleses con el nombre de *Compass-Plant*, que nosotros creemos poder traducir con el nombre de *Planta-Brújula*. Pertenece al orden de las *compuestas*, y es conocida por los botánicos con el nombre *Silphium laciniatum*. Es planta perenne, y por sus propiedades físicas también la designan los ingleses con los nombres de *rosin weed* y *turpentine-weed*, esto es, *hierba resina* ó *hierba trementina*.

Dice un periódico de Cádiz:

«Hemos tenido el gusto de visitar la magnífica cuadra de caballos de carrera que posee en la inmediata ciudad de Jerez el antiguo *sportman* Sr. D. José de la Sierra.

«Allí vimos al famoso *Petit-Verre*, tan conocido del público gaditano por lo mucho que se ha distinguido en las pasadas carreras; el veloz *Lansquenet*; la notable yegua *Vitesse*; y el hermoso animal *Unico* se encontraban dispuestos á luchar en el próximo otoño y verano.

«Tiene también el Sr. Sierra tres potros nuevos que debutarán prontamente: uno es *Fine Champagne*, hijo del célebre *Eau de Vie*, y que sólo cuenta dos años y medio; otro, árabe, de dos años, llamado *Azazi*, hermano de madre del célebre y renombrado *Lucero*, y *Porfin*, que así nombra al último.

«El *Águila* es un bonito caballo que usa dicho señor para montar, y tiene el pelo bronco, que es el color de moda en Inglaterra.»

Aquellos de nuestros lectores para quienes la corrección y la elegancia de la *toilette* no son indiferentes, nos agradecerán los indiquemos una receta para tener siempre los guantes como nuevos. El procedimiento es muy sencillo. Se meten los guantes de baile, grises, amarillos, de piel de Suecia en una composición llamada *Newfaline*, y cinco minutos después están los guantes como acabados de salir de la tienda. Esto puede hacerse varias veces con el mismo par de guantes. El frasco cuesta 6 reales, y acompaña una instrucción indicando el modo de limpiar el terciopelo y paño.

Copiamos de un periódico francés la siguiente receta de *Perdices á lo torero*. En todas partes la caza tiene atractivos: un verdadero cazador se deleita en los ardores del país del sol ó en los hielos del polo, que cace al tigre ó al oso blanco; pero entre estos extremos, Loksley, el novelista cazador, creía que en la Sierra Nevada la caza atrae más que en otras partes y enloquece.

Allí abundan las perdices y la cabra montés, como en el tiempo de los abencerrajes, los galantes infieles de Granada.

Un día que Loksley volvía de cazar en Sierra Nevada y que era tarde para llegar á casa de su ilustre amigo el Duque de Valencia, que estaba entonces en Loja, se quedó en la única posada de un pueblecito de la Vega.

En esta posada, tan mal provista como aquella en que

sirvieron á Gil Blas la tortilla tradicional, una cuadrilla habia precedido al cazador frances, de paso para Granada, á propósito de una fiesta en que debían torear, y el jefe era el célebre Chiclanero.

Entonces era joven, y con el vestido de majó el Chiclanero estaba muy bien.

El frances le preguntó en castellano:

— ¿Habrá aquí algo qué comer?

— Sí, respondió riendo el torero; pero á condición de no ser difícil.

— ¿Y qué podrán servirme?

— Un gazpacho.

— ¡Bah! respondió el frances alegremente, — buscaré en mi morral, y no nos morirémos de hambre.

Dicho y hecho. Sacaron del morral unas perdices bien gorditas, y las pusieron sobre la mesa.

En viaje se hace pronto conocimiento; pero cuando se tiene hambre y uno ofrece con que satisfacerla, el conocimiento pasa á ser intimidad, y eso sucedió. En menos de media hora el cazador y el torero hablaban como los mejores amigos, tanto, que picadores, banderilleros, espada y cazador se pusieron á desplumar las perdices.

Concluida esta operación, el Chiclanero dijo: — permitidme que yo las arregle.

Entonces, procurándose anchoas y tocino, lo picó con los higados, y con esta masa rellenó las perdices, mientras que uno de los picadores iba á buscar tomates, naranjas y perejil.

Colocó la perdiz en una cacerola sobre el tocino partido en pedazos y los tomates pelados encima, les puso sal, perejil, y exprimió sobre éste el jugo de cuatro ó cinco naranjas, y lo dejó cociendo media hora. Entonces el Chiclanero adicionó la salsa con medio vaso de excelente vino blanco, dorado como la piel de las andaluzas, y lo dejó otra media hora.

El cazador daba gracias devotamente á Nuestra Señora y Patrona, pues las perdices á lo torero son un plato delicado. Probadlo.

En Agosto habrá carreras de caballo: el 1.º, en Vichy; el 2 y 3, en Moulins; el 5 y 6, en Caen, Dinan, Luzon; del 12 al 19, en Deauville, Saint-Nazaire, La Rochelle, Laon, Ostende; del 23 al 26, en Dieppe, Bruges, Saint-Lô, Redon, Anvers; del 28 al 29, en Saumur y Boulogne-sur-Mer.

Han ofrecido en Inglaterra 250.000 francos (unos 50.000 duros próximamente) por Springfield para cuando termine sus compromisos.

Berthelot, conocido sabio frances, ha puesto en claro el fenómeno de la absorción del ázoe por las plantas. Ya se sabía por la absorción que los suelos cultivados, lejos de empobrecerse en ázoe, se enriquecían. Monsieur Deherain demostró hace algunos años que la combustión de las materias orgánicas de estiércol y detritus de antiguas vegetaciones por el oxígeno del aire, produce azotatos que, reducidos á su vez, abandonan su ázoe á las materias carbonadas para formar los compuestos orgánicos que todos los suelos aún no estercolados contienen. Este origen de ázoe explicaba el aumento referido. El Sr. Berthelot ha descubierto más: ha descubierto que las plantas vivas se asimilan directamente el ázoe del aire bajo la influencia de la electricidad atmosférica; ha hecho experiencias prácticas, valiéndose de la bobina Khumkorff, ha producido fuertes tensiones eléctricas con efectos comparables á los de la tempestad, y han contemplado sus ojos la absorción directa que habia descubierto. Con efluvios eléctricos, bajo débiles tensiones, ha llegado al mismo resultado. Así, pues, está reconocido que los vegetales absorben directamente el ázoe de la atmósfera que se fija en sus tejidos al influjo de las más débiles cantidades de electricidad contenidas en el aire.

La cría de los gusanos de seda en Sevilla está ofreciendo resultados maravillosos, hasta el punto de haberse recogido 2.353 capullos de los 4.000 gusanos colocados en las morenas, á pesar de haberse perdido algunas de estas últimas por distintas causas.

A la Exposición Vinícola han concurrido productores de la Península y algunos de Ultramar, en la proporción siguiente:

Zaragoza, 617; Valladolid, 576; Logroño, 559; Madrid, 500; Valencia, 492; Ciudad-Real, 355; Huesca, 350; Huelva, 341; Navarra, 328; Barcelona, 295; Zamora, 288; Segovia, 278; Tarragona, 273; Alicante, 262; Córdoba, 219; Almería, 164; Toledo, 153; Burgos, 146; Baleares, 122; Lérida, 120; Cáceres, 109; Cádiz, 109; Lugo, 103; Orense, 103; Cuenca, 94; Albacete, 91; Avila, 88; Salamanca, 88; Soria, 87; Gerona, 82; Sevilla, 68; Palencia, 54; Castellón, 55; Málaga, 53; Granada, 51; Murcia, 42; Teruel, 37; Canarias, 32; Pontevedra, 31; Santander, 27; Jaén, 26; Guadalajara, 20; León, 19; Badajoz, 16; Oviedo, 12; Alava, 11; Guipúzcoa, 7; Vizcaya, 5; Coruña, 3; y Puerto-Rico, 1.

Un pescador de Concarneau pescaba en compañía de otros que le ayudaban á extender y manejar la red. Hacía tiempo que estaba trabajando con poco fruto, cuando mudaron la red á otro lado, y sacada con las precauciones ordinarias para impedir la fuga del pescado que se desliza por debajo ó salta por las mallas, le parecía que tampoco esta vez habia obtenido buen resultado; pero su temor fué agradablemente desvanecido, pues sacaba una pesca milagrosa, sólo que, con gran sorpresa suya, todos los pescados estaban muertos, á excepción de uno gordo que se movía en medio de los otros. Cuando uno de los pescadores quiso cogerlo, sintió desde la extremidad del brazo hasta el hombro tal conmoción, que lo soltó, y el pescado de un salto se lanzó al mar y desapareció, con gran asombro de nuestro hombre, que, con el brazo embotado, continuaba con los ojos fijos en el sitio en que el pescado habia desaparecido.

Era un torpedo, que tiene la propiedad de dar á todo sér viviente que le toca conmociones tan violentas, que algunas veces deja sin sentido, y otras mata los animales que alcanza á distancia por sus baterías eléctricas, que son sus armas contra sus enemigos, y esto explica la muerte de los pescados que habia en la red, los que fueron destruidos por el torpedo.

El vapor Colon, que iba para San Francisco, llevaba á bordo algunas fieras, entre otras un gran rinoceronte de Java. Las jaulas de los animales se habian colocado en el puente, y una gran ola destruyó en parte la del rinoceronte. A fuerza de golpes consiguió acabarla de romper, y se salió fuera. Los marineros que veían el peligro tomaron sus precauciones, y los pasajeros huyeron á sus camarotes. La primera hazaña fué matar un caballo de raza que iba destinado al Presidente del Perú; despues corrió por todos lados, destrozando cuanto encontraba á su paso. Los marineros hicieron fuego, pero las balas se aplastaban en el cuero del animal, y esta terrible escena duraba más de una hora, y el barco iba sin rumbo, pues todos habian abandonado las maniobras, cuando el mozo que cuidaba de las fieras, que habia subido á las vergas, consiguió cogerlo con un lazo.

Un patron y dos marineros de Biarritz que pescaban á dos leguas de la costa, distinguieron una masa negra que flotaba en el Océano. Se acercaron y reconocieron una enorme tortuga de mar que tomaba el sol. Como era difícil trasponerla, la dieron un fuerte golpe con un remo debajo del vientre, que le hizo poner las patas al aire, y así imposibilitada de huir, la izaron á bordo, no sin que el peligroso animal se defendiese. La desembarcaron en Biarritz, donde causó admiración, pues pesa 50 kilogramos, y mide 2 metros de circunferencia.

Antiguamente se creía, y en los campos aún se cree, que el sapo es un animal venenoso, que su saliva está envenenada, y que su mordedura puede ser mortal. ¡Pobre sapo! ¿Con que ha de morder? ¡Si no tiene nada que se parezca á dientes! Su mandíbula se compone de una superficie hueca, lisa y cubierta de una membrana. La saliva es inofensiva, como lo prueban las experiencias hechas con este objeto. Pero el sapo es feo, muy feo, es el Cuasimodo de la Zoología, y... no tiene derecho á inspirar lástima. Sin embargo, sus costumbres nos demuestran que es injusto el difamarlo así.

Cuando declina el día, y sobre todo en los tiempos de lluvia, el pobre animal deja su retiro y avanza arrastrándose por el suelo. Se dirige con preferencia hacia las plantas de legumbres, y desde entonces ya no hay seguridad para las babosas y caracoles, de los que absorbe gran cantidad. Las ensaladas no tienen mejor guarda y más vigilante que el sapo. Los ingleses lo saben bien, pues hoy se hace un comercio considerable de sapos entre la Francia y la Inglaterra. Un sapo se paga en Londres, por término medio, un chelín (15 reales). Los jardineros ingleses, los hortelanos sobre todo, les preparan abrigos y los colocan con todos los cuidados debidos á tan útiles servidores. Un jardín en que haya algunos sapos está siempre más floreciente que los que los destierran.

Un periódico de Nueva York publica interesantes noticias de los beneficios que se obtienen en la América del Norte de la cría de las abejas, á la cual se dedican en los Estados Unidos 70.000 agricultores que explotan unos 8.000.000 de colmenas, siendo, por término medio, la producción de unas 22 libras de miel al año, que se vende á 6 reales libra. Un apicultor de California obtiene con sus colmenas una renta líquida anual, pagados todos los gastos, de 25.000 duros; en Nueva York dos apicultores han vendido respectivamente en un año 80 y 90.000 libras de miel. En los Estados Unidos se exporta miel por valor de 2.000.000 de duros al año, publicándose cuatro periódicos, dedicados exclusivamente á la Apicultura.

En 1876 la producción de cereales y patatas en Francia, fué la siguiente:

	Hectáreas cultivadas.	Hectólitros de producción.	Rendimiento por hectárea y hectólitro.
Trigo.	6.859.458	95.437.832	13,90
Centeno.	473.002	7.124.429	15,06
Cebada.	1.079.343	18.561.214	17,19
Centeno.	1.837.893	26.480.806	14,41
Alforfón.	360.048	5.904.365	16,39
Maíz y mijo.	665.122	7.095.481	10,73
Avena.	3.487.517	93.754.087	21,15
Patatas.	1.249.239	116.920.589	93,60

Han llegado á París curiosas muestras de perlas obtenidas artificialmente por colaboración de los chinos y de... la ostra. Estas perlas son muy conocidas en King-po y hace poco se ha descubierto su carácter artificial. Los chinos introducen en la concha de la ostra pedacitos de madera ó tierra, y el roce con el molusco, dejado vivo, determina la secreción. Algunas veces los hijos del sol introducen una partícula de metal de la forma de una figura de Boudha para obtener una perla con todas las condiciones de una reliquia presentable. El comercio de estas perlas es muy importante en China.

Várias veces se ha visto á los nobles señores vestir su propia librea del turf y montar en las grandes carreras de caballos; y un periódico recuerda que en Douceaux corrió una señorita, Miss Thoruton, teniendo por adversario el jockey más famoso de entonces. La amazona iba con cascaca y toca púrpura, nagua mahon, medias bordadas y zapatos de satén púrpura. Luchó valientemente y ganó la carrera en toda ley. Su vestido y modo de montar excitó la

admiración de los asistentes. El premio era una copa de 700 libras.

Un colono de Fleuri, en Francia, á fines del último invierno, oyó decir á una de esas buenas mujeres del campo que el aceite de viboras combatía eficazmente los pequeños insectos que se crían en los gallineros y que tanto molestan á las aves de corral. Quiso, pues, probar tal específico, haciendo pedir una pequeña cantidad á un farmacéutico de la población vecina. Recibida aquélla, suspendió en el gallinero el frasco que contenía tal aceite de viboras, teniendo cuidado de que el frasco quedara sin tapon; y en efecto, los insectos desaparecieron viendo su gallinero libre de semejante plaga durante todo el verano, en cuyo tiempo conservó el frasco suspendido y sin tapon. El mismo colono que hizo el experimento; que es un labrador octogenario llamado M. Cour, lo escribe así á la *Gazette des Campagnes*, añadiendo que tan buen resultado no puede ménos de atribuirlo al efecto del frasco destapado contenido del aceite de viboras.

A las propiedades purificadoras de la atmósfera que ejercen las plantaciones de eucaliptus, hay que añadir la que ha observado el capitán Mignard respecto á la propiedad de alejar con su aroma á los insectos; según dicho observador, se vió libre de la plaga de cinífes y mosquitos por la simple instalación en su dormitorio de un *eucaliptus globulus* de pequeñas dimensiones, notando que la acción insectífuga de la referida planta disminuía cuando estaban secas sus hojas y perdía su fuerza vegetativa, siendo más eficaz cuanto mayor era la lozanía de la planta. El aroma que desprende este vegetal no es perjudicial al hombre, y en las localidades propensas á la presencia de insectos puede ensayarse este medio preventivo, siempre que el clima permita el cultivo de la referida planta, que también podría tener aplicación para evitar en los establos las molestias que producen los insectos á los ganados.

Un horticultor de las inmediaciones de París ha realizado una excelente idea. Acaba de demostrar en extensa escala el considerable valor como forraje, de la acacia enana sin espinas.

Nadie puede dudar que esta acacia presta tan importantes servicios como la lucerna con quien se puede comparar. Su rusticidad y rendimiento es superior á la lucerna, porque puede adquirir más crecimiento y suministra mayor cantidad de forraje.

Llamamos muy particularmente la atención de nuestros cultivadores del Centro y Mediodía sobre la importancia de esta planta y de otros arbustos y árboles que deben utilizarse como forrajes, allí donde la falta de agua se opone á la existencia en secano de hierbas forrajeras que se dan muy bien en el norte y poniente de España.

Los prados de vid, variedades americanas de hojas anchas; los de olivo y álamo negro, suplen muy bien, y á veces con ventaja, á las cereales y leguminosas, que parecían al advenimiento de los calores del estío en nuestras calcinadas tierras de secano.

En una Memoria presentada por Mr. Lesseps sobre los resultados de su última expedición á Argel, se establece la posibilidad de inundar una superficie de 16.000 kilómetros cuadrados con una profundidad de 15 á 40 metros. El istmo de Gabés, que tendrá que abrirse, no presenta roca alguna fuerte, y si únicamente arenas fáciles de extraer. Por otra parte, no pasarán de 22 millones el número de metros cúbicos de materias que habrá que arrancar. En condiciones análogas se está abriendo en la actualidad en el istmo de Suez un canal de 40 leguas de largo, al precio de 96 céntimos de franco por metro cúbico.

La obra argelina costaría, pues, 20 millones de francos, cuyo gasto quedaria muy pronto cubierto con el beneficio resultante de la explotación de las pescas, de mucho valor en toda la costa.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Pocas, muy pocas son las que nos ha proporcionado esta quincena.

Durante ella se ha acentuado el calor de tal modo, que ha puesto en fuga á los que aún dudaban si pasar ó no aquí el verano.

El teatro de Apolo ha cerrado sus puertas por falta de público.

En cambio el Príncipe Alfonso con *Los Madriles!*, Prince con sus eternos saltos, piruetas y caballitos, y el Jardín del Buen Retiro con sus funciones dramáticas y sus conciertos, ven todas las noches agolparse á sus puertas miles de espectadores que arrebatan las localidades puestas al despacho.

Metra, sobre todo, adquiere cada día más reputación entre nosotros, y es que no sólo lleva la batuta con entera independencia, dominando é imponiendo los tiempos á la poderosa orquesta que dirige, sino que tiene un tacto exquisito para la elección de las obras, procurando atraerse la atención y el aplauso del público que oye piezas de raro mérito de compositores célebres, hasta ahora desconocidas en Madrid.

No se crea por esto, como dice muy bien un distinguido crítico musical, que la dirección del maestro Metra esté exenta de lunares; algunos tiene, como suele acontecer á todos, pero su inteligencia y firmeza en la ejecución de las obras le hace salir airoso en su cometido, y sus lindas composiciones de *aires bailables*, que sabe intercalar oportunamente en los programas, dan cierta amenidad y encanto al conjunto, que el público aprecia y aplaude con entusiasmo.

A propósito de estas composiciones, dirémos que la casa editorial de música del Sr. Vidal ha puesto á la venta la rica y variada colección de vals de M. Metra, que tanto éxito han alcanzado en los conciertos y que deseaban poseer algunos *amateurs* del compositor citado.

Y ya que de música tratamos, no pasaremos a otro asunto sin adelantar una noticia a nuestros lectores.

La prima donna Erminia Borghi-Mamo, hija de la célebre artista tan querida del público madrileño, está recorriendo los teatros de Italia, donde ha conquistado una envidiable reputación. Este invierno la oírmos en el Real, pues es ya un hecho su contrata, y la deseamos tantos aplausos como los que obtuvo su madre en el mismo prosenio.

En el reducido círculo de personas notables que ha quedado en Madrid se anuncian varios enlaces para el próximo otoño.

Uno de ellos es el de una señorita de la aristocracia, cuya belleza, virtud y excelentes cualidades la hacían ser querida y admirada de todos, con un opulento cubano que no hace mucho llegó a España y que lleva un apellido muy conocido en la banca.

Otro el de la linda hija de los marqueses de Villamejor con el Conde de la Puebla.

La señorita doña Laura Polo parece que pasará a ser señora de Lequerica; D. Wenceslao Villaurrutia tendrá nuevos lazos de parentesco con su prima María Luisa; la señorita de Campuzano está ya pedida por un joven perteneciente a la buena sociedad; la señorita doña María Vinent dará su mano al Sr. La Valle; y, por último, el Sr. Gomez (D. Protasio) jurará eterna fe ante los altares a cierta dama tan bella como discreta.

Pero todas estas bodas son pocas, si resultan verdad las que anuncian en Sevilla, y de las cuales se hace eco el *revisero de La Epoca*.

Dichas bodas ascienden a ¡veintiseis!

¡Y luego dirán que no son valientes los andaluces!

Quisiéramos participar a nuestros lectores alguna otra novedad, pero como no la inventemos, no es posible.

Vamos, pues, a terminar con un consejo.

Si escriben ustedes alguna carta de interés y es para fuera, cuiden ustedes de ponerle un sello azul de 10 céntimos, otro de guerra de otros 10, y otro también de guerra de 5 céntimos.

Con eso, y si la carta no se pierde en el camino por el mal servicio de correos que tenemos, es seguro que llegará a poder del interesado.

Nota bene. Se nos olvidaba. Para lo único que no necesitan ustedes proveerse de las nuevas cédulas personales es para suscribirse a EL CAMPO.

NOCIONES DE JARDINERÍA (1).

AGOSTO.

Segunda quincena.

En el jardín:

Empiezan a florecer el *aster horizontal* y el *aster elegante*.

TRABAJOS Y OBSERVACIONES.

Deben sembrarse en semillero: el *carrasque amargo* (blanco); el *carrasque de Tenore* ó *perenne de Nápoles*, de flores violadas ó color de lila, y el *carrasque morado*, *pineto de flor* ó *zarapico*, *aleli cuarenteno*, *espuelas de caballero*, etc.

Sépárense estacas de las plantas vivaces siguientes: *Aguileña común* que tiene además los siguientes nombres, según las provincias: *pejarillas*, *pelicanos*, *manto real* y *clérigos boca abajo*. De ésta hay algunas variedades de preciosas flores azules. *Aubrietia de hojas deltóideas* (flores de azul claro); *Cerastio de Granada*, *cestillo de plata*; *lirio cárdeno* y sus variedades; *juliana* ó *matronal*; *narciso de lechuguilla*, *trompon* ó *tragapan* y las variedades (separación de las cebollas); *peonia blanca*; *scabifraga roja* ó *filipendula*; *barba de cabron*; los *ranúnculos* como el *botón de plata de Francia* y el *botón de oro*, etc.

Sépárense los acodos del *clavel* y plántense.

De los *carrasques* pueden sacarse estacas durante todo el otoño y hacen excelente efecto, alternando con el *cestillo de oro* en los arriates.

En los tiestos:

Entra en flor escencia el *sedo de siebold*.

OBSERVACIONES Y TRABAJOS.

Sépárense estacas de las plantas vivaces: *diclitra admirable* y *heléboro* ó *vedegambre negro*, llamada también *hierba ballestera negra* y *rosa de Navidad*.

Réguese con la frecuencia que exija el estado de la tierra y las condiciones de cada planta, escárdese y recórtense los setos y perfiles que hayan crecido demasiado, regándose también el césped de las praderas.

En las estufas se empiezan a recibir (2) las plantas que necesitan esta operación, recortándose las raíces y cambiando las macetas, si convienen otras mayores. Sométanse a iguales operaciones a las plantas que esperan al aire libre el momento de ser resguardadas.

Plántense ya en tiesto grande: las *fuchsias*, el *geranio rojo* y sin variedades; el *aleli amarillo* ó *pajizo* doble, el *aleli cuarenteno*, las *espuelas de caballero*, el *heliotropio fino* (el común); la *hortensia*, el *carrasque siempre florido*, la *verónica elegante* (esquejes con raíces); la *diclitra admirable* y el *heléboro* ó *rosa de Navidad*.

Los esquejes de *fuchsia* que se plantaron en Mayo ó Junio deben haber enraizado ya; sepárense y trasplántense del tiesto grande en que se pusieron reunidos, plantando cada uno en un tiesto de 14 centímetros, en tierra y mantillo mezclados.

La *rosa de Navidad* proporciona flor muy agradable durante todo el invierno. Necesita un tiesto de 16 a 20 centímetros de diámetro, y al separar de la cepa madre la parte de planta que se quiere, conviene que sea bastante grande para que con su cepellón ocupe casi por completo el tiesto. Es planta muy rústica y exige poco cuidado.

(1) Desde hoy daremos algo más de extensión a esta Sección de nuestra Revista. Con este motivo parecemos oportuno cambiar por este epígrafe el de *Floricultura* que hasta ahora llevaba.

(2) Renovar la tierra.

Las estacas de las *hortensias* que se plantaron en Mayo ó Junio habrán enraizado ya; es preciso ahora trasladarlas a tiestos de 20 centímetros.

Lo mismo se hará con los esquejes del *geranio de rosa* y los del *carrasque siempre florido* y la *verónica elegante* que no deben tenerse al aire libre de noche más que hasta los primeros fríos.

Los trabajos que empezamos a indicar en esta quincena pueden considerarse ya como preparatorios para el invierno y primavera próximos. Los *carrasques*, cuya siembra aconsejamos ahora, entrarán en flor escencia en Abril; la *aguileña común* de la que hay variedades de flores blancas, violadas, purpúreas y rosadas, florece en Mayo, los *narcisos* en Marzo, la *diclitra* en Abril, etc. Todas las demás plantas cuyo modo de multiplicación señalamos, proporcionarán, pues, lo mismo en el jardín que en los tiestos una flor escencia continuada. Para generalizar los conocimientos necesarios a un cultivo inteligente y productivo de los diversos arbustos, plantas vivaces, bianuales y anuales cuya flor escencia está escalonada durante los doce meses del año, iremos dando paulatinamente las instrucciones necesarias para la mejor inteligencia de las operaciones prescritas en cada quincena, evitando emplear otros términos que los más vulgares. Con esto cumplimos el ofrecimiento que hicimos en nuestro artículo publicado en el núm. VIII de EL CAMPO. Así, pues, empezaremos por ocuparnos de la

MULTIPLICACION POR SEMILLA.

La siembra de las semillas se hace en el semillero ó directamente en los cuadros, arriates, etc., lo que se llama *sembrar de asiento*, porque en estos sitios quedan definitivamente las plantas. Hoy no trataremos más que del semillero.

La semilla contiene una planta organizada, pero en miniatura. Al enterrarla permanece inerte hasta que encuentra el grado de calor y de humedad necesario para empezar a vegetar. Llegado este momento, se hincha, rompe su envoltura, hunde en tierra su raicilla y levanta su tallo y sus primeras hojas: entonces empieza la germinación.

Fácilmente se comprende que no todas las semillas pueden sembrarse en iguales condiciones. Su tamaño, la dureza de su cubierta ó cascarrilla, el clima cálido, templado ó frío en que viven las plantas que las han producido, son otras tantas causas que modifican el sistema de siembra, de modo que las semillas deben enterrarse a menos profundidad y en tierra más ligera, más pulverizada, cuanto más menudas y delicadas son. Hay casos en que hasta no se cubren siquiera, bastando comprimir el suelo con el dorso de una paleta ó rastrillo, ó sencillamente con la mano si el espacio sembrado es muy pequeño; pero en este caso hay que cuidar mucho de que no se seque la tierra, pues entonces no se verificará la germinación. La tierra debe tener, pues, la temperatura y humedad que necesite la semilla.

La siembra en semillero — operación que prescribimos en esta quincena para los *carrasques* y otras plantas — es muy usada y puede hacerse en poco terreno. Ella puede adelantar la vegetación cuanto se hace en las cajoneras. Al semillero se debe reservar el mejor sitio del jardín, esto es, el más abrigado y templado, pues entre las diversas especies de flores, muchas proceden de climas más cálidos que el nuestro, en los cuales viven en estado silvestre. El mejor sitio para este objeto estará, pues, al mediodía, y si es posible al pie de una pared.

Para asegurar luego el buen resultado de la siembra, se necesitan los sombreros y cobertizos y el mantillo. Aquellos tienen por objeto resguardar a las semillas y a las matitas que de ellas salen, ya de los ardores del sol, ya de las heladas y escarchas y del fresco nocturno en primavera y otoño. Para colocarlos se clavan en el suelo del semillero, en dos filas y a distancia de un metro, estacas ahorquilladas en su parte superior y de 25 centímetros de alto. Se sujetan sobre ellas unos listones ó varales, y sobre ellos se colocan los sombreros ó los colgadizos, que siendo así de quita y pon, se dejan ó levantan según es necesario.

Los sombreros se hacen de paja larga ó caña y también se emplea el ciruelo mirabolano que crece poco y los tupinambos ó patatas de caña, así como los mirabeles, que llaman en Andalucía albahacas largas, plantándolos a orilla de los semilleros.

Para los colgadizos ó cobertizos móviles destinados a preservarlos de los rigores del invierno, se emplean *esteras* y *zarzos de paja* con varales ó cañas fuertes.

Dase el nombre de *mantillo* a una materia negruzca, procedente de la descomposición del estiércol, de las hojas secas ó de otras partes vegetales. El uso del mantillo es indispensable para la modificación y regeneración de la tierra y contribuye al buen éxito de la siembra y a vigorizar las plantas.

Para lo primero se requieren ciertas precauciones esenciales: 1.ª, preparación del terreno; 2.ª, época propicia para la siembra; 3.ª, elección de tiempo favorable; 4.ª, manera de sembrar; 5.ª, riego; 6.ª, escarda.

1.ª *Preparación del terreno.* — Cávese en Marzo, cuando la tierra no se pegue a la azadilla, el rincón destinado a semillero y a plantel; destripiése el terrón y déjese orear la tierra que después se desmenuza más aún con una horquilla ó un rastrillo de dientes largos y separados; nivélase con rastrillo fino y tirese la tabla a cordel.

2.ª *Epoca propicia para la siembra.* — Sucede con las flores de que nos ocupamos lo que con toda planta, que las hay más ó menos delicadas, y que por consiguiente requieren sus semillas más ó menos calor. Respecto a este punto ya indicamos en cada quincena las que conviene sembrar.

3.ª *La elección del tiempo* sobreentiende que la tierra se encuentre en buen estado, ni muy húmeda ni muy seca, y que la atmósfera esté tranquila.

4.ª *Manera de sembrar.* — Siémbrense en semillero a *vuelo* ó *voleo*, *espeso* ó *claro*, según el objeto del cultivo, teniendo en cuenta que de lo primero resultan las plantas ahiladas, y gruesas y vigorosas de lo segundo. Los del semillero se traza con el dedo, de dos centímetros de hondo y separados por 10 ó 12 centímetros. Si se tiene mantillo muy me-

nudo se esparce un poco en el fondo, si no hay tierra bastante seca y deshecha; luego antes de sembrar se aprieta un poco con el dorso de la mano y se entierra la semilla: unos veinte centímetros de siembra bastan para cada especie. Esto se llama *sembrar á chorrito*.

Las semillas de *capuchinas*, *supino cambiante*, *Don Diego de noche*, *guisante de olor*, *Don Diego de día* ó *campanilla tricolor*, etc., son las semillas más gruesas de las que componen nuestra lista: cúbranse con una capa de tierra de cuatro á seis centímetros. Las de *disciplina de monja*, *lavatera trimestre*, *molope trifida*, *reina margarita*, etc., tendrán bastante con uno ó dos centímetros. Las más pequeñas, en fin, como las de *maravilla morada*, *boca de dragon*, *tabaqueira*, *hierba de la plata*, etc., no exigen más que medio centímetro. Terminada la siembra, se aplasta un poco la tierra que la cubre con objeto, de que á ella se adhieran las semillas y las raicillas.

5.ª *Riego.* — Rocíese el semillero por la mañana, si hace frío por la noche, y á la caída de la tarde si hace calor por el día, conservando fresca la tierra hasta que broten las semillas. Las matitas requieren humedad por de contado, pero hay que tener presente que el agua de manantial suele ser, por demasiado fría, perjudicial al desarrollo y que conviene tenerla algunas horas en una charca, alberco ó tonel expuesta al aire y al sol.

Escarda. — Al mismo tiempo que broten las matitas de las semillas, brotarán las malas hierbas, que en esta ocasión son más que nunca perjudiciales á aquéllas. Es preciso tener siempre muy limpio el semillero y arrancar con la mano, cuando la tierra está húmeda, todo hierba.

Otro día ampliaremos lo que en diversas ocasiones hemos apuntado someramente acerca de la reproducción por estacas, esquejes, cogollos, etc.

F. B. N.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

11 de Julio de 1877.

A las cinco de la tarde ha dado principio la tirada ordinaria correspondiente al día de hoy, verificándose las siete piñas siguientes:

1.ª *Piña.* — A 26 metros: en 3 pichones, 6 tiradores; ganada por el Sr. D. Eduardo Anspach, que mató 3 pájaros de 3.

2.ª *Piña.* — A 26 metros: en 3 pichones, 8 tiradores; ganada por el Sr. Conde de la Corzana, matando 3 pájaros de 3, á 23 metros.

3.ª *Piña.* — A 26 metros: en 3 pichones, 6 tiradores; la ganó el Sr. Marqués de Casa-Ramos, que mató 5 pájaros de 5; y luchó con D. Eduardo Anspach, que mató 4 de 5 á 27 metros.

4.ª *Piña.* — A 26 metros: en 3 pichones, 7 tiradores; la ganó el Sr. D. Eduardo Anspach, que mató 3 pájaros de 3 á 27 metros.

5.ª *Piña.* — A 26 metros: en 5 pichones, 6 tiradores; ganada también por el Sr. Anspach, matando 5 pájaros de 5.

6.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 9 tiradores; ganada por el Sr. Vizconde de la Torre de Luzon, que mató 6 pájaros de 7 á 22 metros, habiendo luchado con el Sr. Duque de Tamames, que mató 5 de 7, á 26 metros.

7.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 10 tiradores; la ganó el Sr. D. Eduardo Anspach, que mató 6 pájaros de 6, á 30 metros, habiendo luchado con el señor Marqués de Camposagrado, que mató 5 de 6 á 27 metros.

Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, los Sres. Duque de Huescar, Conde de Gomar, don Faustino Udaeta, D. Juan Ortega y D. Juan Muguiro.

La tirada terminó á las ocho de la tarde.

14 de Julio de 1877.

A las cinco de la tarde ha tenido lugar una tirada extraordinaria, en la cual se han verificado las cuatro piñas siguientes:

1.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores; ganada por el Sr. Conde de Gomar, que mató 4 pájaros de 6, á 27 metros, habiendo luchado con el Sr. Conde de Villanueva, que mató 3 de 6, á 25 metros.

2.ª *Piña.* — Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 6 tiradores; ganada también por el Sr. Conde de Gomar, matando 5 pájaros de 5, á 28 metros.

3.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 8 tiradores; ganada por D. José Ramos, que mató 5 pájaros de 6, á 24 metros; luchó con D. José Vinent, que mató 4 de 6, á 20 metros.

4.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 1 pichon, 6 tiradores; la partieron los Sres. D. Juan Ortega y Duque de Tamames, que mataron ambos 5 pájaros de 5, á 25 y 26 metros respectivamente.

Tomaron parte en estas piñas, además de los señores citados, el Sr. Marqués de Peñafior y D. Ricardo Guillen.

La tirada terminó á las ocho y media.

18 de Julio de 1877.

A las cinco de la tarde ha dado principio la tirada ordinaria correspondiente al día de hoy, verificándose las dos piñas siguientes:

1.ª *Piña.* — Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores; ganada por D. José Vinent, que mató 9 pájaros de 9, á 20 metros; habiendo luchado con D. Eduardo Anspach, que mató 8 de 9, á 28 metros.

2.ª *Piña.* — Cada uno á su distancia: en 5 pichones, 6 tiradores; ganada por el Sr. Marqués de Casa-Ramos, que mató 15 pájaros de 16, á 26 metros; luchando con D. José Vinent, que mató 14 de 16, á 21.

Además de los señores citados, tomaron parte en estas dos piñas, el Sr. Duque de Huescar, Conde de Gomar y don José Ramos.

La tirada terminó á las siete y media.

21 de Julio de 1877.

A las cuatro y media de la tarde ha tenido lugar una tirada extraordinaria, en la cual se han verificado las cinco pifias siguientes:

1.^a Pifia.—A 30 metros: en un pichon, 6 tiradores; la ganó D. Eduardo Anspach, matando 5 pájaros de 5; y habiendo luchado con el Sr. Conde de Gomar y el Sr. Marqués de Casa Ramos, que mataron 4 pájaros de 5.

2.^a Pifia.—Cada tirador á su distancia: en 10 pichones, 6 tiradores; ganada por el Sr. D. Eduardo Anspach, que mató 11 pájaros de 12, á 28 metros; luchando con el Conde de Gomar, que mató 10 de 12, á 26.

3.^a Pifia.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 5 tiradores; la partieron los Sres. Duque de Tamames y don Eduardo Anspach, que mataron ambos 6 pájaros de 7, á 26 y 29 metros respectivamente; lucharon con el Sr. Conde de Gomar, que mató 5 pájaros de 6 á 26 metros.

4.^a Pifia.—A 22 metros: en una carambola, 5 tiradores; la partieron los Sres. Duque de Tamames y D. Eduardo Anspach, haciendo ambos dos carambolas de dos y matando cada uno 4 pájaros.

5.^a Pifia.—En un pichon, 6 tiradores; ganada por D. José Argai, que mató 6 pájaros de 7, á 28 metros; luchó con D. Juan Horteiga, que mató 5 pájaros de 7, á 25 metros.

La tirada terminó á las ocho. AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 15 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á

41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 16 á 18 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 12,24 á 12,29 fanega. Y la cebada, de 4,92 á 5,05 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion de los cuadrados del número anterior.

I.					
J	a	r	a	m	a
a	z	o	r	e	s
r	o	m	e	r	o
a	r	e	n	a	l
m	e	r	a	d	a
a	s	o	l	a	r
II.					
L	u	c	a	n	o
u	l	a	n	o	s
c	a	d	i	m	a
a	n	i	d	a	r
n	o	m	a	d	a
o	s	a	r	a	m

Para dar la solucion en el próximo número.

I.

- 1.^a Autor dramático contemporáneo.
- 2.^a Nombre de mujer de triste historia.
- 3.^a Utensilio en los teatros indispensable.
- 4.^a Situacion del espíritu de que abusan las mujeres celosas.
- 5.^a Cómo gusta á todos estar.

II.

- 1.^a Célebre escultor italiano.
- 2.^a Lo que todos los hombres debieran ser y casi nunca son.
- 3.^a Diminutivo real, físico y palpitante.
- 4.^a Término arquitectónico.
- 5.^a Lo que necesita una ley para ser válida en los tiempos modernos.
- 6.^a Efecto que producen la guerra, las tormentas y muchas mujeres.

PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda.—D. Abelardo de Cárlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE Y DE TUDELA Á BILBAO.

VIAJES DE RECREO

DE MADRID Á SAN SEBASTIAN, SANTANDER Y BILBAO.

BILLETES DE IDA Y VUELTA

Á PRECIOS REDUCIDOS, VALEDEROS DURANTE 30 DIAS.

PRECIO DE LOS BILLETES DE IDA Y VUELTA.

	FERRO-CARRIL.	TESORO 7 Y MEDIO POR 100.	TOTAL.
	Reales.	Reales.	Reales.
2. ^a clase.....	160	12	172
3. ^a clase.....	120	9	129

SALIDA.

De Madrid para San Sebastian y Bilbao á las 8 y 5 minutos de la mañana, todos los lunes y juéves, desde el 2 de Julio al 3 de Setiembre, ambos inclusive.

De Madrid para Santander, á las 8 y 5 minutos de la mañana, todos los miércoles y sábados, desde el 4 de Julio al 5 de Setiembre, ambos inclusive.

VUELTA.

De San Sebastian, á las 8 y 40 minutos de la mañana, todos los miércoles y sábados, desde el 18 de Julio al 3 de Octubre, ambos inclusive.

De Bilbao, los mismos dias.

De Santander, á las once de la mañana, todos los lunes y viérnes, desde el 20 de Julio al 5 de Octubre, ambos inclusive.

IMPORTANTE.

Los portadores de billetes para San Sebastian pueden detenerse á la ida en Miranda, Vitoria, Alsásua, Zumárraga, Beasain y Tolosa.

Los que lo tengan para Bilbao, pueden detenerse tambien á la ida en Miranda.

Los que lleven billete para Santander, pueden detenerse tambien á la ida en Las Caldas, Torrelavega, Renedo y Boó. Al regreso no hay facultad para detenerse en ninguna de las Estaciones del tránsito.

ADVERTENCIA.

Los portadores de billetes de ida y vuelta tendrán derecho al transporte gratuito de 30 kilogramos de equipaje facturados, sin perjuicio de los que puedan llevar á la mano. Podrán regresar en cualquiera de los trenes especiales arriba indicados que lleguen á Madrid en el periodo de treinta dias, contados desde la fecha de salida.

Los que se detengan en Miranda, Vitoria, Alsásua, Zumárraga, Beasain, Tolosa, Las Caldas, Torrelavega, Renedo y Boó, tendrán la facultad de ir á San Sebastian, Bilbao y Santander respectivamente en el periodo que les corresponde por todos los trenes, excepto el expres; pero no podrán volver á Madrid sino por uno de los trenes especiales arriba indicados, ya sea que le tomen en San Sebastian, Bilbao y Santander, ya en Tolosa, Beasain, Zumárraga, Alsásua, Vitoria, Miranda, Boó, Renedo, Torrelavega ó Las Caldas.

Estos billetes de ida y vuelta se expendrán y admitirán sólo para los trenes y dias indicados, y no conceden á sus portadores la facultad de detenerse en ninguna otra de las Estaciones del tránsito que las expresadas, ya sea para continuar despues ó regresar por otros trenes.

Los niños de tres á seis años, y los militares y marinos, no tendrán derecho á medios billetes con arreglo á los precios reducidos arriba expresados: pueden optar entre pagar este precio reducido como los viajeros ordinarios, ó tomar medio billete al precio de tarifa general.

Los billetes se expendrán en el Despacho central, Puerta del Sol, núm. 9, y en la Estacion del ferro-carril del Norte, Principe Pio.

Se recuerda al público que existe un servicio especial entre San Sebastian y Bayona y vice-versa con billetes de ida y vuelta á precios reducidos los dias de mercado en Bayona, cuyos detalles se dan por carteles especiales.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

AVISO.

Esta Compañía pone en conocimiento del público que, con objeto de proporcionar mayores comodidades á las personas que viajan por sus líneas, ha adquirido nuevos coches de lujo. Las condiciones para obtener, tanto esta clase de carruajes, como las berlinas y departamentos reservados, serán las siguientes:

Departamentos reservados.—Los viajeros que deseen tener un departamento reservado de primera clase, tendrán que avisar al Jefe de Estacion por lo ménos una hora ántes de la salida del tren.

En los coches ordinarios pagarán los ocho asientos, pero sin que por eso se puedan colocar en el departamento más de ocho viajeros.

En los coches-salones de familia, con corredor, retrete y lavabo, pagarán los cuatro asientos, sin que por eso se puedan colocar en el departamento más de cuatro viajeros.

Berlinas y asientos en los coches-salones de familia.—Por los asientos de berlina y de los coches-salones de familia se abonará una décima parte más del precio de los de primera clase, sin que este abono suplementario pueda ser menor de 8 reales.

Cuando la persona ó familia que tome una berlina ordinaria desee llevar consigo, á más de los cuatro asientos, algun niño ó criado, abonará por cada uno de éstos un asiento de primera clase.

Berlinas-camas.—La persona que tome una berlina-cama tendrá que abonar el precio de cuatro asientos de berlina ordinaria, aun cuando sólo haya de ser ocupada por un viajero; éste, sin embargo, tendrá derecho á llevar consigo dos personas.

Departamentos-camas.—La persona que tome un asiento de departamento-cama tendrá que abonar, ademas del precio del billete de primera clase, la cantidad indivisible de 100 reales para el trayecto que recorra en la línea del Norte.

Coches-salones.—Las personas que deseen tomar coches-salones, tendrán que abonar:

1.^o Para los de doce asientos, el importe de diez y ocho asientos de primera clase, pero sin que por eso se puedan colocar más de doce viajeros.

2.^o Para los de ocho asientos, el importe de diez asientos de primera clase, sin que puedan colocarse más de ocho viajeros.

3.^o Para los de seis asientos, el importe de ocho asientos de primera clase, sin que puedan colocarse más de seis viajeros.

Coches-salones de familia con corredor, retrete y lavabo.—Las personas que deseen alquilar esta clase de coches, tendrán que abonar para los diez y ocho asientos el importe de veintidos asientos de primera clase.